

Matrimonio * Contrato



ANNA SANZ

MATRIMONIO POR CONTRATO

ANNA SANZ

Capítulo 1

—¿Qué significa esto?

Eve parpadeó, incorporándose con esfuerzo segura de que iba a estallarle la cabeza en cualquier momento y se llevó las manos a los ojos para tratar de que la luz no intensificara las punzadas en las sienas.

—¿Puede alguien bajar o apagar esa luz? —protestó con la voz ronca.

—¿Quién demonios eres?

Eve se hubiera aventurado a apartar la mano de los ojos, soportar la cegadora y torturadora luz sólo para mirar a la mujer que hablaba y de quien no reconocía la voz, si no fuera porque temía echarse a vomitar en cualquier momento si hacía algún otro tipo de movimiento.

—¡La luz, joder!

Era resaca.

Eve conocía bastante bien los síntomas. Por lo general todo sábado noche terminaba con una igual a la mañana siguiente después de salir del trabajo e ir con sus compañeros a tomar algo.

A tomar algo...

Eve se hubiera echado a reír si no fuera porque le dolía demasiado la cabeza y la bilis subía peligrosamente hasta su garganta.

Joder, tenía que dejar de beber o terminaría con su hígado.

Sólo era una maldita noche a la semana pero parecía que bebía como si no hubiera un mañana y por los otros seis días siguientes.

Pero que alguien la despertara tan bruscamente y con tan mala leche era novedad.

Y también las ganas de levantarse y partirle la cara —las manos en su defecto — para que apagara las dichosas luces.

Iba a vomitar.

Eve apartó la mano de los ojos con esfuerzo y la llevó involuntariamente a la boca para contener las náuseas.

—¿No vas a explicarme lo que sucede aquí, Daniel?

¿Daniel?

—¿Por qué no te callas de una vez y apagas esa maldita luz, Gabriela?

¿Daniel?

Eve parpadeó una vez más, alucinada y giró el cuello con esfuerzo, prácticamente sintiendo que aquel era el movimiento más brusco que hacía en

su vida y miró al hombre que se incorporaba a su lado, completamente desnudo y tocándose el cabello rubio rizado que caía graciosamente por su cabeza hasta rozar su cuello.

Eve enarcó una ceja, tratando con esfuerzo de hacer una recapitulación rápida —y urgente— del día anterior pero sin lograrlo antes de que el hombre girara con una expresión de agonía la cabeza hacia ella y la mirara con unos vidriosos e intensos ojos verdes.

—¿Quién eres tú?

Eve abrió la boca para responder, posiblemente para hacer otra pregunta pero no llegó a hacerlo. Notó como algo subía peligrosamente hasta su boca y aguantó lo justo para que su cerebro pensara en la posibilidad de salir corriendo a un baño que no sabía donde estaba y exhibiendo su cuerpo desnudo frente a una mujer que la miraba como si quisiera asesinarla enfundada en un traje negro de falda hasta el tobillo de Calvin Klein y un hombre con quien se suponía había compartido más que la cama pero que a efectos prácticos no recordaba nada de lo sucedido y tras unos segundos

optara por arquear la espalda y sin poder retenerlo más, vomitara encima se unas sabanas en las que Eve hubiera jurado eran también de marca.

—¿Vomitaste en la cama?

Eve aguantó las risas de Kat, su compañera mientras terminaba de teñir el pelo de azul a la chica que la miraba a través del espejo con curiosidad.

—Déjalo, ¿quieres? —miró de reojo a su amiga que estaba limpiando los pelos del suelo del último corte que había hecho hacía un momento— Joder, Kat, me dejaste, me abandonaste con un desconocido. ¿Y si era un chiflado psicópata?

—Estaba bueno y tú no entrabas en razón, ¿no te acuerdas?

—¡No! —Miró con aprensión el resultado del tinte—. Por favor, ahora tienes que esperar un rato allí sentada —Esperó a que la chica se levantara y acompañara a uno de sus compañeros para mirar molesta a su amiga—. Ese es el problema. No recuerdo nada. ¡Nada!

—¿Nada?

—Tengo lagunas, como imágenes extrañas. Da la sensación de que ocurrieron en otra vida.

—Sí que ibas pedo, ¿no?

Eve cerró los ojos, agobiada.

—Mejor no hables.

—¿Pero después qué pasó cuando despertaste?

—¿Vomité?

Katherine puso los ojos en blanco.

—¿Aparte de eso?

Eve prefería no recordarlo.

Se había muerto de la vergüenza o lo hubiera hecho si la resaca no hubiera sido en aquel momento la protagonista de su vida.

La vergüenza vino después, en casa.

Y también el recuerdo de la mirada fría y asesina de los ojos azules de la tipa esa que había aparecido en casa del tal Daniel y quien hasta ella admitía que había hecho un alarde de autocontrol digno de un premio.

Si hubiera sido ella quien descubría a su novio, marido, pareja o fuera cual fuera la relación que tenían esos dos, con otra mujer en la cama posiblemente los hubiera degollado.

A los dos.

Pero no había sido ella y la tal Gabriela había mantenido la compostura, tal vez increíblemente rígida y con la espalda tan tiesa que estaba claro que debió terminar bastante mal de los tendones pero eso sí, hizo honor al estatus social que prometía su ropa de marca.

—Me quiero morir —susurró apartando los bochornosos recuerdos de un

manotazo.

—¿Qué?

Kat la miró con interés.

—Nada, da igual —dijo con una sonrisa radiante obligándose a alejar de su mente cualquier pensamiento relacionado con el fin de semana—. Total, no es como si fuera a volver a verle, ¿no?

Asintió convencida y se dio la vuelta decidida a empezar de cero, incluso tal vez se cortaba el pelo o cambiaba el color de las mechas rubias que llevaba en su liso cabello castaño que bajaba de sus hombros cuando escuchó el tintineo de las campanillas que había sobre la entrada de la peluquería y que siempre sonaban cuando se abría la puerta dispuesta a atender al nuevo cliente con una sonrisa profesional.

La sonrisa se quedó congelada en los labios.

Sólo había sido una vez pero no creía que pudiera olvidar en su vida el rostro de aquel hombre.

Daniel.

Capítulo 2

—¿Qué es lo que pretendes?

Eve mantuvo los brazos fuertemente apretados contra el pecho y la mirada fija y pretendiendo que fuera lo más hostil posible hacia el rostro —perfecto para

mayor congoja—, del hombre que tenía sentado frente a ella.

A diferencia de la mañana que lo vio con el cabello despeinado y apariencia salvaje, con las ondas de su cabello controladas y peinadas hacia atrás le daba ese aire a niño rico, ese aura a arrogancia y poder de alguien que está acostumbrado a mandar y ya de paso a que los demás obedezcan ciegamente. Aunque Eve no negaba que su traje negro a medida de Armani no ayudara a crear esa impresión.

Y los brazos sobre la vieja mesa de la cafetería, perfectamente alineados y esos dos dedos dando esos estridentes soniditos cada vez más chirriantes para sus oídos sobre la madera sin dejar de observarla con sus penetrantes e impacientes ojos verdes.

Joder, era increíblemente guapo.

Eve echó un disimulado vistazo por los músculos que se adivinaban a través de la ropa y se lamentó no haberlo mirado un poco más cuando lo había tenido

desnudo a su lado en la cama... No, ya puestos podría haber disfrutado de esa noche de sexo con él...

Eve cerró los ojos, agobiada.

¿En qué estaba pensando? Hubiera sido suficiente si sólo hubiera recordado lo sucedido aquella noche.

En serio, tenía que empezar a olvidar aquello.

—¿Me está escuchando?

—¿Qué?

Eve parpadeó, avergonzada de haber perdido de esa manera el hilo de la conversación.

—Le preguntaba si planea responder mi pregunta.

Oh, sí, eso.

Eve apretó aún más los brazos sobre el pecho e ignoró el irritante tamborileo de los dedos de Daniel sobre la mesa.

No debía olvidar el motivo por el que lo había arrastrado hasta la cafetería frente a la peluquería donde trabajaba

—¿Te has vuelto loco? —soltó finalmente—. No puedes presentarte en el trabajo de alguien más y preguntarle como saludo si está embarazada.

Daniel la miró y suspiró.

—No usamos ninguno tipo de protección —Genial. Ya sólo le quedaba escuchar eso—. ¿Toma anticonceptivos?

—No.

¿Por qué le irritaba hablar de eso con él?

Joder, llevaba años sin pareja y sin tener sexo; no había tenido necesidad de tomar la píldora o preocuparse de esas cosas ¿y ahora tenía que soportar eso?

—Bien, ese es el por qué le estoy...

—Oye, mira, no me trates de usted, ¿de acuerdo? Es bastante desagradable tener esta conversación contigo como para que encima me lo esté preguntando una persona que obviamente tiene tan poca familiaridad conmigo como para verse obligado a usar un trato tan incómodo conmigo.

Sí, eso, ¿por qué no reafirmaba más la sensación de haber sido el error de una noche de ese hombre con ese trato tan frío típico de desconocidos?

—Intentaba ser educado.

—Ahórratelo —le cortó ella—. Los dos sabemos lo que ocurrió aquella noche. Echamos un polvo —y encima ella ni se acordaba— porque estábamos borrachos. Posiblemente en otras circunstancias ni nos hubiéramos cruzado la palabra —por sus pintas actuales, por experiencia, aquel hombre era de los que no gastaban vista ni esfuerzo en mirar a alguien de la plebe como ella—, así que, en serio, siento el numerito que tendrías después con tu novia pero la culpa es de los dos así que, ¿por qué no hacemos el esfuerzo los dos y olvidamos lo ocurrido?.

Para su sorpresa y algo sin precedentes —según su limitada experiencia con hombres—, la dejó hablar sin interrumpirla; solo la miró y escuchó sin cambiar la expresión así que una vez cerró los labios, Eve se arrepintió de

haber abierto la boca.

Con un suspiro, Daniel echó la espalda hacia delante.

—Primero, señorita Eveline Dawson, no tengo inconveniente en tutearla si es lo que deseas.

—Lo quiero.

Y ahí iba de nuevo, hablando sin pensar e interrumpiéndolo. Eve notó como Daniel alzaba una de las cejas de manera imperceptible.

—Segundo. Yo sólo le he preguntado si está... —cerró un segundo los ojos, callándose de golpe— estás embarazada.

Volvió a callarse, mirándola en silencio pero esta vez Eve no abrió la boca

para interrumpirle.

—Y tercero —siguió él sin apartar la mirada—. Gabriela no es mi novia. No podría cometer semejante error y hacerle algo así a mi pareja.

Error...

Y con eso quedaba todo claro. Y por la forma que aquella mujer la había asesinado a ella y lo poco que se parecía a él descartando la posibilidad de que fuera complejo de hermano, Eve dudaba que Gabriela tuviera tan claro eso de que no fueran novios.

Aquella mirada era claramente la de alguien que considera a otro de su propiedad.

—No estoy embarazada —soltó agotada—.

—Sólo han pasado seis días —respondió echando hacia atrás la espalda por primera vez desde que se habían sentado en la cafetería. Lo asombroso era que ninguno de los dos había tocado su taza de café y que ambas posiblemente ya estarían enfriándose—, es imposible que sepas si estás embarazada o no.

Eve sonrió con desdén.

—¿Y entonces como te atreves a venir a molestarme a mi trabajo?

Daniel buscó algo en su bolsillo y le tendió una tarjeta que Eve no trató de coger y finalmente él dejó sobre la mesa, empujándola hacia su lado.

—Ahí está mi teléfono. Si por casualidad estás embarazada házmelo saber. Me haré cargo de todo. Esto también es mi responsabilidad y es razonable que pague por ello.

Esta vez fue Eve quien lo miró con un rictus desagradable en los labios.

¡Qué loable por su parte ser tan considerado como para enmendar ese error que había cometido! Hasta pagaría por el aborto.

Eve bufó sin ganas de ponerse a reír y ni siquiera miró la tarjeta que había sobre la mesa. De pronto se encontraba muy mal.

—Tranquilo —siseó conteniendo mal la rabia y se puso en pie echando hacia atrás la silla estrepitosamente—, aún con mi sueldo de peluquera puedo costearme por mí misma el aborto —si decidía abortar en caso de tener que pensar sobre ello.

Cerró los ojos un momento y rodeó la mesa dispuesta a marcharse de la cafetería y dejarle los honores de pagar por un café que no había tocado y que se le indigestaría si lo probaba pero no llegó a alejarse de la mesa. Daniel la agarró del brazo y la detuvo, obligándola a detenerse y girarse.

—¿Y ahora qué?

—Creo que no me has entendido —dijo poniéndose de pie y soltándola—. No quiero que abortes. Si no estás interesada en el niño, te pediría que llevaras adelante el embarazo. Pagaría por todos los gastos de asistencia médica y si después sigues sin estar interesada en él, lo criaré yo solo.

Eve lo miró alucinada, incapaz de encontrar alguna palabra para decirle en ese momento y aceptó aún en estado catatónico la tarjeta que él recogió de la mesa y se la puso en la mano.

—Estaré esperando tu llamada.

Capítulo 3

—¡No puedo creer que hayas ido a verla!

Daniel siguió revisando el último borrador sobre la campaña publicitaria del último proyecto y escuchó a medias el parloteo molesto de Gabriela mientras se paseaba por el despacho clavando ruidosamente sus tacones altos en el brillante suelo de mármol gris.

—¿Puedes quedarte quieta un rato? No me dejas leer.

Y le ponía dolor de cabeza.

—Me has avergonzado.

—Lo superarás.

La mujer se detuvo frente a la amplia mesa de cristal y dio un golpe con su mano sobre la superficie, obligándole a levantar la cabeza para mirarla, molesto.

Se conocían desde niños. Sus padres habían sido amigos, socios en realidad y habían compartido las mismas ambiciones. Ellos habían esperado que se casaran, ni siquiera habían considerado la alternativa de si podían llegar a enamorarse o no. En el círculo social al que pertenecían ese tipo de cosas no eran relevantes. Sus padres se habían casado, una unión económica para fusionar dos empresas. Sus abuelos había sido por un tema político y prefería no seguir indagando sobre el resto de sus antepasados. Posiblemente la familia de Gabriela tenía las mismas circunstancias y para ella ese matrimonio debía realizarse. No conocía otra opción.

No existía en su familia que ya daban por hecho que eran una pareja.

Su familia también.

Incluso la sociedad.

Por lo visto él era el único que no lo veía de la misma manera y el comentario de esa mujer, Eveline, le molestaba, reafirmando la idea de que Gabriela y él eran vistos como pareja.

Suspiró y volvió a agarrar las hojas. Tenía pocos días para que todo estuviera revisado y aún no había usado el pendrive con varios de los datos necesarios.

—Tenemos que hablar, Daniel.

—Ahora no.

Ni si quiera levantó la mirada esta vez.

—De acuerdo, me has enfadado pero te perdono. Eres un hombre después de todo. Es evidente que mujeres como esa se cruzarán en tu camino y habrá momentos que no podrás evitarlas y terminarán en una situación como la de la otra noche.

Supongo que no iba a ser muy cortés pedirle que saliera de su oficina.

Despacio, Daniel volvió a levantar los ojos hacia la mujer, dejando las hojas sobre el cristal con una mueca de disgusto.

—No deberías ni conformarte ni aceptar que tu pareja te engañe, Gabriela. Considero que tu forma de ver las cosas está un poco deformada.

Ella lo miró con la misma intensidad.

Sí, era una mujer hermosa. Y decididamente elegante. Sería una mujer perfecta pero él no la amaba y ni siquiera consideraba la opción de contraer

matrimonio con ella. Era una mujer deseable y si no fuera por el respeto y cariño que la tenía desde niño, hacía tiempo que se la hubiera llevado a la cama.

Peto sólo eso.

—¿Entonces si te lo pido no volverás a acostarte con ninguna otra mujer?

Los dos se miraron fijamente.

—No soy tu pareja, Gabriela. Nunca lo he sido y nunca lo seré. No tengo que explicarte con quien me acuesto.

Ella chasqueó la lengua y se enderezó, apartándose de la mesa y retomando el insidioso paseo.

—Aceptaré tus deslices —continuó como si no hubiera habido esa pausa en la conversación—, pero no podrás traerlas a casa, por supuesto. Eso no me daría buena imagen.

—Deberías apreciarte más. Te lo digo como amigo.

El taconeo se detuvo de golpe pero no se giró a mirarle.

—¡No te quiero como amigo!

—Entonces no me quieres de ninguna manera.

La mujer giró ágilmente, mirándolo con rabia.

—Nosotros estamos destinados a estar juntos. Es el deseo de nuestros padres.

—El deseo de ellos pero, ¿qué hay de lo que tú deseas?

—Te quiero a ti.

—Mientes.

Y era agotador tener un día y otro esa discusión.

—Y encima tengo que pasar la humillación de que no sólo te acuestas con esas zorras, sino que vayas a verla. ¿Me estás castigando?

Tan agotador...

—No tengo que explicarte nada, Gabriela. Tenía que ir a verla y punto.

—¿Y punto?

Se echó a reír.

—Suficiente. Sal. Tengo que trabajar.

—Me pregunto que tendrá que opinar tu padre sobre esto.

—Si me importara su opinión hace tiempo que hubiéramos estado casados.

Ella lo miró con la rabia brillando en sus ojos pero sin decir nada más, se giró y salió con los labios apretados.

Capítulo 4

Eve miró la tarjeta por décima vez aquella mañana.

Aquel día la había arrugado y la había tirado al suelo nada más salir de la cafetería pero tras dar varios pasos, se había girado volviendo tras sus pasos y la había recogido guardándola en el bolsillo.

No había tratado de mirarla; de hecho había intentado no pensar en lo ocurrido aquella noche. Si total no recordaba lo ocurrido, ¿para qué pensar en ello? Lo que tenía claro era que no pensaba volver a beber en su vida.

Pero después de tres semanas le había bajado la regla como esperaba y la posibilidad del embarazo quedaba completamente olvidada.

Había decidido dejarlo estar. En realidad no había pensado en qué sucedería si se había quedado en estado ya que la posibilidad de llamarlo quedaba

completamente descartada incluso aunque le había impresionado que alguien como él quisiera mantener al niño pese a todo.

Al menos tenía algo bueno.

Pero de pronto, al saber que no estaba embarazada le habían entrado las dudas de si debía avisarle o no. ¿Tal vez estaba preocupado y así le quitaba un peso de encima?

—Deja que sufra —dijo Katherine acercándose a ella para lavarse las manos—. Yo no le diría nada.

—¿Y si vuelve a presentarse para asegurarse?

Su amiga se encogió de hombros.

—Si te quedas más tranquila mándale un mensaje, no hace falta que le llames.

Al final se decidió por el mensaje. Uno muy discreto en el que dijo que era ella y no estaba embarazada. Después le dio a enviar y esta vez sí tiró la tarjeta en la papelera, volviendo al trabajo.

—Será mejor que te des prisa.

Katherine se arregló la falda y se apresuró a alcanzarla en el hall del hotel y revisaron los carteles donde indicaban en que salón se celebraba el congreso de peluquería.

No era la primera vez que se encargaban, tal vez porque eran las más veteranas que trabajaban en la empresa y organizaban las nuevas aperturas de las franquicias pero era la primera vez que se organizaban en uno de los

hoteles más lujosos de la ciudad.

—Esto es de locos.

Sobre todo era de locos la cantidad de papeles que llevaban encima y que a nadie se le había ocurrido guardar en alguna carpeta.

Eve suspiró irritada y se giró bruscamente para volver a llamar a Katherine que llevaba toda la tarde entreteniéndose con cualquier tontería y siempre le tocaba retroceder para ir a buscarla pero no contó con que pasara alguien por su lado justo en ese momento y chocó con él, soltando todo lo que llevaba en la mano por el impacto.

—¡Joder! —soltó agachándose a recoger los papeles a la misma vez que lo hacía el hombre con quien había chocado.

—Deberías tener más cuidado.

Eve levantó la mirada agobiada.

—Lo siento —exclamó—, pero es evidente que no era la única que no miraba.

Y tampoco le había pedido que se agachara a ayudarla.

El hombre la sonrió divertido y asintió con la cabeza haciendo que mechones de su cabello castaño claro se meciera con el movimiento.

—Eso es verdad —aceptó él con una arrebatadora sonrisa que consiguió iluminar sus ojos verdes e intensificar su atractivo. Eve lo miró embobada—, pero no podía imaginar que la guapa chica de delante que movía de esa manera el trasero frente a mis ojos fuera a girarse tan bruscamente.

Capullo.

Eve entrecerró los ojos y le arrancó las hojas bruscamente de las manos, levantándose y mirando aún con mayor desagrado el estirado rostro de la mujer que la había encontrado en la cama con Daniel.

—¿Qué haces tú aquí?

¿Se suponía que tenía que responder a eso?

—¿Lo mismo que tú? —soltó intentando usar el mismo tono engreído que empleaba la otra mujer.

Su idea era girarse sin esperar a que ella respondiera. Francamente no le interesaba y mucho menos tenía ganas de enzarzarse en una pelea sin sentido por un hombre que no volvería a ver con una mujer que él aseguraba que no era su novio pero que por mucho que ella lo mirase no parecía que la mujer lo tuviera tan claro.

—¿También has venido a ver a tu padre el director del hotel? —respondió en cambio el hombre que se enderezaba en ese momento y encima tenía la desfachatez de llevarse una mano a la boca con fingida sorpresa—. ¡Qué fuerte, Gabriela! ¡Tienes una hermana y no lo sabías!

—Deja de decir tonterías, Lauren —le cortó la mujer apartándolo con una mano para quedar frente a Eve que lejos de amilanarse levantó la cabeza y aceptó el desafío.

Vale. No tenía un padre rico dueño de un hotel o lo que fuera pero aparte de echarla del hotel, ¿qué podían hacerla? Si esa mujer pensaba que iba a quedarse asustada en un rincón soportando sus tonterías estaba equivocada. Alguien iba a tener que enseñarla que la gente común peleaba igual que cualquiera.

—¿Debo entender que os conocéis? —preguntó Lauren mirándola de nuevo de arriba abajo incomodándola.

La forma que tenía de observarla aquel hombre hacía que Eve se sintiera vulnerable. Sus ojos verdes la observaban como si estuvieran desnudándola mentalmente y eso no solía gustarla pero admitía que viniendo de alguien tan atractivo como él le hacía sentir deseada.

—¿Conocernos? —escupió Gabriela con desprecio fulminando a Lauren con los ojos—. Es una de las fulanas de tu primo.

Posiblemente no fue Eve la única impresionada por su comentario porque Lauren giró el cuello para mirar a la mujer con los ojos muy abiertos, cambiando la expresión de sorpresa por una de completa contrariedad y abrió los labios, posiblemente para hacer algún comentario a su amiga —o lo que fuera— pero Eve no le dio tiempo a hacerlo.

Poco a poco la ira había ido subiendo hasta colapsar su cerebro y la vergüenza había quedado completamente recluida a un segundo plano.

—Perdona, guarra —dijo cruzándose de brazos, desafiante, aunque el tono de su voz era suficiente para que cualquiera entendiera que acababa de aceptar el hacha de guerra que la arpía prepotente que tenía enfrente y que parecía creer que el mundo giraba a su alrededor había desenterrado— pero no soy una de sus fulanas, soy precisamente la fulana que está esperando un hijo suyo.

Y con la cabeza aún más alta que la bruja de Gabriela podía mantener con el cuello estirado y saboreando los ojos desencajados con los que la miró, Eve se dio la vuelta y caminó satisfecha en busca de Kat.

Capítulo 5

Lauren miró de reojo a Gabriela no sin evitar sentir la satisfacción y emoción de alguien que empieza un nuevo juego.

Y esa vez era uno muy interesante.

Desde que tenía uso de razón, recordaba a Daniel como alguien demasiado serio, estirado y estricto pero con una marcadísima tendencia a saltarse aquellas reglas que no encajaban con sus ideas o personalidad.

El matrimonio programado con Gabriela era una de esas cosas.

Aunque no la única.

Pero Gabriela era la única de esas cosas impuesta por sus padres que se aferraba a él pese a todos los intentos de Daniel por explicarle que ni tenía intenciones de casarse con ella ni de iniciar una relación íntima.

Lo había intentado todo, incluso acostarse o salir con alguna mujer de algún local en busca del hotel más cercano delante de las narices de su amiga pero ni hiriendo y hundiendo su orgullo hasta lo más hondo había conseguido que

Gabriela desistiera.

Llegados hasta ese punto, hasta Lauren había sentido lástima de Gabriela y le había aconsejado que parara. No le había escuchado. Entonces había empezado a sentir pena por Daniel. ¿Quién quería a una chiflada todos los días detrás acosando y acechando? ¡Gabriela había perdido hacia tiempo los papeles y nada parecía hacerla entrar en razón!

Hasta ahora.

De hecho no es que hubiera cambiado de idea.

Era sólo que las circunstancias habían cambiado, al menos lo habían hecho para la familia de Daniel.

O para su abuelo al menos y hasta donde él sabía, el señor Ascot era el presidente y dueño de todas las empresas y negocios que reunía ese apellido

al igual que era propietario exclusivo de toda la fortuna familiar. Y él lo sabía así que el resto de familiares, tanto su padre como el de Daniel y todos los demás, bailaban al son que ese hombre de setenta años marcaba.

Y Lauren dudaba de que la salud de aquel hombre fuera a resentirse de aquí a poco tiempo.

Grahan Ascot pese a su edad se mantenía en forma y en plenas condiciones físicas y mentales. Hacía ejercicio a diario llevaba una dieta saludable y acudía al médico a revisiones con frecuencia. Y eso tal vez era lo que le mantenía una figura bien conservada. Aunque tenía el cabello blanco, raramente podrían adivinar su edad con sólo mirarlo.

Era alto, igual que sus hijos, igual que Daniel y él y su complexión física era tan buena como la de cualquiera de sus nietos con los músculos aún fuertes bajo la camisa. Tenía esa mirada arrogante en los ojos verdes curtidos por los años y experiencias vividas y el pelo aún guardaba esas ondas heredadas por Daniel que siempre había sido una exquisitez para las mujeres. Su abuela siempre había bromeado diciendo que en lo primero que se fijó de Grahan fue

en los rizos desordenados de su cabeza.

Como fuera, su abuelo no planeaba dejar los negocios ni ceder su puesto y si había algo que Lauren sabía porque se lo había confiado su abuela en una de las tardes que iba a verla a casa, era que el hombretón todopoderoso que manejaba a su antojo como un titiritero al resto de la familia Ascot, sólo deseaba disfrutar de algún travieso biznieto por la carísima alfombra persa de su salón.

Así que los planes de los padres de Gabriela, de su amiga directamente y de sus tíos, iban a ir derechos por el desagüe en cuanto se le escapara —por casualidad, por supuesto—, delante de su abuelo, que una de las amigas de Daniel estaba embarazada.

Incluso no podía esperar por ver la cara de su primo.

—Un hijo —suspiró sin disimular la divertida sonrisa que afloraba en sus labios y que hizo que Gabriela frunciera severamente el ceño, mirándolo con

la cabeza muy erguida— ¿No es una noticia maravillosa?

Los labios de su amiga se transformaron en un rictus fino y rígido, una línea roja.

—No seas absurdo, Lauren.

—¿Absurdo?

Bueno, era evidente que ella no iba a ir a felicitar a Daniel precisamente.

—¿Qué te hace pensar que es hijo de Daniel?

—Para eso existen las pruebas de ADN, ¿no?

Increíblemente, la línea de los labios de la mujer se hizo más delgada.

—¿Un hijo ilegítimo de una fulana que obviamente va tras la fortuna de Daniel? Tu primo no es tan tonto como para querer ensuciar su nombre y reputación por un error. Está claro que la obligará a abortar.

Lauren no respondió. Él no era un santo y no pretendía juzgar a su primo pero admitía que al no verse visto involucrado en ese tipo de situación no sabía como reaccionaría. Un hijo cambiaba la vida y si no era deseado... ¿Qué opinaba Daniel? Si ya sabía de la situación de esa mujer hubiera explicado el extraño comportamiento de su primo esas últimas semanas y la decepción plasmada en su cara cuando recibió un mensaje de alguien que por lo que pudo comprobar por el rabillo del ojo no era un número registrado. ¿La estaría convenciendo para abortar?

Lauren pensó unos segundos sobre ello, de pronto manteniendo el lúgubre silencio de Gabriela pero desechando esos desagradables pensamientos de un manotazo, volvió a sonreír a unas chicas de la oficina que coquetearon disimuladamente al pasar cerca de ellos y asintió convencido. Como fuera.

Sería divertido averiguar qué ocurría después de que soltara aquella bomba a su abuelo. Total, si todo era fácil no resultaba divertido.

Capítulo 6

Daniel no solía acudir a reuniones familiares. Le incomodaban, sobre todo cuando invitaban a sus espaldas a Gabriela como si fuera parte de la familia, como si ya fuera su esposa y él ni siquiera tenía intenciones de convertirla en tal, pero su madre se lo había pedido fervientemente y ver a su abuelo custodiando la larga mesa de caoba suponía el por qué había tenido tanta insistencia. Grahan Ascot era tan reacio a ese tipo de pantomimas como él y a menos que fueran acontecimientos especiales como cumpleaños, navidades o alguna celebración, nunca se mostraba dispuesto a soportar las absurdas peticiones de alguno de ellos, así que si estaba allí era por algo y Daniel no podía sospechar qué asunto lo había sentado a esa mesa.

Hasta donde él sabía, Kevin, el primo más joven de dieciséis años, había dejado su comportamiento delictivo hacia meses, tal vez porque cuando había llegado a oídos del resto de la familia, sobre todo de su abuelo, sólo había dicho una palabra en la tediosa discusión mantenida en esa cena.

—Solucionarlo.

Y Lauren y él no habían tardado en obedecer; pero ya que Grahan Ascot no había especificado cómo proceder, los dos habían usado la forma más fácil y efectiva para que su joven primo entendiera que iba por el camino equivocado: dándole una paliza.

Con dos costillas rotas y el hombro dislocado sin hablar de los moratones que le habían acompañado durante semanas, Kevin había tenido tiempo suficiente para reflexionar y por las averiguaciones de Daniel, su primo había abandonado las viejas compañías y tras decidir sabiamente continuar por el camino de la rectitud se había volcado en los estudios... Algo que Daniel no dudaba que el hecho de que Lauren se hubiera ofrecido a ser su tutor personal dos veces por semana no hubiera ayudado bastante.

Tampoco tenía noticias de que la tía Graze hubiera recaído en su afición por las apuestas aunque no dudaba que su nueva obsesión por las compras online no pusiera una antena de alarma en su viejo padre, algo que según había escuchado, Grahan Ascot estaba planeando casar de una vez a la benjamina de sus hijos y posiblemente la más alocada y mimada. Pero eso no era su problema. Daniel tenía suficiente con rechazar el compromiso con Gabriela como para entrometerse en el matrimonio de su tía sólo unos pocos años mayor que él.

—Estos días he estado escuchando rumores.

Como siempre su abuelo iba directo al grano. Al menos con un poco de suerte podría levantarse de la mesa, algo que su abuelo no vería con buenos ojos, pero estaba seguro que con una buena excusa lo aceptaría con un cabeceo y un ligero movimiento de manos con la intención de pese a su aprobación, le resultaba un comportamiento deplorable. Pero prefería ese desencanto de parte del cabeza de familia que tener que escuchar de nuevo cuando planeaban fijar la fecha de boda o que ya era el momento de dejar su vida independiente

y formar familia.

—¿Oh? —dijo de pronto Lauren con unos ojos increíblemente brillantes que hicieron que Daniel lo mirara desconfiado. Conocía demasiado bien esa mirada y sabía que su primo solo se excitaba así cuando había algo interesante con lo que jugar y si no, era una mujer...— Creo que yo también he oído esos rumores, abuelo —Daniel vio como Graham Ascot enarcaba una ceja sin pretender que no se notara. Puede que no le gustara que le hubieran interrumpido pero era evidente que consideraba que la información que Lauren soltara podía interesarle de alguna manera o le hubiera hecho callar desde la primera palabra. Daniel suspiró, abstraído. Fuera cual fuera ese nuevo juego de Lauren que parecía resultarle tan entretenido como para decírselo al abuelo no era su problema a menos que con sus estupideces le atrasaran más su inminente partida. Se llevó una copa a los labios. Al menos el vino era siempre bueno en aquella mesa—, pero la llegada de un nuevo bebé a la familia siempre es un gran rumor y una evidente gran noticia.

Posiblemente fue Daniel el único que no giró el cuello en un solemne silencio para mirar a Lauren. No le interesaba saber quien de su familia iba a tener un

hijo aunque la mención le hacía recordar a Eveline y el mensaje que había recibido desplomando sus esperanzas.

No es que quisiera tener especialmente un hijo. No había pensado en ello hasta que había cometido el desliz de acostarse con alguien tan borracho que no solo tenía lagunas en su memoria sobre esa noche, sino que no había usado protección, algo que no había ocurrido antes.

Había investigado sobre ella gracias al recibo del banco con su nombre y apellidos que había extraviado con las prisas de vestirse y marcharse de la habitación del hotel junto a otro par de cosas igual de inservibles.

Pero cuando la había tenido delante, con esa mirada desafiante, el hecho de que su cuerpo la deseara pese a no recordar casi nada de su encuentro, había hecho que deseara pasar más tiempo con ella. Para qué, aun no lo sabía. ¿Llevarse la otra vez a la cama? No estaba seguro de lo que podría costar convencerla para terminar de nuevo bajo su cuerpo, pero decidió ceñirse al plan y preguntarle sobre las posibles consecuencias de sus acciones borracho y le habló sobre la posibilidad del embarazo. No había nada planeado; sólo

averiguarlo, pero cuando ella había hablado del aborto había salido la parte ética de su moral y sin pensarlo le había pedido que si ella no quería al niño, se lo entregara. Aún así estaba más que decidido a aportar en su crianza, incluso se había ilusionado con la idea de un hijo.

Hasta aquel mensaje.

Nunca se hubiera imaginado mirar todos los días el móvil con la esperanza de recibir una llamada o un mensaje de Eveline. Había llegado hasta a tener que obligarse a no volver a su trabajo para verla y se había dado cuenta que rallaba la obsesión con ella.

—¿Y puedes ser tan amable de ilustrarnos y decirnos quien va a tener un hijo?

Daniel escuchó a su abuelo y volvió a conectarse al hilo de la conversación mirando de reojo la hora antes de dar un nuevo sorbo al vino.

Ya había llegado a la conclusión de que el deseo que había sentido por aquella mujer era irracional, producido por ser tal vez la única mujer con la que no recordaba el momento del acto con claridad y su obsesión se debía a ese bebé que ni existía ni existió y que no merecía la pena pensar en ella ni en lo que la rodeaba, ni siquiera era el tipo de mujer con quien compartía su cama así que era obvio que debió estar muy borracho para proponerle a ese tipo de mujer mantener relaciones sexuales. Como fuera, daba igual. Tal vez si seguía pensando en ella y en el desencanto de que no existiera ese hijo se debía a que había estado sin acostarse con una mujer casi un mes. Estaba más que claro qué era lo que necesitaba para solucionar esa inquietud.

—Nada más —volvió a escuchar a Lauren con el mismo desinterés— y nada menos que nuestro queridísimo Daniel.

No fue el único en atragantarse con el vino pero por la mirada que Gabriela le dirigía a Lauren como si deseara tener rayos en los ojos y hacer que su primo se evaporara en ese instante y desapareciera, Daniel imaginó que Lauren no decía aquello por capricho.

—¿Gabriela? —escuchó preguntar a su madre casi con esperanza en la voz.

Pero tampoco fue ella quien respondió. Y mucho menos él. Miró a Lauren que le sonrió antes de responder.

—No. De otra mujer.

Capítulo 7

Le gustaba su trabajo.

Eveline había comenzado a trabajar como peluquera nada más estudiar en la academia y aunque no era un trabajo muy bien remunerado lo disfrutaba cada día.

Menos los martes a las doce que era cuando llegaba la señora Vicony, una mujer increíblemente vanidosa que se quejaba por todo y que ninguno de los empleados quería atenderla recayendo sobre ella y Katherine, las encargadas, de soportar las protestas por cada una de las cosas que hacían. Que si el color no era el mismo que el de la semana pasada, que si le habían dejado el pelo muy largo, o muy corto, incluso aunque aún no le hubiera pasado ni la tijera. Eve sabía que solo lo hacía por sacarla de sus casillas pero aún así había días en los que quería estrangularla. Por suerte aún mantenía el poco juicio que le quedaba y seguía con la sonrisa, cada vez más forzada y las manos lejos de su cuello.

—Estás cortando demasiado por la derecha —soltó de mal humor tirando la revista contra el espejo.

Eve apretó los labios, recordando que el cliente siempre tenía la razón y tiró de su cabeza, enderezandosela y quedando los dos lados iguales.

—¿Mejor? —se obligó a decir sin poder disimular completamente la rabia.

La mujer resopló y agarró otra revista del cesto sin intentar siquiera recoger la que había tirado al suelo y mucho menos disculparse.

Eve suspiró y agarró la botella de agua con dosificador justo cuando la puerta se abría y en un acto automático, algo que siempre hacía, giró el cuello para saludar mecánicamente al nuevo cliente y pedirle que esperara un momento si alguno de sus compañeros libres no acudía de inmediato pero no llegó a despegar los labios. No podía. De alguna manera sentía que se había quedado completamente helada, petrificada en el acto.

Daniel se sacudía casi con indiferencia las gotas de agua adheridas en el abrigo negro y cerraba el paraguas, dejándolo mojado en el cubo provisional que servía de paragüero mientras compraban uno nuevo. Cuando finalmente levantó la mirada y sin esfuerzo la encontró entre el personal, Eve desvió abochornada la cabeza.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora, niña?

La voz de la mujer, mirándola con hostilidad a través del espejo, la sacó de golpe del estupor y consiguió balbucear una disculpa, revisando de refilón como una de sus compañeras acudía a atender a Daniel y por un momento la atención del hombre se desviaba de ella compartiendo algunas palabras con Miranda quien miraba y coqueteaba con Daniel Ascot sin recato.

Eve puso los ojos en blanco y trató de concentrarse en lo que estaba haciendo pero le resultaba imposible.

Sabía qué hacía allí Daniel y el asunto la avergonzaba aunque no tanto como para tener que admitir el porqué había dicho esa mentirijilla pero no tenía alternativa. Había metido la pata hasta el fondo y ahora no le quedaba otra que levantar la pierna, sacarla y enfrentarse a ello.

—Eve, te buscan.

No le sorprendió escuchar aquello de Miranda ni tampoco ver la cara de desilusión de su compañera.

—Te haces cargo —dijo tendiéndole las tijeras.

—¿Qué? ¡No!

—Ahora.

—Joder.

Miranda le arrancó las tijeras de la mano y miró a la mujer que parecía indignadísima, con una expresión de disgusto que rallaba lo profesional.

Con un suspiro, Eve se dio la vuelta y caminó pesadamente hasta donde se

encontraba Daniel, de pie, sin moverse realmente de la puerta y sin dejar de mirarla de esa manera tan perturbadora.

—¿Deseas un corte de pelo? —preguntó esperanzada cuando se detuvo frente a él a una prudente distancia. Para ser honesta, Eve no estaba segura de cómo habría encajado él la mentira que le había soltado a la mujer aquella y si podía evitarlo prefería evitar una escenita en su trabajo pero la expresión de Daniel era incalificable y le resultaba imposible adivinar lo que vendría a continuación.

—Tenemos que hablar.

Al menos no parecía dispuesto a comenzar discutiendo. Sólo tenía que sacarlo de allí...

—Lo siento, ¿vale?

¿Qué estaba haciendo? Eve cerró los ojos, agobiada y miró hacia otro lado un momento.

—¿Lo sientes?

—Mira, sé que no fue lo más correcto —volvió a mirarlo— pero la garra de tu novia empezó a insultarme y provocar y me salió solo...

Su voz se fue apagando y puso los ojos en blanco cada vez más irritada.

—No es mi novia.

Los ojos de Daniel se entrecerraron, claramente molesto y Eve se preguntó si se debía a ella o a su novia que según él no lo era.

—¿Y entonces qué es?

Vale, esa no era una pregunta muy educada. En realidad le daba la excusa perfecta para que él le diera una respuesta que la molestaría y le haría sentirse mal y lo peor era que la culpa la tendría ella por abrir la boca y no mantener su curiosidad a bien recaudo en su bolsillo.

—Dijiste que no estabas embarazada.

Eve enarcó una ceja. ¿Así que decidía ignorar su pregunta en vez de enfadarse?

—Y no lo estoy.

Los dos se miraron en silencio.

—¿Y entonces a qué vino lo del embarazo delante de mis amigos?

Eve suspiró.

—Ya me he disculpado, ¿no? —comenzaba a sonar irritada pero no le gustaba ver esa repentina decepción en la mirada de aquel hombre—. No debí mentir pero no se me ocurrió otra cosa que pudiera molestar a tu novia...

—No es mi novia.

—... Así que lo solté —le ignoró ella—. Si tienes algún problema intenta enseñar modales a tu novia y nos habiéramos ahorrado esta visita. ¡Ah, no! Te la habieras ahorrado tú. Tiene que ser horrible bajar a hablar con la plebe, ¿no? Y encima con la mujer con la que te acostaste una vez. Mira, te lo pongo fácil. No tienes nada de lo que preocuparte —¿por qué estaba tan enfadada?— no recuerdo nada de esa noche así que no puedo criticar si fuiste un desastre en la cama.

Por la forma que abrió los ojos, indignado, aunque sólo duró unos instante esa emoción, Eve supuso que había dado justo en su ego.

—Te lo dije antes, Gabriela no es mi novia y agradecería que dejaras de repetirlo. Es algo que me molesta.

—¿También quieres que me disculpe por eso?

—No recuerdo haberte pedido que te disculpes por nada.

Eve lo miró de pronto avergonzada. Era verdad. Él no había exigido nada. Al final la escenita la estaba montando ella. Miró a su alrededor dándose cuenta que los miraban demasiado y se mordió el labio inferior, angustiada.

—Lo siento —murmuró—. Estaba con una cliente que me saca de quicio y al final lo estaba pagando contigo —suspiró—. No estoy embarazada. Espero que no haberte causado problemas con eso. Y ya no hace falta que vengas a

verme. Me bajó la regla el otro día y con eso lo que podía justificar estas visitas. Olvidemos aquella noche.

—Creo que acabas de decir que no te acuerdas de lo ocurrido.

Eve cerró los ojos, un segundo, maldiciendo entre dientes.

—Tienes razón —Eve se llevó una mano a la cara, abochornada—. Oye, mira, no es lo que...

—¿Puedo pedirte un favor?

Eve apartó la mano y lo miró con cierta curiosidad pero con mayor dosis de desconfianza.

—¿Cuál?

—Gabriela es mi prometida.

—Vamos, tu novia.

¡Y encima tenía la desfachatez de decir que no lo era! Pero, ¿por qué le afectaba oír aquello?

—No, no es mi novia.

Eve lo miró incrédula.

—¿Qué es para ti una prometida?

—¿La mujer impuesta por tus padres para que te cases sin tener en cuenta tu opinión?

¿Un matrimonio organizado? ¿Aún existía algo así?

Eve se mordió la lengua antes de seguir preguntando. Tal vez había cruzado la línea de lo permitido para interesarse por la vida de otra persona.

—¿Qué favor quieres pedirme?

Él pareció dudar antes de responderla y por un momento Eve creyó que la pediría hablar en otra parte. Al final sólo pasó el peso de una pierna a otra.

—Mi primo le dijo a mi abuelo que estabas embarazada.

—¿Tu primo? —La imagen del tío con el que había chocado en el hotel vino a su mente y Eve hizo una mueca—. Ah, sí. Ese.

—Sí, ese —siguió él escrutándola, haciéndola sentir incómoda—. Saltó la noticia del embarazo el otro día en una reunión familiar. Puedes imaginar lo que...

—Me hago una idea —le interrumpió abochornada levantando una mano—. Lo siento, en serio. No pensé en las consecuencias. Si quieres hablo con tus padres o con quien quieras y explico lo que sea.

—No.

Eve parpadeó.

—¿No?

—Pese a lo que pueda parecer, mi abuelo está encantado con la noticia. Está ilusionado con la idea de un biznieto y gracias a ello, comprende que mi compromiso con Gabriela no puede continuar si yo decido hacerme

responsable del niño y la madre.

Eve procesó lentamente la información. No porque fuera alguien que no entendiera las cosas a la primera, sino porque lo que le estaban sugiriendo parecía demasiado surrealista.

—Espera, entiendes que no estoy embarazada, ¿verdad?

Debía dejar las cosas claras desde el principio no fuera a haber sorpresas luego.

—Sí, lo he entendido.

Lo había entendido...

—Entonces lo que se supone que quieres hacer es que finja un embarazo que

no existe para que no tengas que casarte con tu novia.

—No es mi novia, y sí, eso resume las cosas.

—No entiendo —soltó ella de golpe, no muy segura de que estuvieran gastándole una broma—. ¿Tan anticuada es tu familia que no ve la alternativa de que te cases con Gabriela aunque tengas un hijo con otra? Tu abuelo puede disfrutar de su biznieto. Ah, claro —siguió ella con su reflexivo monólogo—, es ella quien no querría casarse contigo en esas circunstancias.

—En absoluto —respondió él aprovechando una pausa de Eve para coger aire—. Gabriela soportaría cualquier cosa con tal de cumplir las expectativas de sus padres y fusionar las dos empresas. Es un buen negocio para su familia —Eve enarcó una ceja—. Mis padres están en contra, obvio, por supuesto. Fueron ellos quienes organizaron ese absurdo matrimonio pero mi abuelo está encantado con la idea y cuando hablé con él deformé un poco nuestra historia.

—¿Nuestra historia?

De verdad que no tenía intenciones de intervenir pero aquello se le estaba escapando de las manos; al menos se alejaba bastante de su comprensión.

—Sí —siguió él imperturbable—. Le dije a mi abuelo que no sólo estabas embarazada, sino que era un niño deseado porque estaba enamorado de ti.

—¿Cómo?

Eve parpadeó alucinada.

—Mi abuelo considera un problema menos que la madre de su biznieto sea mi esposa y no tener que negociar el tema del niño y...

Eve hubiera bufado indignada si hubiera sido capaz de salir del estupor en el que seguía sumergida y del que no veía poder salir de forma inmediata. Tal

vez de ahí, donde su cerebro no procesaba al cien por cien todo lo que estaba recibiendo y en tan poco lapsus de tiempo, fue capaz de formular aquella pregunta y de esa manera, algo que en otras circunstancias no lo hubiera hecho nunca.

—Espera —le interrumpió de manera brusca haciendo que él enarcara una ceja contrariado—, espera un maldito segundo, ¿me estás proponiendo matrimonio?

Capítulo 8

En frío la historia le parecía tan inverosímil como el hecho de haber vuelto al apartamento de Daniel.

Con disimulo, Eve miró la cama a medio hacer que se veía con la puerta

entreabierto de la habitación de la que sólo recordaba haberse marchado. Y a toda prisa por cierto.

—Será un contrato —escuchó a Daniel mientras le dejaba una copa de vino sobre la mesa de cristal negro del salón.

Eve miró la copa y luego a Daniel que se sentó a su lado y se llevó elegantemente su copa a los labios, bebiendo un sorbo.

—¿Un contrato?

—¿No te gusta el vino?

—¿Evitas mi pregunta?

Vale, estaba a la defensiva pero a esas alturas daba igual. Notó como Daniel la

observaba, a su lado y se odió por sentir como el calor de su cuerpo se elevaba por esa tontería. Tampoco es como si tuviera quince años y se encontrara en la casa del chico con quien iba a tener su primera experiencia sexual.

—No la evito. Un contrato es la forma más correcta que se me ocurre para hacer las cosas. Además, un matrimonio es eso.

—Es una locura.

—Te toca. ¿No te gusta el vino?

—Me he comprometido a no volver a beber —dijo con firmeza—. Para no acabar cometiendo el mismo error que contigo —puso los ojos en blanco—. Ya sabes.

—Claro, entiendo. Al fin y al cabo no recuerdas lo sucedido.

—Eso es —Eve notó el rubor de sus mejillas—. ¿Tú puedes recordar?

—Algo. También me emborraché y no tengo costumbre. Vale, como sea. Haré redactar mañana un contrato por mi abogado que quede reflejado los intereses y obligaciones de los dos mientras dure este matrimonio.

Eve se mordió el labio inferior, agobiada. Se había dejado llevar por el momento y había aceptado sin pensarlo demasiado pero ahora que reflexionaba sobre ello...

—¿Estás segura que no tienes nada que desees? Sería más cómodo para los dos si pudiera entregártelo antes de la boda.

—Ya te he dicho que ahora no puedo pensar en algo —se quejó mirando demasiado la copa de vino que Daniel había preparado para ella. Tenía una pinta tan deliciosa... Y más ahora con todo lo que se le venía encima. Oh, sí,

sí, podía haberse negado pero esa vocecilla insidiosa le había hecho recordar que aquel hombre era rico, con influencias y que nunca podría saber cuando necesitaría alguna de esas cosas que él podía darle y que obviamente esa oportunidad no se presentaba en la vida dos veces. Al final se había decidido por aceptar aquella absurda petición y eso la regresaba al momento actual, preparando un contrato prematrimonial donde una de las cláusulas sería que ella podría elegir el pago en cualquier momento y él estaría obligado a concederselo, sea cual fuera el precio.

Joder, como necesitaba esa copa.

Se había vuelto completamente loca.

No es que hasta ahora no hubiera algún momento en el que no hubiera dudado de su estabilidad mental, por supuesto, algún que otro tornillo perdía todo el mundo en algún momento de su vida así que Eve dudaba que hubiera alguien completamente cuerdo y de ahí justificaba el interés de Daniel por casarse con ella... Vale, por fingir un matrimonio con ella con tal de no casarse con una mujer impuesta por sus padres. ¿Tan ogros eran?

Eve sacudió la cabeza y se obligó a desviar la mirada de la copa de vino.

Iba a casarse. Lo demás no importaba. Que sólo fuera un matrimonio de pega donde según había dicho Daniel no habría contacto íntimo o físico entre ellos y que sólo duraría un tiempo. Al fin y al cabo, se casaban tan rápido por ese hijo que no existía y una vez ella lo perdiera misteriosamente, no había razón para continuar porque ninguno de los dos superarían esa pérdida y decidirían finalizar ese absurdo.

Eve volvió a mirar la copa.

Visto de esa manera parecía muy simple y ella conseguía algo a cambio; algo que aún no sabía lo que era pero esperaba que fuera muy caro ya solo por la alta dosis de ansiedad que estaba sufriendo en ese instante.

—No habrá ceremonia, ¿verdad? —preguntó pensándolo espantada de pronto.

Si tenía que celebrar algo delante de los ojos asesinos de la familia de ese hombre posiblemente muriera ese mismo día de sobredosis de radiación de odio y eso no lo pagaba nadie.

—No. Lo haremos lo más rápido posible. Haré unas llamadas y mañana iremos a firmar al juzgado.

—¿Qué? ¿Mañana? Tengo que pensarlo todavía y mi familia...

—Ni tienes que pensar nada. Es la oportunidad de tu vida y los dos lo sabemos.

Eve giró el cuello con esfuerzo, notándolo de pronto muy rígido y le clavó una acerada mirada.

—Sí, adelante, sigue por ese camino y te vas a casar con tu padre o con la chiflada de tu novia.

Daniel también la miró apartando la atención del móvil y por un momento Eve creyó que iba a decir algo pero como si lo pensara mejor, desvió la cabeza y dio un sorbo de su vino.

—Lo siento pero de verdad que corre prisa. Mi abuelo puede cambiar de opinión en cualquier momento.

—Ya —soltó Eve rudamente cruzándose de brazos—. ¿Y qué ocurre con mi familia?

—¿Qué ocurre con ellos?

—Verás, hasta ahora he sido la más normal... —cerró los ojos y suspiró antes de agarrar la copa y beber el vino de un trago. Genial; para terminar

bebiéndolo lo podía haber hecho desde el principio—. Soy lo que mis padres consideran la única que no se les ha perdido en el camino. Mi hermana mayor se ha casado tres veces con sus respectivos tres divorcios... Y sus respectivos tres hijos. Ahora mismo está viviendo con mis padres como lo hace cada vez que se divorcia. Mis padres lo tienen asumido, por supuesto.

—Ha tenido mala suerte.

El pragmatismo que Daniel trató de transmitir, posiblemente por decir algo le hizo gracia pero Eve sólo consiguió soltar una queda y amarga carcajada.

—Mejor no hablemos de los detalles de esos divorcios.

Tampoco iba a sacar todos los trapos sucios de su hermana, incluso si los divorcios habían sido los tres porque Helen les había estado engañando y Peter, el mayor de sus hijos resultó no ser hijo de su marido. Pero eso era otra historia. Incluso Eve lamentaba haber estado en casa de sus padres aquellas navidades, las últimas que Helen y Jon pasaron juntos a los días de nacer

Peter. Lo que se había montado en casa aquella noche la dejaría marcada para toda la vida.

—Luego está mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Sí, sí —¿comenzaba a sonar histérica? Ella ya empezaba a notar como hiperventilaba. Había sido una mala idea aceptar aquella locura—, bueno —puso los ojos en blanco—. Es gay. Y aunque mis padres lo han aceptado, en parte —volvió a poner los ojos en blanco—, mi padre lleva muy mal que trabaje en un club todos los fines de semana donde se viste de mujer.

Hizo una pausa, de hecho no planeaba seguir hablando de la parte en la que su hermano de veintitrés años se travestía. Vio como Daniel despegaba los labios, obviamente para decir algo pero Eve levantó una mano, impidiéndole que fuera lo que fuera que iba a decir lo soltase.

—¿Tienes más vino?

—Claro.

Eve siguió con la mirada todos sus movimientos desde que se apartara de su lado hasta que desapareciera en una habitación contigua y regresara con una botella, rellenoando su copa. Eve la agarró y volvió a beber el vino de un tragó ante la atenta e inexpresiva mirada de Daniel.

—¿Tienes más hermanos?

—No —gruñó— ¿y tú?

Capítulo 9

Daniel miró a Eve acurrucada, echa un completo ovillo en su sofá cuando por fin había conseguido que dejara de tratar de quitarse la ropa y decir de un disparate a otro.

Tal vez había sido una mala idea proponérselo a ella pero no iba a resultar tan creíble con otra persona por muy entrenada que estuviera o por muy buena actriz que fuera. Con Eve había resultado tan natural porque no había sido planeado, tal vez por eso había dejado que la idea y el malentendido tomara forma. Todos lo habían creído, incluso la reacción de Gabriela había ayudado a que fuera una idea creíble y había ido a buscarla, a proponerle un trato y conseguir convencerla aunque no había esperado que resultara tan fácil. Eve simplemente había aceptado pero como aún no sabía qué quería a cambio le había pedido un papel, un contrato o lo que fuera que garantizara el cobro de su parte. A Daniel no le había importado. Estaba dispuesto a pagar cualquier cosa con tal de librarse del matrimonio de Gabriela sin terminar repudiado, desheredado y quien sabía lo que podrían tener en mente. No, le gustaba su estilo de vida y quería mantenerlo pero no quería sacrificar su futuro por un

capricho de sus padres.

Uno de los mechones castaños del cabello de Eve cayó por su mejilla y Daniel se inclinó para apartarlo, rozando su mejilla y haciendo que ella se revoliera balbuceando algo más sin sentido y Daniel no pudo evitar que en su mente aparecieran los escasos recuerdos de aquella noche confusa que pasó con ella y la manera que le había hecho el amor.

Para Daniel sus encuentros sexuales solían ser de una sola noche y por lo general un intercambio de necesidades. No había sentimientos de por medio, al menos no de su parte y la otra persona siempre estaba al tanto de ello. Él siempre se encargaba que fuera así. Y nunca se implicaba realmente. Daba y recibía placer pero los recuerdos de la noche con Eveline ya fuera llevado por el alcohol, se había dejado llevar y había disfrutado del sexo con ella como nunca lo había hecho antes. Sencillamente había perdido el control. Y le había gustado.

O eso creía.

Apartó la mano y fue en busca de una manta.

Tampoco es que tuviera un recuerdo muy fiel y el alcohol también podía haber deformado esos pocos recuerdos pero de una manera u otra no planeaba revivir esos recuerdos. Con esa mujer no volvería a implicarse de esa manera, hacerlo sería un error y lo sabía y sólo complicaría el desenlace inevitable de su trato.

Con un suspiro, echando un nuevo vistazo a la mujer, le tendió la manta por encima y se alejó hacia su habitación para hacer una llamada a su abogado. Cuanto antes tuviera listos los papeles del matrimonio y la hiciera firmar el contrato, menos posibilidades de que ella pudiera arrepentirse, una posibilidad que por las cada vez más frecuentes dudas de ella y la manera que se había puesto a beber como si su vida dependiera de ello le hacía adivinar que iba a negarse a ayudarle a aquello.

Hizo varias llamadas y pidió algunos favores y cuando finalmente salió de la

habitación, Eveline seguía revolviéndose en su sofá y hablando en sueños.

Por unos instantes Daniel consideró alejarse de allí pero la blusa medio abotonar de la mujer dejaba al descubierto parte del pecho que no cubría el sujetador y tuvo que obligarse a desviar la cabeza notando como la parte más baja de su naturaleza le recordaba que llevaba mucho tiempo sin sexo y que Eveline era una mujer muy deseable.

Incluso borracha.

Suspiró y se alejó de allí decidido a darse una ducha fría.

Eveline bostezó una vez más dentro del flamante coche deportivo de Daniel y apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla, agotada.

Se había emborrachado. ¡Emborrachado! ¿Dónde demonios quedaba su decisión de no volver a beber en su vida? Ese en su vida había sido un lapsus de tiempo realmente corto y, de hecho, lo que peor llevaba era que esa borrachera le había hecho abrir los ojos y darse cuenta que lo que estaba a punto de hacer era un error...

Sí, lo había pensado, al menos lo había hecho mientras Daniel literalmente la levantaba a la fuerza, la obligaba a beber café y hasta a mordisquear una tostada con la amenaza de hacérselo tragar a la fuerza después de masticarlo él, de arrastrarla hasta el baño donde ella había encontrado cierta lucidez a través de la resaca para asegurarle que podía quitarse sola la ropa y que no iba a ahogarse en una ducha pero cuando había salido decidida y con un fuerte y punzante dolor de cabeza a expresarle a Daniel Ascot lo que pensaba sobre el trato y retractarse, había aparecido la diva número uno, la prometida de Daniel y olvidándose de ese protocolo de buenos modales e insensibilidad propia de su alta clase, Gabriela había perdido los papeles llamándola de todo menos bonita y en otro arranque de inmadurez por su parte, había agarrado a Daniel del brazo y ante la cara estupefacta de la mujer, lo había sacado de casa para firmar los papeles del matrimonio.

—Hemos llegado.

Eve salió del coche con pesadez, demasiado adormilada y con la cabeza aún resonando en algún punto y a un nivel demasiado alto para su gusto. Se había atiborrado a analgésicos cuando Daniel le había dado el frasco delante de Gabriela que posiblemente se había contenido bastante para no estrangularla o para agarrarse a la pierna de Daniel cuando él, amablemente, la había echado de su casa antes de salir ellos por la puerta —y de arrancarle de las manos el frasco de las pastillas y el vaso de agua—.

Ni siquiera estuvo muy segura de lo que dijo el hombre que les invitó con una cara demasiado seria a sentarse en un despacho y les dio varios folios para firmar con la debida explicación sobre ello. Lo que Eve sí escuchó fue la fría y ambigua felicitación antes de estrecharles las manos y de que varias personas que no había visto al entrar y que se habían mantenido al margen también firmarían unos documentos.

Cuando finalmente Daniel accedió a llevarla hasta su trabajo y entró a la peluquería empezando a espabilarse, comprendió al ver a Kat con el ceño fruncido y mirada inquisitiva que acababa de casarse.

—No preguntes —le advirtió a su amiga de pronto de muy mal humor entrando en el vestuario para cambiarse de ropa y ponerse el uniforme.

Eve vio como su amiga la seguía con los brazos alrededor del pecho y esperaba con paciencia a que se pusiera la bata, se recogiera el pelo en una coleta alta con una goma que siempre guardaba en el bolsillo y cambiara sus deportivas por los cómodos zuecos blancos de trabajo.

—¿No llevas la misma ropa que ayer?

Eve notó que se sonrojaba bastante consciente del significado que llevaba impreso el tono de voz que había usado Kat al hablarle y tardó unos segundos en levantar la cabeza y mirarla.

—Te dije que nada de preguntas.

—¿Te lo has vuelto a tirar?

—¿Qué? ¡No!

Katherine hizo una mueca, incrédula y pasó el peso de una pierna a otra.

—¿Me tomas por idiota? Que te he visto bajar de su coche, ¿sabes? Y con el añadido de la misma ropa de ayer sólo tengo que sumar dos más dos y...

—Y te equivocarías.

Sí, se equivocaría. O al menos no lo hubiera vuelto a hacer sobria y de nuevo no recordaría nada, incluso menos que la vez pasada y esta vez sería más

preocupante porque él no se había emborrachado. Eso o ella no recordaba haberlo visto pasar de su primera copa pero también era verdad que Eve sólo había tenido tiempo para llenar la suya y de autocondolverse sin sentido.

—¿En serio?

Eve suspiró.

—Sí. No nos hemos acostado —Vio como Kat enarcaba una ceja—, nos hemos casado.

Si antes hubiera creído que era imposible que la ceja de Katherine se elevara y arqueara más, Eveline se equivocaba.

Por unos segundos, un minuto quizás, su amiga la miró alucinada, posiblemente debatiéndose mentalmente sobre si lo que había oído era lo correcto o no.

—¿Qué has dicho?

Era obvio que la había escuchado pero Katherine necesitaba que se lo repitiesen porque debía creer que había escuchado mal. Eve no la culpaba; hasta a ella le resultaba una situación surrealista.

—Nos hemos casado —repitió—. Esta mañana —añadió al ver como su amiga seguía mirándola alucinada—. Te hubiera invitado pero al final decidimos que fuera algo entre nosotros. Ni siquiera ha habido comida ni nada.

Y ya puestos a decirlo en voz alta aquello había sido cualquier cosa menos la boda de sus sueños, si es que hubiera tenido alguna idea de su boda ideal, pero estaba claro que fuera cual fuera esa idea, lo que acababa de presenciar aún saliendo malamente de los efectos de la resaca desde luego no era su boda de ensueño. ¡Al menos un vestido blanco o algún que otro pétalo al salir recién casados!

—¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loca por algún casual?

—No. Es verdad, nos hemos casado.

—¿Y quieres que vaya y me lo crea?

—Eso ya es otra historia. Quieras creerlo o no es cosa tuya.

Eve se ajustó la coleta y echó a caminar fuera del vestuario.

—Eh, ¿a dónde vas?

Eve ni se giró.

—¿A trabajar?

Capítulo 10

—Tenemos que hablar.

Daniel levantó la cabeza para ver como su madre entraba en su despacho junto a Gabriela. Con resignación apartó los dedos del teclado del ordenador y echó la espalda hacia atrás, esperando con paciencia hasta que las dos mujeres se acomodaron al otro lado de la mesa.

—¿Y bien? ¿De qué quiere hablarme, madre?

Excluyó deliberadamente a Gabriela de su pregunta y vio como las dos

mujeres fruncían el ceño y su madre lo miraba con contrariedad.

—De esa mujer y ese niño que dice que es tuyo.

Bueno, no era como si no esperase eso, aunque se habían dado más prisa de la que había supuesto pero no tanta como él. Echó un vistazo al móvil. Hacía al menos media hora que había enviado un mensaje a Eveline y comenzaba a inquietarle que hubiera pasado ya la hora en que cerraban la peluquería y aún no le hubiera contestado. ¿Debía llamarla? Esperaría a lidiar con ese enfrentamiento con su madre y saldría de la oficina, la llamaría y hablaría con ella ahora que esperaba encontrarla sobria y dispuesta a hablar. O al menos era lo que esperaba.

—Esa mujer es ahora mi esposa y el hijo es mío, madre. ¿De qué quiere hablar exactamente?

No encajaron bien la noticia. Ninguna de las dos pero tampoco lo había esperado. Su madre pasó de la sorpresa a la furia tan rápidamente que Daniel

creyó haber imaginado el asombro en su expresión y Gabriela ni siquiera hizo expresión de asombro. La rabia había desfigurado sus delicadas y perfeccionadas facciones en cuanto había mencionado que se habían casado y dudaba que eso desapareciera tan fácilmente; incluso dudaba que desapareciera nunca.

—¿Qué has hecho qué?

Su madre se adelantó un paso más y se sentó en una de las sillas apoyando una mano de dedos largos y finos sobre la mesa.

—Me he casado, madre. ¿Cuál es el problema? Tengo el permiso del abuelo.

Los ojos azules de su madre centellearon de rabia.

—No te atrevas a ponerte chulo conmigo. Soy tu madre y sabes que este compromiso está arreglado desde hace muchos años.

—Sin mi permiso.

—¡Permiso! ¿Qué crees que es el matrimonio?

Daniel no respondió. Dijera lo que dijera si no era lo que su madre quería oír, ésta montaría una escenita así que se ahorró darle la oportunidad pero por la forma que el tic del ojo de su madre se agravaba imaginó que no iba a tener la suerte de que lo dejara ahí.

—¡El matrimonio es un negocio, Daniel!

Y posiblemente no iba a ser lo único que iba a escuchar si la puerta no se hubiera abierto de golpe y su abuelo no hubiera cruzado la estancia como si hubiera entrado en su propio despacho.

A Daniel no le importaba esa actitud. Estaba acostumbrado y a fin de cuentas, la empresa era de él, no suya.

—He oído que te has casado, Daniel.

Las noticias volaban y Daniel sí que se preguntaba qué tipo de contactos tenía Graham Ascot para haberse enterado de una boda tan exprés y organizada a base de favores para que fuera tan rápida.

—Creo que sería lo más acertado —comentó algo tenso aunque no tanto como su madre y Gabriela que habían enmudecido de pronto y básicamente parecían rígidas.

—Lo es —asintió él con la cabeza mirando a su madre y Gabriela demasiado serio—. Un niño debe venir dentro de una familia normal y me hubiera sentido muy decepcionado de que no hubieras aceptado tus obligaciones y hacerte responsable de tus acciones —volvió a asentir con la cabeza—. Quiero conocer a tu esposa. Tráela a casa y cenemos juntos.

Daniel notó como aumentaba la tensión de su cuello y se obligó a sonreír antes de decir:

—Claro, iremos cuanto antes.

El hombre se movió, observando la mesa y dio unos golpecitos a la mesa con la yema de los dedos.

—Que sea pronto.

—Por supuesto.

—Y, Gabriela, estoy convencido que comprenderás la situación actual.

—¿Señor?

Gabriela se giró elegantemente para mirar al hombre que la observaba muy serio.

—Ahora mismo tu presencia junto a Daniel puede ser un inconveniente para una pareja que comienza una vida juntos. Agradeceré que evites tus visitas a Daniel de ahora en adelante.

Gabriela no respondió; apretó los labios con tanta fuerza que se convirtieron en una línea fina de color rosa.

—Graham... —intervino su madre haciendo que el interés de Graham se volcara en ella y perdiera interés en la otra mujer que contenía mal la compostura.

—Oh, querida, ¿por qué no vienes conmigo a tomar algo y le hacéis compañía a un anciano?

No era una invitación en realidad. Daniel vio como Gabriela y su madre salían junto a su abuelo completamente rígidas, manteniendo una conversación sobre unas tierras que querían vender como si de pronto fueran de un interés especial y antes de cerrar la puerta Graham la sostuvo agarrándola con la mano y se giró para clavar sus ojos en él.

—Estaré esperando esa visita, Daniel.

—Iremos pronto —prometió.

Cuando finalmente se cerró la puerta Daniel se permitió relajarse y agarró el móvil comprobando que tenía un mensaje de Eveline en el que le informaba que estaba en la puerta de su apartamento.

Sin pensárselo dos veces, Daniel agarró sus cosas y salió corriendo del despacho.

Capítulo 11

Eveline miró de refilón como Daniel se quitaba el abrigo y lo dejaba ordenadamente sobre el sofá antes de girarse hacia ella.

—¿No vas a quitarte la cazadora?

—No. Me voy en breve.

Eveline vio como Daniel fruncía el ceño.

—Hay dos habitaciones puedes quedarte a dormir aquí.

—¿Qué? No.

Se revolvió incómoda, incluso pensó que era más fácil lidiar con sus emociones estando borracha. Al menos podía justificar su comportamiento al alcohol si luego se arrepentía de decir o hacer algo que no debía pero pasar todo el día pensando en un hombre con quien se había casado que conocía poco y que sentía cada vez que lo veía una irracional atracción sexual, no era sano.

Y tampoco lo era tenerlo frente a ella.

—¿Prefieres que vaya a tu apartamento?

—¿Qué? Claro que no.

Eveline parpadeó y retrocedió inconscientemente cuando Daniel fue hacia ella, deteniéndose de golpe a ver su reacción.

—Acordamos vivir en la misma casa mientras durara nuestro contrato.

—¿Qué? No recuerdo eso.

—Tal vez porque estabas borracha.

—No estaba tan borracha.

Daniel se encogió de hombros.

—Entonces recordarás que se acordó vivir en la misma casa.

Eveline se mordió el labio y suspiró. Tendría que pedirle una copia del dichoso contrato.

—Bien, de acuerdo, pero mi casa imposible. Sólo hay una habitación —y era un cuchitril, por cierto, a comparación de aquel apartamento.

—¿Entonces prefieres que compre una casa nueva? Puedes quedártela cuando finalice nuestro contrato.

—¿Qué? No, espera, no quiero una casa —puede que la quisiera pero tenía su orgullo... Creía... Volvió a suspirar. Aún le dolía la cabeza—. No me importa aquí pero comprenderás que no me gusta la idea de que cualquiera pueda entrar cuando estoy viviendo aquí...

Como para dar mayor énfasis a sus palabras la puerta se abrió en aquel momento y Eveline se giró para ver entrar a Gabriela y enarcó una ceja, girando a medias la cara hacia Daniel con una expresión que decía claramente que era eso a lo que se refería.

—¿Ves? —añadió cruzándose de brazos para encajar mejor las palabras que sin duda iba a soltar la mujer que la asesinaba con la mirada.

—¿Qué hace ella aquí? —explotó Gabriela rencorosa.

—¿Qué haces tú aquí? —respondió Eve tomándose la libertad de actuar con derecho.

Gabriela se irguió y la miró arrogantemente.

—Soy la prometida de Daniel. Su madre me dio llaves hace cuatro años cuando él se mudó. Tengo derecho a...

—No tienes derecho a nada —la cortó Daniel dando un paso al frente—. Ella es mi esposa y yo no recuerdo haberte dado permiso para entrar en mi casa. Ni una sola vez.

Eve vio como la mujer apretaba los labios.

—No cambiaste la cerradura.

—Cierto. Un error.

—¿Y de verdad crees que me voy a creer que estás enamorado de ella? De acuerdo. Te concedo este último capricho. Sé que has montado este teatro para que no te obliguen a casarte. Lo comprendo. Sé que no te gusta que te impongan las cosas. Tómame tu tiempo porque sé que luego volverás a mí. Estamos destinados y francamente, Daniel, ¿alguien como ella?

El tono de desprecio no fue suficiente. Eve tuvo que ver como los ojos de la mujer la recorrían de arriba abajo con un rictus desagradable. Furiosa Eve apretó los puños. Tal vez ese "alguien como ella debía enseñarle algo de educación"

—Quiero que me des la copia de la llave, Gabriela, y mañana cambiaremos la cerradura. Y —añadió Daniel—, no vuelvas por esta casa. Soy un hombre casado y por respeto a mi esposa no quiero que vuelvas a mi casa o te acerques a mí.

Gabriela comenzó a temblar de rabia pero antes de perder la compostura, sorprendiendo a Eve, comenzó a reír, una risa que carecía de emoción, hueca, casi histérica.

—¿Me vas a hacer ahora a un lado? ¿Por esa mujer? Debes estar bromeando. Tú jamás te enamorarías de alguien como ella. ¡Una simple peluquera! ¡No caerás tan bajo! No me creo ese supuesto embarazo y mucho menos esa relación. ¿Enamorado? ¡Por favor!

Volvió a reír y Daniel suspiró a su lado. Hasta Eve podía sentir lástima por ella pero no tanto como para sentirse mal por lo que estaba haciendo. El comportamiento de esa mujer, sus palabras hirientes y el desprecio hacia ella

le impedía sentir cualquier indicio de arrepentimiento por aquella farsa.

—Es suficiente, Gabriela. Déjalo. No te hagas esto a ti misma. Nunca ha habido nada entre nosotros y tampoco lo habrá ahora. Lo siento pero estoy enamorado de ella.

Gabriela sacudió la cabeza con fuerza.

—Es mentira.

—Gabriela.

—No te creo. Mírate. Mírala. Sois como el día y la noche. No encajáis. Sé que todo es mentira. No puedes probar ni que esto no sea una farsa y lo voy a demostrar.

Daniel volvió a suspirar.

—Suficiente. Vete.

Gabriela tembló de la rabia pero antes de que volviera a decir nada más, Eve se vio envuelta en los brazos de Daniel y aún mucho más rápido se vio atrapada por sus labios.

No fue un beso dulce. Tal vez primero lo fue, más bien algo espontáneo y sin ganas y algo tomado por sorpresa para ella pero a medida que sus cuerpos se acercaron y sintió la presión del de Daniel sobre el suyo, Eve comenzó a notar como se elevaba la temperatura de su propio cuerpo y como el inocente beso de Daniel se convertía en algo mucho más apasionado, aferrándose al cuello de él y sintiendo como él la apretaba con más fuerza mientras devoraba su boca casi con necesidad y todo a su alrededor quedaba completamente olvidado, carente de sentido de pronto y sólo reaccionaron, apartando los labios cuando escucharon como la puerta se cerraba de un portazo.

Durante unos segundos los dos se miraron demasiado aturdidos por las emociones que acababan de experimentar como para organizar sus pensamientos y Eve casi sintió frustración cuando las manos de Daniel se apartaron de su cuerpo y retrocedió incómodo.

—Tenía... —murmuró sin mirarla a los ojos—, por Gabriela.

—Ya, sí —aceptó Eve nerviosa aclarándose la garganta con un suave carraspeo—, era necesario.

—Para que entendiese, ya sabes.

—Sí.

Daniel se frotó el cabello, nervioso y Eveline pasó el peso de un pie a otro, de pronto en un desagradable silencio que no ayudaba con la tensión sexual que flotaba en el aire entre ellos.

—Mi cuarto... —pidió ella desesperada.

O se iba de allí, se alejaba de él o posiblemente terminaría abalanzándose sobre él y la última aunque era la que realmente le apetecía no era la que mejor se llevaba con su dignidad.

—Oh, sí. Ven.

Caminó detrás de Daniel manteniendo una prudente distancia con su espalda y cuando él se detuvo frente a una puerta cerrada se paró de golpe antes de acercarse a él.

—Esta será tu habitación —dijo él abriendo la puerta y tras unos segundos en el que ninguno de los dos hizo o dijo nada más, se apartó, sin mirarla y dijo—: te dejaré tranquila entonces

—Sí, vale, gracias.

Eve esperó a que Daniel regresara sobre sus pasos para entrar y encerrarse en su habitación, apoyando la espalda en la puerta y miró la cama con un edredón blanco con un nudo en el estómago.

—Esto va a ser un infierno.

Capítulo 12

Y lo era.

Eveline sepultó la cabeza en la mesa del vestuario donde solían descansar o tomar café a media mañana. Katherine llevaba un rato especialmente callada,

sorbiendo de su taza y con la mirada fija en ella.

—Vale, ¿qué? —preguntó Eve sin levantar la cabeza.

—Nada.

Eve bufó.

—¿En serio?

No era propio de su amiga mantenerse en silencio y estaba claro por su actitud que se moría por decir algo.

—Sí, sí.

Con esfuerzo, tal vez por las malas noches que llevaba pasando desde hacía una semana en la casa de Daniel Ascot, Eve levantó la cabeza y la miró. Su amiga seguía observándola con la taza en los labios.

—No, en serio, suéltalo. Llevas una semana de lo más raro.

—Oh... —Kat dio un nuevo sorbo a su café, tomándose su tiempo y pareciendo indiferente—, claro, yo soy la rara, la que se ha casado con alguien con quien se acostó una noche, quien está buenísimo y encima es rico.

—Eso...

Katherine dejó la taza bruscamente sobre la mesa y Eve se sobresaltó enmudeciendo.

—¡Y encima tienes esa cara de no haber dormido nada desde que te has ido a vivir con él! ¿De verdad me voy a creer que no hay nada entre vosotros?

—No, no lo hay —soltó Eve de muy mal humor.

Sí, eso era lo que la estaba matando. Desde que estaba viviendo en casa de Daniel Ascot, el deseo que sentía hacia ese hombre crecía a pasos agigantados y tenerlo cerca comenzaba a ser una agonía.

Lo deseaba... Nunca había sentido una atracción sexual tan fuerte por nadie y estar en esa casa sólo hacía que su mente tuviera pequeños momentos de los recuerdos de la noche vivida con él y antes de que su mente fuera capaz de procesarlo, su cuerpo reaccionaba erizándole todo el vello de su cuerpo nada más sentir su proximidad.

Pero sólo era algo de ella. Daniel se comportaba como siempre; frío, manteniendo las distancias y sólo hablando lo imprescindible en los momentos que compartía con ella y retirándose a la noche lo más pronto posible a su habitación para no verse obligado a estar con ella.

Era frustrante. Y mucho. Para ella aquel contrato la estaba haciendo perder la cabeza. Esperaba ansiosa el momento que Daniel iba a buscarla a la peluquería, siempre puntual, apareciendo su coche frente a la puerta cinco minutos antes del cierre pero Daniel no hablaba mucho con ella y cuando lo hacía era generalmente algo relacionado sobre el motivo del contrato de su matrimonio.

Y cuando se tocaban por cualquier momento era como si saltaran chispas entre ellos.

—No puedo seguir así, Kat.

—Así, ¿cómo?

—Creo que me he enamorado.

Y la revelación era descorazonadora.

Sabía que iba a sufrir y mucho cuando todo terminara y luego, ¿cuánto tardaría en componer los trozos de su roto corazón?

—¿De quién? —Eve lanzó una lánguida mirada a su amiga y ésta enarcó una ceja— ¿de tu marido? —soltó con ironía.

—No es... —¿su marido?

—Da igual, lo que sea, legalmente es tu marido, ¿no?

—Si lo miras de esa forma... Pero aún así, lo nuestro es un contrato. A él sólo le intereso por esa farsa, por un propósito. No me quiere. Ni me toca y ya puestos casi ni me mira. ¿De verdad crees que alguien como Daniel Ascot podría interesarse en mí? Mírame —para dar mayor énfasis se apartó de la mesa y se señaló consiguiendo que Katherine enarcara aún más una ceja pero se mantuvo en silencio, mirándola fijamente— y luego míralo a él. Somos tan

distintos...

—Sí —explotó su amiga—, completamente distintos. Él es un hombre y tú una mujer. ¿Necesitas que te explique las diferencias que hay entre uno y otro?

Eve entrecerró los ojos pero no pudo evitar echarse a reír.

—Que estoy hablando en serio, Kat.

—Y yo —aseguró su amiga con un suspiro—. Vamos, Eve, vives con él, duermes en su casa... —puso los ojos en blanco—, eres una mujer y él un hombre. Si te has enamorado de él entonces quedátelo.

Eve miró a su amiga alucinada un momento y luego se echó a reír.

—Es una persona, Kat, no un peluche. No me lo puedo guardar y quedármelo.

—No seas absurda. Sedúcelo, conquístalo. Si no puedes hacer que se enamore de ti viviendo con él y teniendo acceso a él, entonces sí, olvídalo y quédate en casa llorando cuando te abandone pero no seas cobarde y derrotista cuando ni siquiera lo has intentado. Así que venga, levántate —dio una patada a la pata de la mesa y Eve retrocedió sobresaltada, casi a punto de caerse de la silla por la sorpresa— y vete a buscar al guapo de tu marido que seguro ya te está esperando en la puerta.

Capítulo 13

—Iremos este sábado a comer con mi abuelo, ¿estás libre?

Daniel suavizó en el último momento las palabras que estaba utilizando para pedirle a Eveline que le acompañara a ver a Grahan Ascot y que no sonaran a

una orden. Ya había comprobado que cada vez que usaba una actitud autoritaria con ella, más producto de la costumbre de estar rodeado de personas contratadas para obedecer sus órdenes que por un motivo diferente, Eveline se limitaba a ignorarlo y alejarse de su lado, algo que cada día que pasaba le producía más ansiedad.

Había descubierto en esas semanas que compartían que le gustaba pasar tiempo con ella; era divertida, charlatana y se encontraba más de una ocasión simplemente disfrutando de su presencia, de su proximidad cada vez más abrumadora pero cuando había descubierto que le costaba cada vez más controlar el impulso de cogerla y llevarla a su cama, simplemente se había descubierto a sí mismo evitándola, volviéndose cada vez más taciturno. Incluso el verdadero motivo de ese contrato comenzaba a parecerle absurdo hasta el día anterior que su abuelo había ido especialmente a su despacho a recordarle que aún tenían una comida pendiente y Daniel había recordado el hijo que no existía.

—Ah, sí, me comentaste que tu abuelo quería vernos... —de pronto pareció nerviosa—, ¿qué debo decir sobre el bebé?

—No lo sé. No estoy muy familiarizado con la frecuencia de las visitas al ginecólogo —la miró fijamente y Eveline bufó divertida.

—Lo siento, nunca he estado embarazada así que a mí no me preguntes pero alguna ecografía sería lo normal. ¿El sexo del bebé es a los tres meses?

Daniel se frotó la cabeza con ansiedad. Tendría que informarse antes de ir e inventar una buena historia y excusas para las preguntas posibles.

—Da igual —murmuró mirándola de reojo. Con aquel vestido azul estaba realmente guapa y él se moría por quitárselo. Apartó la cabeza de mal humor —, improvisaremos.

—¿Estás seguro? No soy muy buena mintiendo.

El sábado llegó más rápido que de costumbre y ninguno de los dos había planeado realmente algo para tratar con su abuelo. De hecho, Eveline se sentía cada vez de peor humor. Lo había intentado todo, sólo le faltaba entrar en su habitación a mitad de la noche, desnudarse frente a él y pedirle que le hiciera el amor. Y no es que no lo hubiera pensado. Y muy seriamente pero no era la mejor manera de seducir a un hombre si lo que quería de él era que se enamorara de ella aunque visto que él cada vez la evitaba más y más y más bruscamente, rechazando hasta el mínimo contacto como si tuviera la peste, se conformaba con pasar una noche con él. Una en la que no estuviera borracha y se acordase al día siguiente y el resto de su vida.

Era desesperante y tal vez eso hacía que le importara poco el absurdo contrato y la presencia imponente de Graham Ascot que presidía una gran mesa junto a su mujer, una señora mucho más dulce que el avispado cabeza de familia Ascot.

—¿Sabéis ya si será niño o niña?

—Aún no —respondió Daniel de tan mal humor como ella, prácticamente

ignorando a sus abuelos que los miraban entre la curiosidad y la diversión.

—¿Habéis traído alguna ecografía? Para ver la forma de mi biznieto.

Eveline miró a Daniel con disimulo pero él evadió su mirada intencionalmente y notó como la rabia acumulada junto al resentimiento la consumía irracionalmente. Antes de abrir la boca, Eveline recordó haber pensado que a paseo con el contrato.

—No hemos traído nada —gruñó ella agarrando la copa llena de agua ¡agua! porque no debía beber alcohol tal y como había dicho la amable de Olivia Ascot—. Ni siquiera sé si quiero tener el niño ya.

—¡Eveline!

Daniel la agarró del brazo, impresionado por sus palabras y la miró inquisitivo. Molesta, Eve apartó el brazo bruscamente y lo miró con

resentimiento.

—Ah, vaya, ¿ahora sí me tocas? —Ni siquiera parecía estar fingiendo, tal vez porque realmente lo sentía de esa manera—. Desde que estoy embarazada ni me tocas. ¿Tan fea estoy ahora?

—¿Qué? —Daniel no sabía ni qué decir y Eve no se atrevió a mirar a los abuelos al otro lado de la mesa—. No...

—Suficiente.

Eve dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie echando al fin un vistazo al señor y señora Ascot que los miraban con una contenida curiosidad y hasta vio una sonrisilla en los labios de Grahan pero permaneció en silencio, observando los acontecimientos.

—Perdón pero me voy.

Se dio la vuelta y salió del comedor buscando la salida.

Capítulo 14

Daniel se levantó bruscamente, inmediatamente después de que Eveline saliera precipitadamente del comedor y por el impulso estuvo a punto de dejar caer la silla donde había estado sentado, dispuesto a correr tras ella.

—Soy viejo, Daniel, pero no estúpido.

Daniel no llegó a dar el segundo paso hacia la puerta; se detuvo en seco y se giró a medias para mirar la expresión grave pero serena de su abuelo.

Parecía distraído pero lo miraba con atención y daba suaves golpecitos en la mesa, al lado del plato con la comida sin probar, con un rítmico sonido prácticamente imperceptible.

—¿De qué estás hablando?

Grahan Ascot sonrió y pese a lo que se podían haber entendido sus palabras, no era una sonrisa hostil, sino cálida que dejó a Daniel más confuso pero no con la misma urgencia por saber de qué hablaba su abuelo como de ir a buscar a Eveline.

—Lo siento, abuelo, pero tengo que ir a buscar a Eveline.

Daniel volvió a girarse para salir corriendo tras Eveline pero no llegó a cruzar la puerta.

—Sé que la chica no está embarazada.

Volvió a detenerse pero antes de girarse apoyó la mano en el marco de la puerta.

—¿Qué dices?

¿Merecía la pena negarlo, luchar por algo que carecía de argumentos? Ni siquiera se había molestado en crear pruebas falsas del embarazo que no existía. Tampoco le importaba en ese momento. Su prioridad era alcanzar a Eveline y hablar con ella. ¿Cuándo había dejado de importar el falso contrato? ¿Cuándo se había enamorado de ella? Realmente no lo sabía. Puede que desde el principio se hubiera sentido interesado en ella, posiblemente el contrato matrimonial había sido una excusa pero nada de eso importaría si no podía alcanzarla y hablar con ella. Tal vez si lo hacía tendrían una oportunidad, tendría él una oportunidad y ella le permitiera empezar de cero.

—Lo he sabido desde el principio. Incluso antes de que Gabriela viniera a contarme lo que yo sospechaba.

Gabriela... Debió suponer que intentaría algo de verdad. Cerró un segundo los ojos, agobiado.

—Abuelo, lo siento, te lo explicaré en otro momento pero ahora...

—Oh, tranquilo. La muchacha tardará un rato en encontrar la salida y aún así tendrá que esperar a que le abran la puerta del jardín.

Era verdad. Ya se había quejado Eveline de lo fácil que sería perderse en esa casa cuando habían entrado. Daniel suspiró y enfrentó a su abuelo.

—Es verdad, abuelo, Eveline no está embarazada.

—¿Así que la historia era toda para no verte obligado a casarte con Gabriela?
¿Preferías esa farsa antes de seguir con un compromiso ideado por tu familia?

—Yo nunca lo elegí y no vivimos en un siglo donde deba enfrentarme a un matrimonio organizado.

—Es verdad —aceptó él con tranquilidad con un cabeceo y una mirada cómplice a su mujer que se mantuvo en silencio, mirándole con una dulce sonrisa—, pero siempre fuiste muy claro al respecto. De hecho, me había quedado muy claro que a menos que Gabriela consiguiera hacer que te enamoraras de ella no habría boda. ¿Por qué el espectáculo?

—Si lo sabías, ¿por qué me permitiste seguir con ello?

La sonrisa de su abuelo se ensanchó.

—Porque quiero un biznieto.

—¿Perdona?

Daniel dio un paso al frente, confuso.

—No me hagas tener que decir en voz alta algo que ya es obvio que tú ya te has dado cuenta —Daniel no respondió—. No sé los detalles y no me importan. Ahora ve a buscar a tu esposa y recordad que quiero un biznieto.

Daniel no respondió a eso tampoco. Antes de darse cuenta estaba sonriendo y con una rápida despedida con la mano, salió corriendo en busca de Eveline.

Capítulo 15

Había conseguido salir de la casa gracias a una de las sirvientas que entraba

justo en ese momento y sin detenerse a comprobar si a alguien le importaba su ausencia —o sus palabras en el comedor—, se había alejado en busca de un taxi.

Al principio, Eveline había pensado en volver directamente a su apartamento ya casi olvidado, agradeciendo haber mantenido la renta pero la mayor parte de su ropa y pertenencias se encontraban en casa de Daniel y suponiendo que tendría algo de tiempo, decidió ir directamente a por su ropa con la esperanza de no encontrarse con él.

No tuvo suerte.

Antes de conseguir reunir todas sus cosas escuchó con desasosiego como se abría la puerta de entrada y escuchó los pasos de Daniel moviéndose por la casa hasta llegar hasta la habitación donde ella había estado durmiendo hasta ese día.

—¿Qué estás haciendo?

Eve no lo miró, ni siquiera se giró. No podía hacerlo. Cerró la cremallera de la maleta bruscamente y respiró hondo.

—Lo siento. Eso no formaba parte del contrato pero supongo que me estresé con todo este asunto. Espero no haberte metido en un gran lío. Puedes decir que no funcionó lo nuestro y que decidí abortar o lo que sea —se puso en pie y tardó un momento en girarse sin levantar la cabeza y buscar las fuerzas para pasar al lado de Daniel y marcharse—. Me iré.

Sí, ya no tenía sentido continuar en aquella casa. Podría volver a su rutina diaria, sin él y el tiempo terminaría curando las heridas y tal vez, el olvido. Sí, aquello era mejor cortarlo desde ya y no esperar a que siguiera pasando el tiempo e intensificándose unos sentimientos que nunca serían recíprocos.

—Espera.

Daniel la agarró del brazo y la obligó a detenerse.

—¿Qué? Suéltame.

—Tenemos que hablar.

—Es mejor dejarlo así.

—No quiero que te vayas.

Eve giró el cuello bruscamente para mirarlo y lo que vio la dejó inmóvil, petrificada en el sitio. Daniel la miraba con deseo, con anhelo y miedo. Vio confusión en su expresión y deseó abrazarlo pero sólo consiguió despegar los labios.

—La he fastidiado, Daniel —musitó—. No podré ayudarte con lo del

embarazo y...

—¡Qué importa el embarazo, mi abuelo o familia! ¡Te quiero a ti!

Eve notó como se sonrojaba y como las lágrimas humedecían sus ojos.

—Pero...

Había tantos peros que añadir pero Daniel no la dejó continuar, silenciandola apretando un dedo sobre sus labios.

—Aún no te he pagado tu parte por el contrato.

No merecía la pena mencionar que ella no había cumplido su parte. Daniel lo sabía; era más que evidente. Eve sonrió sintiendo como las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—A ti —murmuró—. A ti es lo que quiero.

Daniel se inclinó hacia ella y sólo rozó sus labios con los de Eve un segundo antes de apartarlos y apoyar su frente contra la de ella.

—Soy todo tuyo, amor mío.

Esta vez sí la besó y fue un beso largo y apasionado que hizo que las rodillas de Eve temblaran y tal vez hubiera caído al suelo si no se hubiera encontrado rodeada por los fuertes brazos de Daniel antes de cogerla en brazos y llevarla hasta la cama, dejándola sobre ella y tumbándose entre sus piernas.

—No puedes imaginar el tiempo que llevo deseando hacer esto —dijo Daniel con una voz ronca, cargada de deseo, deslizando los dedos de una mano alrededor de sus pechos—. No puedes imaginarlo.

Eve se rió con una risita queda, demasiado nerviosa, ansiosa por sentir más.

—No tengo claro quien deseaba más este momento —aseguró ella levantando la cabeza para besarlo mientras entrelazaba los brazos alrededor de su cuello.

Daniel sólo respondió con un suave gruñido, apartando sus brazos para empezar a desnudarla. Lo hizo con tortuosa lentitud, tomando su tiempo para besarla, para acariciarla y cuando por fin los dos estuvieron completamente desnudos, Eve se tomó un instante para disfrutar de la visión de la belleza del cuerpo desnudo de Daniel hasta que sus ojos se encontraron y Eve se vio reflejada en el brillo febril cargado de deseo de él.

—Hazme el amor —pidió.

—Es lo que estaba haciendo —murmuró él inclinándose hacia ella, tirando suavemente de sus tobillos para separar sus piernas y Eve sólo dejó escapar un jadeo cuando notó como su miembro se hundía dentro de ella. Sólo al principio. Cuando los rítmicos movimientos del cuerpo de Daniel,

penetrándola una y otra vez la volcaron de un placer irracional, Eve dejó de intentar distinguir de quien provenían los jadeos y gemidos hasta que los dos alcanzaron el clímax y él volvió a besarla, acariciando con dulzura su frente y cabello.

—¿Estás bien?

Eve sonrió aún hechizada por el momento.

—Nunca he estado mejor.

Daniel sonrió y volvió a besarla.

FIN

LIO DE CORAZONES

ANNA SANZ

Capítulo 1

Beatriz agarró el vaso de cerveza y estuvo a punto de dejarlo caer, algo que hubiera sucedido si John no hubiera estado tan cerca y lo había agarrado antes de que se estrellara contra el suelo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece?

Cómo detestaba que siempre le dijeran lo mismo cuando comenzaba a ver doble y no distinguía entre el bien y el mal.

Pero, ¿qué importaba? ¿Por qué simplemente no la dejaban todos en paz?

—Deja de beber.

—En vez de decirme lo que tengo que dejar de hacer, ¿por qué no empiezas a pensar lo que tienes que hacer tú?

John la ignoró. Admitía, aunque Beatriz no estaba en esos momentos muy por la labor de admitir nada —y ya puestos ni de pensar—, que John tenía una paciencia envidiable, aunque ella nunca había considerado la alternativa de copiarle. Ni siquiera un poco. La paciencia y ella no se llevaban bien.

De hecho, había muchas cosas con las que ella no se llevaba bien.

Incluso el alcohol.

¿Por qué demonios siempre era ella la que terminaba borracha?

—Deja de beber. Te llevaré a casa.

—Oh —Beatriz de puso a reír—, así que el bueno de John, el correcto, el serio, al fin va a convertirse en un hombre, ¿eh? ¿Te me estás insinuando?

—Imposible —John suspiró y volvió a quitarle el vaso de la mano—. No me gusta el sexo con borrachos.

Beatriz se puso a reír y le dio un golpe en el brazo.

—Que bueno es eso.

—Además, te recuerdo que estoy a punto de casarme.

Beatriz intentó llamar al camarero, moviendo violentamente una mano, o era el suelo el que se movía violentamente. De eso no estaba tan segura.

—¡Mejor me lo pones! ¡Una vez casado adiós a la diversión!

—Estate quieta —John intentó sentarla en la silla—, ¿por qué no pruebas a casarte tú?

Beatriz lo miró con los ojos borrosos, intentando darle forma a la cara de su secretario y volvió a echarse a reír.

—¿Por qué nunca eres tan gracioso en la oficina?

—No estaba bromeando.

—Tienes que estarlo para sugerir eso.

Beatriz intentó ponerse en pie otra vez para alcanzar a otro de los camareros que pasaba a paso rápido por su lado, pero se tambaleó peligrosamente y casi cayó al suelo, algo que no volvió a suceder gracias a la nueva intervención de John que la sujetó con los dos brazos y la mantuvo firmemente pegada al suelo.

O todo lo firme que podía ser un suelo que no dejaba de moverse.

—¿Atacando a tu jefe ebrio? —se mofó ella, intentando moverse sin caerse al suelo.

—Te llevaré a casa —insistió él—. No, no, no.

John le quitó el vaso con una hazaña insuperable, impidiendo que sus dedos rozaran los restos de la cerveza sin permitir que ella diera de bruces contra el suelo.

—Sólo un sorbito.

—Nada de alcohol por hoy.

—¿Qué diferencia hay entre un trago más?

—¿El coma? —sugirió él.

Beatriz le hizo una mueca —o lo intentó—.

—Aguafiestas.

—Eso dímelo mañana.

John la ayudó a salir de bar y la condujo por las calles, sosteniendo todo su cuerpo y obligándola a caminar hasta donde había dejado el coche.

—Dame las llaves.

—No sé donde están —se rió ella, apoyando todo el peso de su cuerpo en el coche y notó como se curvaba hacia un lado.

—Beatriz, las llaves, ¿o prefieres dormir en la calle?

—Hmm.

Los ojos se le cerraron lentamente y no trató de seguir enfocando la figura borrosa de John.

—Eh, no puedes dormirte ahora. Dame al menos las llaves.

Beatriz sacudió algo frente a ella, tratando de alejar la molesta vocecilla chillona de su secretario. Comenzaba a dolerle la cabeza y los problemas volvían a retornar de una manera descorazonadora. No, no quería pensar en eso. Por eso había ido a beber con John. Aunque más bien lo había arrastrado con ella, amenazándolo con despedirle si no la acompañaba.

Lo curioso era que siempre usaba la misma táctica para conseguir lo que quería y John siempre terminaba suspirando, haciendo una mueca y aceptando.

Ya en algún momento había pensado que John no temía tanto que fuera a cumplir su amenaza de despedirlo, sino que la acompañaba por no dejarla emborracharse sola.

—Quiero dormir.

—Sí, luego, cuando llegemos a casa.

—No, ahora.

John suspiró.

—Las llaves, Beatriz, no hagas esto más complicado.

—¿Complicado? —Beatriz sonrió sin abrir casi los ojos—. Si las quieres, búscalas.

Abrió los brazos y le hizo una tentadora oferta de que comenzara a buscar las llaves entre su cuerpo.

—Tienes que estar bromeando.

—Alguno de los dos tiene que ser divertido, sino nos aburriríamos mucho.

—Vale, lo que tú digas, pero ahora las llaves.

Beatriz sacudió la cabeza y estuvo a punto de caer del coche, pero John corrió a sujetarla y volver a enderezarla.

—No sé donde están.

—No me hagas esto.

Por un momento, Beatriz creyó que John se había dado por vencido y se había ido, dejándola allí tirada, pero de pronto notó como unas manos comenzaban a rebuscar entre su ropa, introduciendo los dedos entre los bolsillos y ella comenzó a reírse.

—¡Estás a punto de casarte y metiéndome mano!

Los dedos de John se apartaron bruscamente y Beatriz se puso a reír.

—Dame esas llaves de una vez.

—Te estás enfadando —rió ella.

John suspiró desesperado.

—¡Es la última vez que salgo a beber contigo! ¡Te lo advierto!

—Oooh —se mofó ella—. John se ha enfadado.

Beatriz escuchó otro suspiro y asintió con la cabeza, lentamente, tratando de alcanzar con un brazo que ni sentía el bolsillo del pantalón.

Siempre guardaba allí las llaves cuando no llevaba el bolso. El móvil en el bolsillo izquierdo, y las llaves en el derecho. ¿O era al revés? Daba igual...

Palmeó con parsimonia el bolsillo y metió al final la mano, comprobando varias veces que se encontraba vacío y sin preocuparse fue a buscar en el bolsillo izquierdo, pero ahí sí se encontraba el teléfono.

—No están —murmuró, levantando las manos para que John lo viera.

—No está, ¿el qué?

—El teléfono sí está.

—Vamos, Beatriz, un poco de ayuda. ¿Dónde has dejado las llaves?

Beatriz intentó golpear algo, moviendo las manos frente a ella, pero no llegó a alcanzar nada.

—¿No te lo estoy diciendo? ¡No está!

—¿Las llaves? ¿Hablas de las llaves del coche?

Beatriz asintió con la cabeza.

—No están.

—¿No están? ¡Mira bien!

John comenzó de nuevo a registrarle la ropa y Beatriz tardó unos segundos en conseguir apartarle de un empujón.

—¡He dicho que no están!

Le mostró el bolsillo vacío del pantalón.

—Las habrás metido en otro sitio.

Beatriz se llevó una mano a la boca. De pronto sentía ganas de vomitar.

—Estarán en el bar.

—Vale, voy a mirar, pero, ¿puedes quedarte un momento sola?

Beatriz volvió a asentir con la cabeza, sintiendo náuseas al hacerlo.

—Sí.

—¿Seguro que estarás bien si me voy?

Beatriz volvió a menear una mano frente a ella.

—Encuéntralas rápido.

—Sí.

Las pisadas de John se alejaron corriendo y Beatriz se mantuvo todo lo inmóvil que podía, con los ojos cerrados, tratando de controlar las ganas de vomitar.

No tenía que haber llegado a ese extremo. Siempre había sabido que igual no conseguían convencer a los nuevos posibles clientes, incluso había hecho

planes por si eso no llegaba a suceder, pero nunca había encajado bien la derrota y enterarse que habían sido rechazados le había afectado más de lo que había llegado a creer que sucedería.

No sólo le había afectado, le había irritado, decepcionado y enfurecido.

Y como siempre, Beatriz sólo había pensado en olvidar lo ocurrido arrastrando al bueno de John con ella.

Comenzó a reírse.

Tal y como lo veía ahora, borracha, sin comprender muy bien la situación e imaginando lo que pensarían las personas que estaban pasando ahora mismo por la calle y la miraban, viendo a una mujer de treinta y cinco años, con el cabello largo y suelto completamente alborotado y completamente borracha, ladeándose hacia un lado de un coche de lujo del que había perdido las llaves...

Si, sólo de pensarlo le daban ganas de echarse a reír.

¡A la mierda con todo!

—Eh, tú.

En otras circunstancias, Beatriz ni siquiera hubiera intentado ver quien había hablado tan alto como para que su cerebro prácticamente dormido lo hubiera escuchado al punto de resultar molesto, pero no le gustaba el tono con el que lo habían dicho y aunque le resultó imposible ver fuera de una borrosa imagen al imbécil que tenía enfrente, imaginó no de muy buen humor, que se lo estaban diciendo a ella.

—¿Qué pasa? —soltó con la voz pastosa.

Si se creían que aún no podía romperle la cara a más de uno, iban a estar muy equivocados.

—Acuéstate conmigo.

Beatriz estuvo a punto de caerse finalmente del coche y trató de enfocar mejor al tipo que tenía delante, algo completamente imposible. Si al menos dejara de moverse...

Y, por lo visto, no era ella la más borracha de la zona.

Beatriz sintió deseos de echarse a reír, pero las ganas de vomitar se lo impidieron. ¿Dónde se había metido John?

—¡Eh!

—¡Deja de gritar, maldita sea!

—¿Quieres tener sexo o no?

—¡No! ¡Vete a la mierda antes de que te de una paliza, idiota!

¿Iba a tardar mucho John? Comenzaba a tener urgencia por apoyar la cabeza en algún lado.

—¿Es un no?

—Sí.

—¿Si o no?

—¡Que no! ¡Que sí!

—¿En qué quedamos?

Oh, ¡Qué pesado! Beatriz se llevó las manos a la frente. Si John no aparecía en cinco segundos no iba a seguir esperándolo.

—¡Eh!

—Joder, ¿qué?

—¿Sexo?

Beatriz puso los ojos en blanco y se apartó del coche, notando como unos fuertes brazos la sostenían. ¿John?

—¿Vamos? —escuchó que alguien muy lejano le decía.

Beatriz asintió con la cabeza. Necesitaba acostarse y dormir un rato.

—Hm, vamos —aceptó.

Capítulo 2

Beatriz abrió los ojos con esfuerzo. Se sentía mareada y notaba la cabeza como si le hubiera pasado una maquina por encima y la hubieran pisoteado varias veces por la noche.

Durante unos instantes se sintió desorientada, repasando la habitación donde se encontraba y poco a poco fue notando, reparando en los detalles que comenzaban a espabilarla completamente e hizo la tontería de incorporarse bruscamente, algo de lo que se arrepintió un segundo después cuando todo a su alrededor comenzó a dar vueltas y el dolor de cabeza se intensificó, provocándole unas fuertes nauseas.

Vale, se había emborrachado.

De eso, al menos, sí se acordaba, pero realmente había demasiados espacios oscuros en su memoria de lo ocurrido cuando terminó abriendo la puerta del último bar acompañada de John.

John.

Beatriz ahogó un gemido de disgusto y miró recelosa a la persona que se movía a su lado, en el otro lado de una cama que no conocía.

Realmente no conocía la habitación en sí. Las cortinas blancas, las alfombras en el suelo, la mesita a pocos metros de la cama junto a un gran sofá, ella

puerta de lo que prometía ser un baño, incluso el teléfono de la mesita a un lado de la cama. Era como si se encontrase en la habitación de un...

Beatriz sintió un espasmo.

—Un hotel —murmuró horrorizada, notando como se le subía la rabia a la cabeza.

No podía creérselo.

John siempre había estado alardeando de rectitud, de lo mucho que quería a una novia —a una que por cierto conocía y era adorable, un detalle que no le hacía sentirse mucho mejor en ese momento—, aquella con la que iba a casarse... y ahora..., ¿se atrevía a acostarse con ella?

¡Y encima estando borracha!

Iba a matarlo.

—¡Eh!

Vaya que si iba a matarlo; iba a hacerle tragar todas sus estúpidas palabras sobre amor a tortazos. Después de esa mañana se le iban a quitar las ganas de

volver a mirar a la cara a su novia y decirle que la quería.

Y sobre todo se le iban a quitar las ganas de mirarle a la cara a ella.

—¡Eh!

Esta vez comenzó a darle patadas, intentando tirarlo de la cama.

—¿Pero qué haces?

El hombre se apartó las sábanas y se incorporó, aún somnoliento y los dos se miraron unos segundos hasta que Beatriz parpadeó confusa.

—¿Quién eres tú?

Una cosa era esperar encontrarse a alguien conocido al lado, y más después de haber tenido sexo con él, incluso si ese alguien era John, aunque tuviera que vivir con la culpa toda la vida, pero estaba más que claro que había pasado con creces el tiempo de despertarse en la cama con un extraño, y lo peor de todo era que no había tenido una experiencia igual en su vida.

—¿Pero qué dices?

El hombre también miró a su alrededor, como si tampoco se orientase en ese momento.

Beatriz apretó la mandíbula furiosa y comenzó a darle patadas otra vez hasta terminar tirándolo de la cama.

—¿Estás loca?

El desconocido se puso de pie y Beatriz arrugó la nariz impresionada, tratando desesperada de recordar algo de lo sucedido entre ellos. Una parte de ella reconocía que era un desperdicio no recordar lo que se sentía al tener semejante pieza viril dentro de ella, pero otra parte de ella le seguía horrorizando la situación. ¿Tenía dieciocho años? Sólo de pensarlo le daba vergüenza enfrentarse a esa situación.

Despacio levantó la mirada hacia los ojos avellana del hombre, reparando en su barbilla donde ya aparecían los signos de un necesario afeitado, unos labios carnosos que imaginaba había estado besando y un cabello completamente despeinado de un tono parecido al de sus ojos.

—Te lo repetiré un vez más, ¿quién demonios eres?

Capítulo 3

Oliver bebió en silencio otro sorbo del café, deseando que Beatriz dejara de hablar.

O mejor de gritar.

Desde que Oliver había conseguido calmarla en la habitación h había aceptado hablar —razonablemente— en algún otro lugar, la mujer no había dejado de gritar, ni de mirarle como si quisiera abalanzarse sobre él y matarle.

Lo cierto era que se había dejado llevar demasiado por las recomendaciones de sus amigos y él había estado tan enfadado y desesperado que cuando había visto a aquella mujer apoyada en el coche y llamando la atención de todos, simplemente no había pensado.

Y en eso se resumía todo.

Ahora se arrepentía de haberse dejado influenciar por el ambiente disparatado que habían creado sus amigos y también de haber bebido lo suficiente como para que la situación en sí se le subiera a la cabeza.

—Deja de darle tantas vueltas.

Jean había sido quien había pedido una segunda ronda pese a que tanto él como Greg tenían que trabajar al día siguiente.

—Estaba enamorado de ella.

Oliver reconocía que su actitud había sido muy lamentable desde el principio, siempre lloriqueando porque Carolina le había dejado, que no soportaba su actitud inmadura, que ella no iba a estar esperando eternamente a que él se decidiera a dar un paso más y formar una familia.

—Entonces haberte casado.

Oliver había fulminado con la mirada a Jean.

—¿Qué? ¿No estabas enamorado?

—Sí, pero casarse...

No se veía preparado para casarse y embarcarse en todas las responsabilidades que eso significaba.

—Entonces no te amargues. Al fin y al cabo, sólo necesitas un buen polvo, ¿no?

Hasta a él le había parecido absurda la conversación, pero todos habían bebido más de la cuenta y las cosas simplemente salían de sus labios, ahí ya ninguno pensaba.

—¿Quieres que me vaya ahora de putas?

—No, hombre, aunque es una alternativa, pero tan sólo tienes que acercarte a la mujer que más cerca tengas y proponerle un buen momento, sin responsabilidades.

—Deja que lo entienda —Oliver se había reído, incrédulo—, ¿quieres que me acerque a una desconocida y le proponga que se acueste conmigo?

—Es la idea.

Oliver le había pedido que dejara de beber y se había levantado para irse con la mala de suerte de equivocarse de camino y dar en la calle donde se encontraba aquella mujer.

Sí, se habían acostado, pero ahora ella no parecía muy contenta con la experiencia.

¿Tan malo había sido?

Oliver no tenía muchos recuerdos de lo ocurrido, algunos momentos en los que estaba seguro que ella gemía como una loca bajo su cuerpo, pero no estaba seguro de nada y tratar ese tema con alguien a quien acabas de conocer y con quien se acababa de tener sexo... No iba a hacerlo, simplemente.

—¿Sabías que puedo denunciarte por violación?

Oliver dejó de soñar despierto y miró a la mujer, dejando la taza casi golpeando la mesa con ella.

—¿Violación?

Soltó un bufido, incrédulo. Aquello no podía ir de mal en peor.

—Sí, violación.

Beatriz cruzó las piernas y echó la espalda hacia atrás, sin dejar de mirarlo y sin probar su café.

Si todas las mujeres tenía ese despertar tan terrible, no habría hombre en el mundo que quisiera quedarse a su lado mientras dormían.

—¿Qué de lo sucedido anoche fue una violación?

Aquello era completamente absurdo.

—No fue sexo consentido.

Oliver bufó.

—Viniste por propia voluntad.

—¡Estaba borracha!

—Yo también lo estaba.

—¡No sabía lo que hacía!

—No me dio esa impresión.

—No fue sexo consentido.

—¿Eso antes o después de gritar como loca que querías más?

Los dos se fulminaron con la mirada y Oliver decidió ser el primero en apartar la mirada. Sólo tenía que aguantar un poco más y no tendría que volver a ver a esa mujer en la vida y en cuanto pillara a Jean le iba a dar un buen puñetazo para quitarse el estrés de encima.

—Yo —A Beatriz parecía costarle mucho hablar de pronto, más bien a Oliver le parecía que fuera a darle un ataque en cualquier momento—, jamás he hecho algo así.

Oliver sonrió burlón y se inclinó por encima de la mesa.

—Eso es porque no te acuerdas mucho, ¿eh?

..

Él tampoco tenía grandes recuerdos de lo ocurrido, pero ver la manera en la que aquella mujer tan soberbia —aunque guapa, al menos una vez se encontraba peinada y sin el rimel por toda la cara, ocultando unos ojos azules muy bonitos—, perdía todo el color de la cara merecía la pena disfrazar un poco la verdad.

—Hhe dicho que eso ni es posible.

—Te aseguro que sí. Hasta me pedías que lo hiciera más profundo y más fuerte.

—Deja de decir cosas tan desagradables.

La mujer hizo una mueca de asco y Oliver suspiró, volviendo a agarrar la taza de café y deseó que todo terminara y pudiera ir a por algo para la resaca.

—Ya está bien de esto —dijo de pronto—, somos dos personas adultas que han tenido sexo. Consentido, por cierto —No le pasó por alto el movimiento de labios de la mujer la decir aquello—, que han cometido un error. Ya está. No hay más que hablar y tengo que ir a trabajar, así que...

Oliver movió la silla hacia atrás y se levantó, consultando su reloj para asegurarse que al menos no llegaría tarde al trabajo.

—¿Crees que todo se soluciona así sin más?

—¿Dónde está el problema?

—¿Alguna vez piensas en las consecuencias?

Oliver deseó tirar algo al suelo y romperlo. ¿Por qué de todas las mujeres que había en la calle había tenido que fijarse en esa? Hubiera sido preferible que le hubieran dicho que no con su respectiva bofetada antes de soportar aquello.

—¿Qué consecuencias? —La mujer enarcó una ceja y Oliver intentó pensar rápido, dando con la posibilidad del problema—, Claro, un embarazo, ¿es eso?

—¿Qué?

Por la mirada de espanto que ella le lanzó, Oliver imaginó que después de todo, Beatriz no estaba pensando en eso

—Bueno, podría ser... ¿tomas la píldora?

—No.

Ahora parecía aún más irritada.

—Vale.

Ese era error suyo por no haber pensado en los preservativos mientras estaba ebrio.

—¿Vale?

Oliver buscó en el bolsillo de su camisa una de las tarjetas que siempre llevaba con él y la dejó sobre la mesa, moviéndola hacia ella,

—Es mi número de teléfono. Si ocurre algo, no dudes en llamarme, No evado mis responsabilidades ni doy la espalda a las consecuencias.

La mirada azul de Beatriz llameó colérica y Oliver aprovechó la ocasión que se acercó una de las camareras a escabullirse con una rápida despedida y alejarse de allí.

De esa mujer.

Capítulo 4

Era asombroso.

Y no precisamente consideraba la palabra como un buen término en ese momento.

Beatriz se sentía tan furiosa y humillada que consideraba un milagro no haber tenido un accidente por la calle, aunque finalmente había optado por coger un taxi y ser más prudente de camino a la oficina.

—¿Qué pasó anoche?

Beatriz le lanzó una furibunda mirada a John deteniéndose frente a él.

—¿Pasar?

Tampoco ayudaba a encajar mejor el día el espantoso dolor de cabeza que no había dejado de atormentarle la cabeza desde que se había levantado.

—Te largaste.

—¡Me largué!

Tan absurdo...

—Sí, te dejé en el coche mientras iba a buscar las llaves, ¿recuerdas?

Sí, tenía un ligero recuerdo sobre eso, al igual que de la manera con la que se había marchado con Oliver.

—Tráeme una aspirina.

Beatriz pasó de largo y fue directamente a su despacho.

Había abierto aquella pequeña empresa sobre publicidad y marketing hacía cinco años y había arrastrado a John con ella de la ya consolidada empresa de su familia desde que su tío había echo unos movimientos poco ortodoxos, apropiándose de manera ilícita de la parte de su padre fallecido que debía haber pasado para su hermana y para ella.

Se había negado a seguir trabajando allí y había creado su propio negocio pero siempre a la sombra de su tío, algo por lo que había ido de nuevo a beber la noche anterior. Les habían vuelto a quitar a unos buenos clientes y poco a poco, Beatriz veía como la empresa hacía aguas y amenazaba con hundirse.

—Si hubiera conseguido ese trabajo...

—Estás siendo pesimista por la resaca.

Beatriz levantó la mirada hacia John que entraba con un vaso de plástico y una caja de aspirinas que dejó sobre su mesa.

—¿Por qué me dejaste ayer tirada?

Por supuesto, ahí estaba ella siendo otra vez irracional.

—No te dejé tirada. No había manera de moverte. Además, ¿quién te manda que te emborraches cada vez que algo te sale mal? Es una actitud muy infantil.

Beatriz hizo una mueca.

—No me emborracho cada vez que me sale algo mal —protestó, llevándose las manos a la cabeza.

Si eso fuera verdad, Beatriz suponía que debía haber ido directamente a un bar y no a la oficina.

John se dio la vuelta para marcharse en cuanto vio que ella cogía la caja de aspirinas pero se detuvo a mitad de camino, girándose y volvió a caminar hasta la mesa. Beatriz lo miró con curiosidad.

—¿Qué?

—¿Llegaste a casa anoche?

Beatriz desvió la mirada. No pensaba entrar en ese tema, era demasiado vergonzoso admitir que se había acostado con un desconocido porque había estafo tan borracha como para no darse cuenta ¡Maldita sea! ¡No iba a volver a beber en su vida!

—Algo así —mintió con una sonrisa.

John la miró con ojo crítico y Beatriz se revolvió incómoda.

—Te estuve llamando.

—Me quedé dormida.

Eso era cierto, sólo que no en su cama.

—También al móvil.

—Dormida, John.

Su tono comenzaba a estar irritado.

—Es imposible que llegaras a casa en tu estafo. Hubieras necesitado un taxi o...

—¡Ya vale! Estoy viva, ¿no? —Y dado lo ocurrido podía agradecer que Oliver fuera alguien normal, también medio borracho que quisiera pasar un buen momento y no un psicópata en busca de nuevas chicas para llevárselas quien sabe a donde a prostituir las—. ¿Dónde está mi coche?

—En el aparcamiento, abajo.

—¿Lo has traído?

Su humor mejoró bastante. Odiaba tener que ir en taxi o depender de John, prefería que los demás dependieran de ella.

—¿Sí? Genial. Bueno, ahora vamos a trabajar un poco que hay mucho que hacer.

Beatriz sacó el móvil del bolsillo y con él la tarjeta que le había dado aquel

hombre, recordando el por qué se la había dado y la arrugó en el puño.
¿Embarazada? Más le valía que no fuera así o le iba a machacar.

Respiró con fuerza, recordando que debía preocuparse por su cabeza y la alisó, leyendo el nombre de Oliver y la empresa de moda a la que trabajaba.

Paltem company.

Releyó el nombre un par de veces y después levantó ña mirada hacia la espalda de John que ya salía por la puerta.

—John.

—¿Sí?

John se giró para mirarla, sin acercarse.

—¿Cómo se llamaba la empresa que nos ha rechazado?

La miró extrañado.

—Paltem... sí, creo que era esa. ¿Por qué?

—Asegúrate —Beatriz sonrió ampliamente, de pronto muy feliz—. Tal vez no esté todo perdido después de todo.

John la miró sin comprender.

—Como quieras, pero te aviso que ya nos han rechazado.

—No importa.

—¿Te busco también el teléfono?

—No, no —Beatriz alisó aún más la tarjeta con los dedos, sin borrar la sonrisa—. Tengo el número aquí.

—De acuerdo.

John hizo un movimiento para salir del despacho.

—Espera.

John se detuvo.

—¿Algo más?

—Eh... —Beatriz se rascó la cabeza con disimulo, avergonzada por lo que iba a preguntar—, ¿cuándo se sabe si una está embarazada?

La expresión de John lo decía todo.

—¿De qué estás hablando?

Beatriz sonrió sin darle importancia al asunto y lo despidió con un movimiento de manos.

—Nada, olvídale.

Capítulo 5

Oliver caminó hacia la zona de descanso. Los modelos este año estaban dando más trabajo que el habitual, parecía que cada año que pasaba ellas se volvían más caprichosas o él más viejo.

Tampoco ayudaba el encuentro con Beatriz, o el simple hecho de haberla conocido.

Ahora que se encontraba más refrescado, comenzaba a comprender las palabras entre líneas de Jean, algo que con la mente espesa por culpa del alcohol no había notado la noche anterior.

Su amigo no le había dicho que se acostara con cualquier chica de la calle, le había insinuado que dado el trabajo que tenía, podía acceder a cualquiera de esas chicas. Él mismo reconocía que cualquiera de esas mujeres —al menos muchas de ellas—, estaba dispuesta a meterse en la cama de uno con tal de conseguir un trabajo en la empresa, un anuncio al menos.

—¿En qué estaba pensando?

Le habían dejado y ya se comportaba como un idiota y encima estaba la posibilidad de que hubiera dejado embarazada a Beatriz.

La idea le espantaba, aunque no era el único, ya que la mujer parecía haber entrado en trance. Dudaba que hubiera aceptado la tarjeta de otra manera, la imaginaba más rompiéndola a trocitos delante de él y lanzándole los pedazos a la cara.

Oliver se frotó la cara con fuerza y saludó a unos compañeros que salían de la sala y agradeció encontrarla vacía.

Necesitaba descansar.

O dormir.

Cualquiera de las dos cosas servía igual, pero ni siquiera tenía tiempo para dedicarle a la resaca. Tenía una agenda bastante apretada y moverla significaban problemas y en bastantes se había metido ya.

—Un par de minutos —se aseguró, dejándose caer en el sofá mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

Cerró los ojos y casi dio un bote cuando escuchó el sonido del teléfono.

Primero se aseguró de que realmente no se había quedado dormido, sino que había pasado un minuto desde que había cerrado los ojos y soltó un suspiro de alivio, agradeciendo una vez más que la sala estuviera vacía y cogió el móvil del bolsillo, comprobando que no conocía el número de la llamada. Descolgó volviendo a cerrar los ojos.

—¿Sí?

—Soy Beatriz.

Oliver abrió una vez más los ojos y notó como se le aceleraba el corazón, mirando ausente la pared de enfrente.

—¿Qué?

En realidad había deseado que no le llamara nunca.

—Tenemos que hablar.

Oliver apoyó cansado la cabeza en la silla y contuvo un suspiro. ¿Cuánto tardaba una mujer en saber si estaba embarazada? Era imposible saberlo en unas horas, así que no creía que fuera a saltarle un noción en ese momento si de verdad quería sonar convincente.

—¿Sobre qué?

Pero que aquella mujer le llamara no podía ser para nada bueno.

—Hay algo que tengo que pedirte.

Oliver apartó la cabeza de la silla y dobló la espalda hacia delante, atento a la conversación.

—¿El qué?

—En realidad quiero hablar de negocios.

Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Qué tipo de negocios?

—¿A qué te dedicas? —preguntó ella irritada, haciendo que Oliver sonriera al fin.

—Vale, de acuerdo, ¿qué quieres? ¿Ser modelo?

Realmente era guapa, aunque no buscaban chicas de su edad, pero tal vez en algún anuncio podían pedir alguna mujer de una edad un poco más de los veinte.

—¿Estás loco? —Beatriz bufo al otro lado de la línea—, ¿Crees que voy a

hacer algo tan poco practico como para pretender fingir que tengo quince años y encaprichare con el absurdo de ser modelo a mi edad?

Oliver se apartó el teléfono de la oreja y miró la pantalla que seguía marcando su número sin dejar de sonreír.

Aquella mujer tenía su carácter, pero había algo admirable en ella.

Algo, que por supuesto, no significaba que fuera a ser algo bueno para él.

—Vale, lo siento, ¿en qué puedo ayudarte?

—Es sobre el tema publicitario que solicitasteis a mi empresa?

—¿Cuál? No soy yo quien lleva ese área, pero puedo mirarlo si me das la referencia.

Oliver anotó todo lo que la mujer le dijo y reconoció el proyecto. Se encargaba su sección. Habían pedido presupuesto para la marca de una colonia. Iban a promocionar en papel y en un anuncio de televisión, pero según tenía entendido se había acordado ya la empresa.

—Creo que ya está todo aclarado, ¿no? Creo que se acordó empezar la semana

que viene. ¿Tenéis algún problema en la empresa con la idea que se pedía? Podemos juntar y hablar sobre el proyecto.

—No —la mujer fue contundente con su negativa y Oliver esta vez sí suspiró. Iba a ser un problema si ahora ella no quería juntarse con él por lo ocurrido. Su imagen de ella volvía a deteriorarse si mezclaba asuntos personales con negocios.

—Si hay algún problema, creo que deberíamos hablarlo.

—No, no es eso a lo que me estaba refiriendo —hubo una pausa y Oliver esperó pacientemente—, el problema es que nosotros no somos la empresa que se seleccionó y quier que hagas algo al respecto.

Capitulo 6

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

Greg interceptó a Oliver antes de que llegara a las puertas de cristal y desapareciera, porque tal y como se había comportado durante la última mitad del día, Greg imaginaba que su amigo no iba a salir a refrescarse un poco antes de sugerir ir a tomar algo a algún lugar.

—Greg.

—Greg y una mierda —dijo, impidiéndole continuar—, ¿a qué ha venido eso de que la empresa era una mala decisión y era mejor optar por otra? ¿sabes lo que nos jugamos con el proyecto?

Oliver miró hacia otro lado, posiblemente buscando la manera de hacer que se apartara del camino y poder salir.

—Tengo que irme, hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?

—Oliver.

Oliver soltó una maldición y se desabrochó la chaqueta, liberando la presión de la corbata.

—¿Viste alguna de las muestras de las compañías a las que se le pidió presupuesto?

—No.

Y realmente no sabía a qué venía esa pregunta. Muchas veces se seleccionaban la empresa encargada de uno u otro de los materiales, detalles o diseños sin que los miembros del equipo al frente llegara a elegirlo. No era la primera vez ni sería la última.

—He estado revisándolo y cuando he preguntado el por qué se escogió la empresa, me dijeron que desde el principio se sabía qué empresa sería, se pidió presupuesto como un protocolo innecesario.

Greg asintió lentamente.

—Ya.

—Creo que no lo entiendes.

—Creo que sí, pero...

—No es porque la idea sea mejor, sino porque nos pagan un precio para ser ellos quien se encarguen. Quieren tener la firma estampada al final del folleto publicitario.

—Me hacia a la idea. Pero Oliver, no es la primera vez, creo que has estado muy ciego si acabas de descubrirlo.

Oliver lo miró furioso y Greg intentó calmarlo. Al parecer su amigo ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

—¿Has visto las ideas? No es la que yo hubiera elegido.

—Lo que no entiendo es qué te importa a ti de todo esto. Sólo haz tu trabajo.

—No puedo.

—¿Por qué?

¿Qué le pasaba? Después de tantos años que lo conocía era la primera vez que lo veía tan nervioso y Greg comenzaba a creer que la ruptura con Carolina le había afectado a un punto que tal vez debía considerar la alternativa de un especialista.

—Ayer... —Oliver bufó y puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasó ayer? No estabas tan borracho, ¿no?

Oliver hizo una mueca y volvió a poner los ojos en blanco.

—Lo suficiente, pero no es eso.

—¿Entonces?

—¿Recuerdas lo que dijo Jean?

—Jean dice muchas cosas.

—Sí, ya, bueno —Oliver se movió un poco, hacia las puertas y Greg lo siguió —, a lo que dijo que me buscara una mujer para tener sexo.

—¡Eso! Jean está loco, no le hagas caso. Lo de Carolina...

—Conocí a una mujer.

Greg dejó de hablar de golpe y estuvo a punto de golpearse la cara con una de las puertas.

—¿Ayer? ¿A qué te refieres con conocerla?

De alguna manera le resultaba demasiado sospechosa la manera con la que lo

estaba diciendo.

—Sí, ayer. Conocí a una mujer.

Greg asintió despacio.

—Eso no es malo, supongo.

—No, claro.

A Oliver pareció divertirle la idea.

—¿Ibas a verla ahora?

—Sí, hemos quedado. En el parque.

Oliver comenzó a reírse y Greg lo miró como si se hubiera vuelto loco, aunque se alegraba de verlo así, llevaba días taciturno y serio desde lo ocurrido con Carolina.

—No te imaginaba de los que iban al parque.

—Ha sido cosa suya —A Oliver le seguía dando mucha gracia—. Lo consideraba más prudente.

—¿Prudente?

Greg lo miró extrañado y Oliver se encogió de hombros.

—Sí, eso me ha asegurado.

—Vaya, parece que te ha devuelto la sonrisa, me alegro. Tiene que ser una mujer increíble para que te hayas encaprichado con ella en tan poco tiempo.

Oliver lo miró fijamente y sonrió maliciosamente.

—¿Increíble? —Pareció pensarlo—. Yo diría mejor avasalladora.

Capítulo 7

Pese a todo lo ocurrido, Beatriz se sorprendió de ver acercarse a Oliver por el camino principal, buscándola con la mirada.

Por un momento, Beatriz se levantó sin pensar y fue a levantar la mano para hacerse ver, pero al final giró la cabeza hacia el otro lado y se mantuvo en pie, fingiendo que no lo había visto y que lo estaba esperando impaciente en vez de demostrar que había estado disfrutando de la calida tarde, descansando en el banco.

—Me he entretenido en el trabajo.

Beatriz se giró lentamente y lo miró con altivez.

Ahora que lo miraba más tranquila, tenía que admitir que era guapo, pero no tanto como para que alguien como ella hubiera perdido los papeles al punto de acostarse con él sin conocerlo.

Como fuera, no iba a pensar en eso en ese momento.

Era tiempo de hablar de negocios.

—Pensé que no vendrías.

—No lo iba a hacer.

Su sinceridad decía mucho de él. Al menos tenía algo bueno entre tantas cosas malas que pensaba de él.

—¿Entonces qué te ha hecho cambiar de opinión?

Oliver se encogió de hombros.

—Porque revisé las ideas que se presentaron y me informé un poco.

—¿Lo hiciste?

Beatriz lo miró curiosa. Ya por el teléfono no le había parecido una persona que se dejaba dominar fácilmente, y eso que ella había usado su buen repertorio ensayado de amenazas, pero Oliver se había limitado a escucharla y a echarse a reír.

—No tengo ningún problema —había asegurado él—. Si quieres puedes aparecer en mi empresa y hacer un escándalo.

—Diré que me violaste.

—Sí, hazlo —rió—. Las evidencias son aplastantes.

—¿Evidencias? ¡Sí, por supuesto! Era evidente que estaba borracha.

—¡Por supuesto! ¿Y cómo crees que estaba yo? Viniste por voluntad.

—Te confundí con otra persona.

—No tengo la culpa de parecerme a tu novio.

En ese momento Beatriz había echado de menos un novio que fuera a romperle la cara por aprovecharse de su novia, pero fríamente, Beatriz reconocía que si hubiera existido ese novio, posiblemente ahora tendría problemas.

Por muy borracha que hubiera estado, seguro que no hubiera llevado bien que se hubiera acostado con otro.

Al final Beatriz le había sugerido hablar tranquilamente en un lugar lejos de los oídos no muy cercano a donde trabajaban por si terminaban chillando, pero Oliver le había dicho que no iba a ir.

—Y si quieres, vienes y montas tu numerito.

Ella no había ido a su empresa y él finalmente había acudido a la cita.

—Sí, quería venir numerándote todos los errores de vuestra idea por el que no había sido seleccionada.

Oliver se calló, dejándose caer en el banco y tras unos segundos, Beatriz lo hizo a su lado.

—¿Y? —insistió curiosa.

—No había tales errores.

Oliver parecía contrariado por algo.

—Muy amable por tu parte —dijo ella lentamente, con aspereza, haciendo que Oliver girara la cabeza para mirarla.

—No prometo que vaya a conseguir que escojan tu propuesta, pero sí lo pondré sobre la mesa de nuevo y lo replantaré al equipo.

Oliver se levantó y Beatriz miró como se iba, extrañada.

Estaba segura que no era de los hombres que se dejaban intimidar, entonces, ¿por qué?

—¿Por qué? —gritó.

Oliver se giró para mirarla y tras unos segundos se encogió de hombros.

—Porque era el mejor.

Beatriz sonrió completamente, notando un hormigueo de emoción por todo el cuerpo. Enfrentarse a la competencia de su tío le había traído muchos dolores de cabeza pero como en ese momento, también le había dado alguna que otra satisfacción.

—Oliver —llamó—. Te invito a cenar.

Oliver enarcó una ceja, desconfiado.

—No pienso volver a emborracharme.

Beatriz lo miró indignada, aunque no consiguió desprenderse de esa sensación de satisfacción, notando un poco, mientras Oliver se acercaba a ella que realmente había sido una lastima no recordar completamente la noche que

había pasado con aquel hombre.

—¡Yo tampoco! —aseguró, cruzándose de brazos.

No, ella tampoco pensaba volver a beber en la vida.

Capitulo 8

—¡Dijiste que no beberías!

Oliver pasó rápidamente el brazo por la cintura de la mujer, impidiendo que cayera al suelo.

Desde que se habían conocido, Oliver y aquella mujer habían quedado más de diez veces en poco más de un mes. Siempre utilizaban el pretexto de hablar sobre uno u otro tema de negocios, y la excusa no era mala, ya que Oliver había conseguido convencer al jefe de equipo que la idea era mejor la de la empresa de Beatriz y como no se había firmado aún el contrato, se había optado por presentar las diferentes ideas al cliente, quien evidentemente, escogió la de Beatriz, pero Oliver no quedaba con ella con la idea de los negocios.

La llamaba siempre que quería verla.

Y de alguna manera se había vuelto un hábito.

No necesitaban quedar fuera de las empresas o del horario laboral para hablar de trabajo y Oliver imaginaba que Beatriz lo sabía, pero ninguno de los dos buscaba alguna excusa para no quedar a la noche y generalmente hablaban poco de trabajo.

En ese tiempo, poco realmente, habían comenzado a conocerse y Oliver admitía que le gustaba estar con Beatriz, aunque los dos seguían un poco recelosos por lo que había ocurrido entre ellos cuando se conocieron.

O la manera en la que se habían conocido.

También ninguno de los dos había sobrepasado el límite de una única copa de vino mientras cenaban, posiblemente evitando que fuera a ocurrir lo mismo que aquella vez y eso hacía que Oliver se sintiera desanimado, era como si Beatriz hubiera creado una poderosa barrera entre ellos, como si dejase claro que entre ellos no habría nada más que una amistad y una relación de negocios.

—Vamos, Beatriz.

—¡He dicho que no!

—Tienes que ir a casa, ¿dónde vives?

Beatriz lo miró con los ojos vidriosos y sonrió, o hizo algo parecido a eso.

—Ah —le echó todo el aliento a alcohol y Oliver hizo una mueca de disgusto —, lo que quieres es saber donde vivo ¿eh?

—Sí, sí, lo que tú digas, pero dime la dirección.

En el fondo ella no estaba tan mal encaminada. Oliver estaba más que dispuesto a saber donde vivía y a meterse entre sus sabanas, aunque esta vez prefería que no estuviera bebida y mucho menos si él no lo estaba. Una cosa era haber echo el amor cuando los dos estaban borrachos y otra aprovecharse de ella mientras no sabía lo que estaba haciendo.

A eso Oliver sí lo llamaba violación.

—No te lo voy a decir —rió ella tambaleándose.

—Oye...

Oliver la sujetó y le quitó el móvil, dejándola sentada en un bordillo mientras revisaba los números de contacto y encontraba el de John, su secretario.

Era demasiado tarde para hacer una llamada, pero lo consideraba necesario. Dejaría a Beatriz en casa y se marcharía a la suya. No pensaba llevarla a un hotel ni nada.

—Y más te vale que me lo agradezcas después.

Y mucho menos pensaba dejarla sola. Si ya había ocurrido con él, no pensaba tentar a la suerte y dejar que pasara la noche en otro.

La idea le molestaba.

Después de dos intentos en los que Oliver pensó que tendría que pensar en otra cosa, escuchó la voz adormecida de John.

—¿Bea?

Nuna le había gustado a familiaridad que parecía haber entre esos dos.

—Soy Oliver.

—¿Qué haces tú con el teléfono de Beatriz?

Ahora sí que parecía mucho más despierto.

—Necesito que me digas la dirección de Beatriz. La de su casa.

—¿Para qué? —preguntó a la defensiva—. Si se ha dejado el móvil ya se lo darás mañana. Es muy tarde para ir ahora a su casa.

—No es por el móvil.

—¿Entonces por qué?

Oliver estuvo tentado de mandarle a la mierda pero decidió que Beatriz era mucho más importante y suspiró irritado.

—Beatriz está borracha.

—¿Dónde? —A John ni siquiera pareció sorprenderle ese hecho, pero Oliver notó lo rápido que parecía tratar de tomar el control de la situación—. Iré a

buscarla.

Oliver miró como la cabeza de Beatriz goleaba la pared y miró algún indicativo para decirle a John donde se encontraban pero no lo hizo. El cabello de Beatriz también se le cayó a un lado, dándole un aspecto desprotegido.

—¿Sabes por qué se ha emborrachado hoy?

—Lo hace cada vez que algo la molesta.

A él no le había hablado nada y Oliver sintió como le invadía cierto malestar.

—¿Qué le molesta?

—Quien sabe.

Evidentemente no iba a sacar nada de aquel hombre.

—Ya.

—¿Dónde estáis? Iré a buscarla.

—Tranquilo, no hace falta —Oliver no dejó de mirar el cuerpo encorvado de Beatriz y sonrió cuando la mujer comenzó a decir algo bruscamente y sin sentido—. Yo me encargo.

—¿Eh? ¿Qué? No...

Oliver le colgó el teléfono y cuando volvió a llamar, apagó el teléfono antes de guardarlo en su bolsillo y agarró a Beatriz que comenzó a protestar.

—Déjame dormir. No quiero ir a ningún lado.

—Ahora duermes —prometió dulcemente, abrazándola mientras la conducía a su coche y le ayudaba a montar—. Estarás mucho mejor en mi casa.

Capítulo 9

—No otra vez.

Beatriz se sentó en la cama y miró a su alrededor, intentando buscar algo

familiar, a la fuerza, de algo de lo que veía en aquella habitación, pero para su frustración no había nada que conociera de algún amigo, de John, de su hermana o su propia casa, pero una vez más se encontraba en una habitación desconocida.

Y esta vez no parecía la habitación de un hotel.

La estancia tenía un toque más personal, las sabanas oscuras, el armario de puertas correderas de madera oscura, el perchero a un lado, el despertador a un lado de la cabecera...

—Maldita sea.

Beatriz apartó la sobrecama y miró con disgusto que estaba desnuda, volvió a maldecir y buscó su ropa perfectamente doblada encima de una silla, incluso las bragas y el sujetador se encontraban sobre los pantalones perfectamente colocados.

Beatriz sintió un nudo en el estómago cuando cogió la ropa y se vistió lentamente, sin ganas de abrir la puerta y enfrentarse a quien se encontrara al otro lado.

Recordaba mal la manera en la que se había emborrachado con Oliver y la forma en la que lo había tratado, sin dejar de beber. Ni siquiera había probado

la comida, sólo quería emborracharse para enfrentar mejor la noticia.

O para ser capaz de dar el bombazo de aquella noticia.

Imaginaba lo que sucedía cuando fuera a decirle a alguien con quien sólo había dormido una vez que creía que estaba embarazada.

Aunque lo que peor se había tomado era que tendría que escucharlo de la persona de la que comenzaba a tener sentimientos. Beatriz sabía que iba a ser como si la rechazaran sin haberse confesado y eso la ponía de un humor de perros.

Y ahora encima eso.

—¿Por qué se largó? Será imbécil.

Por culpa del alcohol la había tomado con él y recordaba haberle gritado en el bar, frente a todos que se largara, incluso había gritado que llamaría a la policía si no la dejaba en paz cuando Oliver había tratado de levantarla y sacarla del bar.

—No... —gimoteó.

Hasta recordaba la cara de confusión que le había puesto Oliver antes de soltarle el brazo y marcharse.

¿Cómo podía haberse marchado y dejarla seguir emborrachándose en un bar?

Y todo había resultado de la misma manera que cuando lo conoció a él. Acostándose con un desconocido por segunda vez cuando ya pasaba de los treinta años.

—Soy lamentable.

Y posiblemente embarazada.

Si encima ni siquiera sabía lo que quería hacer con el bebe, ella se ponía a beber sin pensar en las consecuencias que eso podría tener y para rematar lo ocurrido en esa habitación.

Beatriz miró la habitación con un nudo en el estómago una última vez antes de abrir la puerta y desear poder escabullirse fuera de la casa sin el dueño se diera cuenta de lo que hacía.

—¿Beatriz?

Beatriz se quedó helada y se giró hacia la puerta entreabierta de la cocina y miró sorprendida a Oliver con una taza en la mano.

—¿Oliver? ¿Es... tu casa?

—Sí, te estaba preparando café, pensé que lo necesitarías después de lo de anoche.

—Lo de anoche...

Beatriz fue procesando lentamente la recopilación repentina de datos y lo primero que sintió fue una oleada de alivio y hasta se animó a sonreír.

—Te emborrachaste —le recordó el amablemente, sonriendo con inocencia mientras le tendía la taza de café.

Beatriz no alargó la mano para cogerla ni dejó de mirarlo. Tenía otra cosa en la cabeza que consideraba más importante.

—Tú y yo...

—No —dijo él rápidamente, borrando la sonrisa—. No te preocupes por eso.

Preocuparse...

Beatriz no fue exactamente eso lo que sintió en ese momento. Si había sentido un desasosiego al pensar que había pasado la noche con otro extraño, si había sido con Oliver la cosa cambiaba completamente, pero la manera contundente en la que él había respondido hacía que el alma se le cayera completamente a los pies.

Esa era la respuesta después de todo.

¿Por qué se sentía tan mal si ya lo había sabido desde el principio?

Sonrió a su pesar.

—Menos mal.

—¿Seguro que no quieres el café?

Beatriz aceptó finalmente la taza pero no se la llevó a los labios.

—Pensé que te habías ido.

—Me fui —aceptó él—. A la puerta —Y sonrió como disculpa—. No ibas a entrar en razón y tampoco te podía dejar como estabas. Eres una borracha bastante...

—Mala, ya.

—Adorable —corrigió él—, Había que alejar a los posibles moscardones.

Beatriz lo miró curiosa y esta vez sí se llevó la taza a los labios, dando un sorbito al café.

—Estaba desnuda en la cama.

—Te desnudaste sola, te lo aseguro.

Beatriz lo siguió cuando le indicó con la mano que le acompañase y la llevó al acogedor saloncito y Beatriz se tomó la confianza de sentarse sin una invitación. Ahora que el disgusto, al menos parte de él, había desaparecido, se sentía agotada y dolorida.

—Te llevé a la cama y traté de quitarte los zapatos pero me apartaste con una patada y aseguraste que podías hacerlo sola —Oliver se echó a reír y Beatriz

hizo una mueca—. Juro que me di la vuelta mientras te quitabas la ropa y solo te arrojé un poquito porque tú lo habías hecho desastrosamente.

—Y mientras dormías te dedicaste a doblarme la ropa.

—El sofá no es muy cómodo así que hice tiempo, sí.

—Ya —Beatriz sonrió y volvió a dar otro sorbo al café—. Gracias, supongo.

—¿Por no dejarte abandonada y a tu suerte en el bar?

—También por eso.

—Oye, Beatriz.

—¿Hm?

Beatriz levantó la mirada. Oliver se encontraba sentado enfrente y había cruzado las piernas con los ojos fijos en ella y una mirada extraña, como si algo le rondara por la cabeza. Por un momento Beatriz entró en pánico. ¿Y si había dicho algo mientras dormitaba por la borrachera? La idea le espantaba. Aún no se sentía capaz de decirle lo de la posibilidad del embarazo. Si no tenía en cuenta el retraso de la menstruación, tal vez sólo se estaba dejando

llevar por el pánico y ese retraso se debía al estrés. No sería la primera vez que le pasaba, y era mejor esperar antes de dejar salir algo tan tremendo como esperar un hijo por si aún podía salvar algo de aquella posible relación.

—¿Te preocupa algo?

¿Entonces sí había dicho algo mientras dormía?

—No, ¿por qué?

Oliver se encogió de hombros. Intentaba parecer indiferente pero a Beatriz no le engañaba.

—No sé. La forma que te pusiste a beber ayer...

—Ah, bueno, tan sólo pretendía quitarme un poco de estrés y se me fue de las manos.

Pero ella disimulaba mucho peor.

Beatriz carraspeó ruidosamente y miró hacia otro lado, deseando dar por finalizada la discusión.

—¿Entonces?

—¿Qué? —dijo a la defensiva.

—Es sábado y no hay trabajo —Oliver sonrió radiante—. ¿Te apetece si hacemos algo juntos?

Capítulo 10

—Has dicho que es una sorpresa pero no llegamos a ninguna parte.

—¿Tanta prisa tienes?

—No, es sólo...

Oliver miró de reojo a Beatriz.

Al final había averiguado donde vivía porque se había negado a vestir la misma ropa sudada con la que había estafo trabajando y bebiendo el día

anterior.

Oliver le había acompañado a casa y había reconocido que antes de llevarla a su casa había intentado averiguar su dirección llamando a John, aunque sólo lo había reconocido cuando Beatriz había encendido su móvil, extrañada de tenerlo apagado y ver todas las llamadas perdidas de su secretario y los mensajes.

—Le llamé para pedirle que me diera tu dirección —se confesó cuando iban camino a su casa a cambiarse de ropa.

—¿No te la dio?

Beatriz pareció sorprendida.

—Ni siquiera se lo planteó.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que venía a buscarte.

Beatriz lo miró con curiosidad.

—¿Y por qué terminé entonces en tu casa?

Oliver había imaginado que tarde o temprano esa pregunta a relucir.

—No tengo motivos para fiarme de él.

Beatriz se había puesto a reír.

—Claro.

Tampoco había sido capaz de preguntarle la relación que tenía con John. No debía entrometerse, tal vez lo mejor era ir poco a poco.

Aunque esa decisión no explicaba qué hacía llevando a Beatriz a la casa de sus padres. Temía la reacción de la mujer cuando la presentara allí, pero mientras esperaba a que Beatriz se cambiara de ropa, su madre le había llamado, recordándole que era el aniversario de la muerte de Dylan, su hermano mayor y que siempre se reunía la familia para comer y pasar la tarde juntos en la casa de la playa.

Lo que tampoco esperaban sus padres era que apareciera con alguien más ya que sabían de su ruptura con Carolina.

—¿Te gusta la playa? —se interesó finalmente cuando dobló la última curva hacia el camino de arena blanca que tanto conocía.

Los recuerdos no sólo eran buenos. Allí mismo Dylan había muerto ahogado cuando eran niños y aunque su muerte había ocurrido hacía mucho, aún era capaz de hacerle ensombrecer el ánimo.

—¿La playa? ¿A dónde me has traído?

Beatriz comenzó a mirar el reloj nerviosa y Oliver se puso a reír.

—¿Tenias algo mejor que hacer?

—Ya, y supongo que no planeas conducir de noche, ¿no?

Oliver se encogió de hombros.

No, no era su idea conducir de noche y su mirada estaba seguro que lo decía claramente.

—Vamos, el clima es estupendo y el paisaje es inmejorable.

Oliver aparcó a un lado de dos árboles. Sabía que era imposible ver desde allí la casa a menos que se movieran hacia la derecha y se apartaran de los gruesos troncos.

—¿Y planeas que durmamos a la intemperie?

—¿No te apetece?

La mirada lánguida que Beatriz le dedicó también lo decía todo.

—¿A ti qué te parece? ¡Eh!

Beatriz salió del coche a la misma vez que el y cerró la puerta de un portazo, siguiéndolo a toda prisa mientras no dejaba de numerar todos los inconvenientes de esa locura.

—¡Oli!

Oliver sonrió de oreja a oreja al ver a Brian, el hijo de su hermana y se agachó para agarrarlo y abrazarlo mientras lo levantaba y le daba vueltas en el aire.

—¡Ey, campeón! ¿cómo has estado?

—Mamá dijo que no ibas a venir.

—Mamá no dijo eso.

Oliver dejó a Brian en el suelo y aceptó el abrazo cariñoso de su hermana, uno que se prolongó un rato largo en el que Oliver imaginaba estaría examinando a una posible sorprendida Beatriz.

—Os presentaré —dijo, apartándose de su hermana y se acercó a Beatriz que lo miró inquisitiva, aunque no se atrevió a decirle nada—. Ella es mi hermana Jossy y él mi sobrino, su hijo Brian.

—¿Qué tal?

Jossy le tendió la mano y Beatriz se la estrechó rápidamente con una sonrisa.

—Ella es Beatriz.

Oliver notó como las dos mujeres le miraban ante la escueta presentación que había hecho de Beatriz, posiblemente cada una haciendo sus propias conjeturas, pero él se limitó a correr tras Brian, sin ganas de dar

explicaciones.

Podía haber dicho que eran compañeros de trabajo, amigos... cualquier cosa, pero la verdad era que Oliver prefería decir que eran otra cosa, algo que no eran y ya que no podía hacerlo, prefería evitarlo.

—¿Dónde está la abuela, Brian?

—Dentro, ella, papá y Lina están en la cocina.

—Muy bien. Tengo algo en el coche para ti —le guiñó un ojo y el niño sonrió emocionado—. Donde siempre.

—No, Brian, nada de dulces. ¡Oliver, te lo tengo dicho!

Jossy fue detrás de su hijo a toda prisa, impidiéndole que llegara hasta el coche y Oliver aprovechó para quedarse un momento a solas con Beatriz que le miró acusadoramente.

—¿Qué es esto?

—Es una casa de mi familia. La construyó mi abuelo en...

—No te estoy preguntando eso. ¿Por qué me has traído con tu familia?

—Son majos —se hizo el inocente.

—¿Qué pinto yo aquí?

—Tenía que venir.

—¿Conmigo?

Oliver dudó un momento antes de responder.

—Quería estar contigo.

Beatriz abrió los labios, posiblemente para decir algo, pero en ese momento Oliver escuchó su nombre de manera firme y reconoció inmediatamente la voz de su madre.

Se giro para ver a la mujer de edad indefinida, muy cuidada, de piel aún tersa, posiblemente gracias a todos los tratamientos que recibía, el cabello rubio por los hombros y un cuerpo tan perfecto como el de una adolescente y una mirada

clara muy segura de sí misma, una que decía que todo le gustaba tenerlo controlado.

—Madre.

Su madre no respondió. Sus ojos pasaron de él hacia Beatriz casi de manera inmediata y Oliver suspiró, a la espera de lo que estaba seguro iba a ocurrir a continuación.

—Ella no es Carolina.

Capítulo 11

Jossy observó a su hermano durante toda la tarde, apreciando la forma en la que miraba a Beatriz, la forma que la trataba y antes de que la luz comenzara a menguar y el sol se escondía al otro lado de las aguas en calma del mar, supo que Oliver estaba enamorado.

Su actitud hacia aquella mujer era diferente a la que había tenido con Carolina y eso que todos ya pensaban que terminarían casándose, y posiblemente hubiera sido así si ella no lo hubiera dejado antes.

Pero no solo había estafo observando a Oliver, también se había tomado su tiempo en comprender que Beatriz también sentía algo por su hermano por mucho que trataba de fingir lo contrario.

Puede que ninguno se hubiera dado cuenta, pero Jossy sí se había fijado en la manera que le había afectado que su madre mencionara a Carolina; parecía más bien como si acabase de descubrir que Oliver había tenido una novia hacía nada y que había sido él a quién lo habían dejado.

—Hola.

Jossy se sentó a su lado y le ofreció uno de los vasos con limonada que Brian no había querido al quedarse dormido junto a su padre.

—Gracias.

Beatriz aceptó el vaso, posiblemente por no ser descortés.

—Los niños se duermen rápido y en cualquier sitio —comenzó, tratando de romper el hielo.

—Tienen suerte.

Beatriz le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—Es verdad.

Las dos miraron hacia la zona donde varios niños se habían quedado dormidos y Jossy volvió a mirar a Beatriz de reojo. La mujer a quien miraba fijamente era a Oliver.

—¿Te aburres?

—¿Qué?

Los ojos de Beatriz se apartaron de Oliver y se fijaron en ella,

—No te resultará muy divertido haber acompañado a Oliver a algo como esto.

—Bueno —la mujer la miró con atención—. No me lo esperaba.

—¿Oliver te trajo engañada?

—Me dijo que era una sorpresa.

Beatriz sonrió y movió el vaso con la limonada sin parecer tener intención de beberlo.

—¡Menuda sorpresa!

—Sí.

Las dos rieron sin mucho entusiasmo.

—¿Hace mucho que conoces a Oliver?

—No mucho. Mes y medio o así.

La pregunta parecía incomodarla y Jossy entrecerró los ojos.

—Asuntos de trabajo, ¿no?

Al menos eso era lo que finalmente habían dicho, aunque nadie parecía habérselo tragado realmente.

—Sí, estamos trabajando en un mismo proyecto. Temporalmente.

—Parecéis mucho más unidos que dos simples compañeros de trabajo.

—No, no lo creo.

Beatriz sonrió nerviosa y esta vez sí se llevó la limonada a los labios.

—Como digas.

Jossy también sonrió.

—Por cierto, no me he atrevido a preguntarlo antes pero, Dylan, ¿hace mucho tiempo que murió?

—Bastantes años, sí. Murió siendo un niño. En estas aguas.

—¿Se ahogó?

—Sí. Una noche fue a buscar a Oliver porque no había llegado todavía y no regresó.

—Es terrible.

—Sí. Encontraron su cuerpo dos días después y Oliver nunca se lo ha perdonado.

—¿Se culpa?

Jossy disimuló una sonrisa. Era imposible no ver el interés y la preocupación real por Oliver por mucho que ella intentara negarlo.

—Sí, se echa la culpa. Sé que incluso hoy aún no lo ha superado completamente.

—Pero fue un accidente, ¿no?

—Sí, sí. Nadie lo culpa, ni siquiera entonces, pero Oliver creó que si no se hubiera entretenido jugando, Dylan estaría vivo.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Fue hace mucho tiempo.

Jossy se levantó y dejó su limonada encima de la mesa.

—Será mejor que lleve a mi niño a la cama o mañana se levantará con dolor de cuello.

—Claro.

—Dile a Oliver que te enseña la habitación si quieres descansar ya.

La sonrió y Beatriz le devolvió la sonrisa.

—Vale.

—Ah.

La sonrisa de Jossy se hizo maliciosa y Beatriz dejó de sonreír de golpe, mirándola desconfiada.

—¿Qué?

—Tendrás que compartir habitación con Oli. Espero que no te importe.

Capítulo 12

—Puedes dormir en la cama.

—Ese no es el punto.

No lo era, pero a Oliver le divertía completamente la situación.

—¿No? ¿Y cuál es?

—Ni siquiera sé qué pinto aquí.

—Debí habértelo dicho —aceptó él, acercándose a ella—, ¿hubieras aceptado si te hubiera dicho que te traía aquí?

—Puede que sí o puede que no.

Beatriz se soltó el cabello y se frotó suavemente la cabeza.

—¿Cómo te encuentras?

Beatriz lo miró ceñuda.

—No te importaba mucho cuando me trajiste a un lugar lleno de gente sin que hubiera sobrevivido a mi resaca.

Estaba siendo exagerada, pero le daba igual. Aún tenía demasiadas cosas en la cabeza que le preocupaban y no precisamente de trabajo.

Miró a Oliver con un nudo en el estómago.

Parecía el mejor momento para decirlo.

—Oliver.

Aunque una cosa era pensar en decirlo y otra distinta soltarlo sin más.

Estaba embarazada.

No, era imposible decir algo como eso sin que alguien saliera asustado.

Podía estar embarazada. Tenía un retraso.

Eso era más razonable. Aún no lo sabía con certeza pero con eso sólo estaba intentando rechazar la realidad.

—Eh, Beatriz.

Beatriz parpadeó y miró a los ojos de Oliver.

—¿Qué?

Oliver se había acercado a ella hasta el punto de sentir su fragancia.

Lo deseaba.

Abrió los labios para decirlo, ya demasiado cansada de rechazar la realidad, lo que quería, pero no llegó a decir nada más.

Oliver se inclinó hacia delante y la besó, muy tiernamente, acariciándole los brazos, apretándose contra ella.

—Te quiero —murmuró en su oído, haciendo que se estremeciera.

Beatriz puso una mano en su pecho, intentando apartarle ligeramente.

Era el momento.

—Estoy embarazada.

Y no pudo escoger el peor instante.

En ese momento, justo cuando terminaba la frase, la puerta se abrió bruscamente y la madre de Oliver junto a una de sus tías se quedaron inmóviles en la puerta, con unas mantas en los brazos y los ojos abiertos como platos.

Capítulo 13

—Me lo pudiste haber dicho a mí antes que al resto de mi familia.

Beatriz no respondió rápidamente, ni siquiera giró el cuello y apartó la mirada de la ventanilla para mirar a Oliver.

—Era la intención —dijo en voz baja, sin entusiasmo.

Pese a que la familia de Oliver parecieron encantados con la noticia y hasta su madre pareció perder el aura de hostilidad que le había dedicado desde el momento que se conocieron, no había pasado lo mismo con Oliver.

Se había mostrado sorprendido, ausente y no había vuelto a dirigirle la

palabra.

Hasta ese momento, cuando regresaban a casa.

—Pero tuviste que esperar a tener a mi familia reunida para decirlo.

—Fuiste tú quien me trajo, ¿recuerdas?

—No para que dijeras algo así.

—Olvídalo, ¿quieres? No estoy de humor para seguir hablando.

—Creo que tenemos que hablar de ello.

—No hay nada de qué hablar.

Beatriz se cruzó de brazos, furiosa.

No había esperado que se alegrara, incluso había esperado una reacción de rechazo parecida, pero eso no significaba que no doliera igual.

—Para el coche.

—¿Para qué?

Pese a la pregunta irritada, Oliver acercó el coche a la orilla de la acera y Beatriz se bajó, ignorando todos los gritos de Oliver a su espalda y caminó un poco hasta dar con un bar y entró, acercándose a la barra y pidió una manzanilla.

Tenía el estómago fatal y se encontraba deprimida.

—Una copa —murmuró con añoranza.

Si pensaba tener al niño iba a ser mejor que olvidase ciertas cosas por el momento entre ellas, el alcohol por mucho que le apeteciera ahogarse en él para aliviar la rabia.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Oliver le agarró del brazo y tiró de él.

—¿Qué haces tú aquí? —protestó ella, soltándose.

—Estás embarazada. No puedes beber como hiciste el otro día.

Beatriz lo miró incrédula.

¿Ahora le importaba? No había tenido esa actitud precisamente después de enterarse del embarazo.

—No es asunto tuyo.

—Es mi hijo, así que sí lo es.

—Déjame en paz, Oliver.

Oliver volvió a agarrarla y tiró de ella, pero Beatriz volvió a soltarse, devolviéndole la mirada furiosa.

—Nos vamos. No vas a beber.

En ese momento los dos escucharon como el camarero dejaba una taza sobre la barra y miraron hacia allí.

—Su manzanilla —dijo con una expresión que mostraba su desaprobación por la posible errónea interpretación que estaba dando a lo que estaba presenciando y la posibilidad de intervenir si lo veía necesario.

Beatriz le sonrió para tranquilizarlo y esperó a que se alejara para volver a enfrentarse a Oliver.

—¿Una manzanilla? —preguntó avergonzado.

—¿Contento? Ya puedes dejarme en paz.

Beatriz se movió hacia la barra pero Oliver la detuvo.

—Espera, lo siento.

—Da igual, déjalo. Lo que hice la otra noche no se repetirá. Pienso tener al niño, tanto si estás de acuerdo como si no.

Oliver la miró sorprendido y volvió a agarrarla.

—¿Qué estás pensando? ¿Crees que estoy molesto por el embarazo?

Beatriz puso los ojos en blanco.

—Deberías haber visto tu actitud desde que te enteraste.

—¡No! Me ha molestado tener que enterarme a la misma vez que mi familia y no el primero. Me hubiera hecho ilusión poder tener algo de exclusividad.

Beatriz lo miró asombrada.

—¿Qué?

—Te dije que te quería, ¿recuerdas? —Beatriz asintió lentamente con la cabeza—. Y fue antes de saber la noticia.

Sonrió y le acarició la tripa.

Beatriz le devolvió la sonrisa.

—Creía...

—Ya bueno. Admito que la noticia me dejó descolocado, pero no me desagrada tanto la idea de ser padre.

—Me alegro, porque será mejor que te vayas acostumbrando.

—Seré un padre perfecto.

Oliver se inclinó para besarla y Beatriz le pasó los brazos por el cuello, preguntándose si aquel era un buen momento para decirle ahora que de hecho, aún no estaba completamente segura de que estuviera embarazada.

Lo pensó un segundo y apartó la idea, disfrutando del beso.

FIN

UNA NOCHE DE PASION

Anna Sanz

CAPITULO 1

Lorena se estiró hacia la derecha, intentando alcanzar el cojín azul que había estado mirando de reojo durante los últimos quince minutos, con demasiada pereza como para levantarse, pero con más dolor de espalda como para no estar dispuesta a hacer el esfuerzo de estirarse un poco y tratar de cogerlo sin levantarse.

No pensaba levantarse.

No hasta que su estómago no pudiera aguantarlo más y tuviera que ir hasta la cocina y averiguar si aún quedaba algo en buen estado en el frigorífico para cocinarlo.

—Siempre puedo prepararme algo de pasta —musitó, recordando que aún quedaba algo de macarrones en el armario y movió un poco los dedos para

intentar alcanzar el cojín, emocionándose al rozar la tela con los dedos y soltó una maldición cuando terminó cayendo más para la derecha, escapando de su acceso—. Mierda.

Suspiró dramáticamente y se sentó de nuevo, clavando la mirada de mal humor a la pantalla del televisor.

Oh, bueno. Así era su vida, así se había convertido en el momento que había dejado su trabajo hacía una semana.

Desde el momento que había sido incapaz de soportar al pesado y tiránico acosador de su jefe y tras varios intentos por hacerle notar todo lo disimuladamente posible, usando un tacto que no conocía, que detestaba la manera con la que la metía mano, había terminado estampándole los cinco dedos de su mano en la cara.

Había sido un desastre.

Lorena suspiró ruidosamente, algo que venía haciendo con mucha frecuencia desde que se encontraba en el paro, y decidió no pensar demasiado en el trabajo...

Ni en su exnovio.

O expareja.

Ya no sabía ni como llamar al imbécil de Kenny. ¿Qué se había creído ese para cortar con ella de esa manera? ¿De verdad no había significado nada los dos años que habían vivido juntos?

—Lo siento, Lorena, pero esta no era la idea que teníamos cuando acepté ir a vivir juntos.

No era la idea...

Lorena volvió a suspirar y luego hizo el mayor esfuerzo que había hecho durante todo el día, cogiendo el cuenco donde había calentado las palomitas antes de sentarse en el sofá a ver una nueva maratón de películas de terror, y se lo lanzó a la televisión, agradeciendo al instante no tener las suficientes fuerzas como para que llegara a alcanzarla y comprobar qué habría sucedido si atravesaba la pantalla.

Volvió a suspirar una vez más.

—No querías una novia ni pareja —gruñó furiosa. Las lágrimas habían estado presentes los primeros días, después se había encontrado con que más que dolor sentía rabia. O simplemente igual ya había secado todas las lágrimas que tenía acumuladas y decidió golpear algo, después había intentado con una maratón de películas románticas, a cual más empalagosa que la primera (¿Dónde había dejado su gusto por ir al cine con Kenny a verlas?)y había

comenzado con las de aventura, pasando por las de ciencia ficción y deteniéndose en las de terror.

Y cuanto más sangrientas mejor.

Kenny la había usado para vivir del morro mientras ella trabajaba como una loca y se encargaba de pagarlo todo. Una vez se le cerró el grifo, Kenny había salido en busca de una nueva víctima.

Sí, víctima. Esa era la palabra, porque Lorena se sentía como si hubieran atentado contra su persona, contra su dignidad como mujer y eso sólo aumentaba las ganas de aplastar a Kenny.

Lorena volvió a suspirar, aún más ruidosamente y se encogió en el sofá. Acababa de terminar la última película y en esos momentos salían los créditos. Por unos segundos, se quedó contemplando la pantalla y la sucesión de nombres y títulos hasta que suspiró una vez más, agotada.

Sí, quería aplastar a Kenny, pero eso sería cuando encontrara las ganas para levantarse y salir de casa.

—Tengo hambre —murmuró, sin ganas ni de girar el cuello hacia la puerta de la cocina.

Sí, desde que Kenny se había marchado, Lorena había decidido vagar como única meta en la vida. Buscaría un trabajo, sí, lo haría, más adelante, cuando tuviera ánimos para plantearse buscar un trabajo diferente al que llevaba haciendo durante ocho años, cuando ya no le quedara ni una sola gota en su cuenta corriente para exprimir y no le quedara otro remedio que trabajar para sobrevivir, y no quería volver a hablar de hombres en su vida.

Jamás.

Nunca.

Desde ese momento juraba que jamás volvería a vivir con otro hombre, que jamás entregaría su corazón ni aunque vivir con Kenny había sido más conveniente que cariño y, por supuesto, estaba dispuesta a no volver a oír hablar de sexo.

Lorena miró con más atención la pantalla hasta que saltó al menú automáticamente y enarcó una ceja, sonriendo como una estúpida.

—Vale, eso último supongo que no es necesario.

Claro que no lo era. ¿Por qué tenía que renunciar al sexo? Sólo renunciaba a enamorarse o vivir con otro hombre, pero de ahí a no volver a tener sexo...

Con un gran esfuerzo consiguió ponerse de pie, descubriendo que tenía las rodillas entumecidas después de tantas horas sentada en el sofá y se estiró un poco más aliviar el dolor, descubriendo restos de la mantequilla de las

palomitas en su destantalada camiseta de andar por casa que usaba de pijama como conjunto de unos pantalones ajustados que había metido sin querer en la ropa blanca con lejía. Ahora eran casi blancos, pero todavía tenía trozos de color crema y no había tenido ganas de buscar una manera de solucionar aquello.

Tampoco su aspecto era mucho mejor. Llevaba dos días sin ducharse y cuatro sin lavarse la cabeza y comenzaba a notar un tufillo extraño que provenía de su cuerpo...

Sus tripas volvieron a rugir, recordándole que seguía teniendo hambre.

—Lo primero es lo primero —murmuró dejando la opción de la ducha para una próxima vez.

Lorena dio unos pasos hacia la cocina, rascándose el pelo enredado, pero se detuvo bruscamente cuando el timbre de la puerta sonó una vez y giró la cabeza para mirar la entrada con atención, con demasiada atención, sin apartar

la mirada de la puerta.

El timbre volvió a sonar.

Lorena esperó a que la persona del otro lado se diera por enterada que no había nadie allí y se fuera, lo mismo que había hecho las dos veces que su madre había aparecido para ver cómo se encontraba, pero cuando el timbre sonó una tercera vez, pisó con demasiado fuerza en la alfombra que una vez había comprado con el imbécil de Kenny y deseó que quien estuviera al otro lado cuando abriera la puerta fuera él y así poder lanzarle a la cabeza algo, lo que fuera y así intentar sentirse mejor de lo que se sentía en ese momento.

No lo era.

Cuando abrió la puerta, Lorena miró asombrada al chico de pelo negro y ojos verdes que la sonreía cómodamente con una mochila en un hombro y una pequeña pecera con un único pez de color naranja.

Lorena lo miró un poco más y después pasó la mirada del pez a sus ojos verdes.

—¿Quién eres tú?

CAPITULO 2

Lorena apartó la mano del pelo, dándose cuenta que aún seguía arrascándose el descuidado cabello y sintió pánico de pronto, descubriendo que tenía unas pintas deplorables ante la posible solución a sus desvaríos sobre el tema del sexo.

¿Había algo mejor que una noche desenfadada con alguien que no se conoce?

—Hola, Lorena —saludó el hombre con una familiaridad alarmante, haciendo

que Lorena sintiera un escalofrío—. Déjame quedarme aquí esta noche.

¿Eh? Lorena enarcó una ceja y percibió como parpadeaba a cámara lenta, aún alucinada.

—¿Quién eres tú? —preguntó desconfiada, entrecerrando los ojos y tratando de pensar en alguien que le recordase a esa imagen de playboy.

—Soy yo, Lorena, ¿no te acuerdas de mí?

Lorena entrecerró un poco más los ojos.

—No... ¿tengo que conocerte?

El hombre se echó a reír y el agua del pez osciló suavemente.

—Soy Dick.

El mundo de Lorena no sólo se rompió en mil pedazos y sintió como los pedacitos caían a sus pies y la cubrían hasta asfixiarla.

Dick.

Lo conocía.

Los recuerdos llegaron a ella como un huracán, no sólo ahogándola, sino que la abrasaban como si aún pudieran quemar.

Dick había sido su mejor amigo y su primer amor de la infancia. Lo habían compartido todo, incluso el primer beso y la primera vez en la cama... algo que nunca tuvo que ocurrir ya que ninguno de los dos aceptó lo que había pasado.

Tan sólo había sido un juego. Se habían besado por diversión, se habían tocado para probar, y habían terminado sobre el duro suelo del garaje de Dick porque simplemente se habían dejado llevar tras unas cervezas de más... cuando despertaron los dos se habían sentido demasiado avergonzados como para admitir lo que había ocurrido y simplemente fingieron que no había pasado nada, manteniendo una amistad que no pudo perdurar... y ahora, después de más de diez años, Dick volvía a su vida (junto a todos sus recuerdos) cruelmente, sin avisar y convertido en un hombre completamente diferente.

—¿Dick? —susurró, reaccionando lentamente—. ¿Dónde está el feo y bajito Dick?

—Han pasado mucho años, Lorena, además, tú... —Dick guardó silencio y la echó una rápida ojeada, con mucho tacto pero sin dejar de ser bochornoso y desagradable—, también estás muy cambiada.

Muy gracioso.

Eso no parecía haber cambiado.

—Como sea —gruñó, molesta, sin apartarse de la puerta—. ¿Qué quieres de mí?

—Sólo quiero pasar esta noche en tu casa. No tengo donde quedarme.

—Ya, claro, ¿y quieres que yo me crea eso?

Bueno, y para empezar, ¿a ella qué le importaba si era verdad o no?

—Por favor, sólo será por esta vez.

—No. Ni siquiera te recuerdo de la manera que eres ahora, ¿cómo pretendes que deje entrar a un desconocido a mi casa?

—Vamos, Lorena, no soy un acosador ni un perverso. Sólo por hoy — suplicó.

Lorena puso mala cara y poco a poco fue apartándose de la puerta y le permitió entrar, mirando de peor humor el desorden que había en la casa.

—Sólo por hoy —advirtió mientras cerraba la puerta y lo seguía al interior de la casa.

—Como tú digas.

Lorena se quedó de pie, sin apartar la mirada del imponente hombre que se había convertido Dick tras todos esos años sin saber de él y esperó a que dejara la pecera sobre la mesa de la cocina y la mochila sobre el sofá y se

girara hacia ella para cruzarse de brazos y poner una de esas miradas que tan poco efecto habían tenido con su jefe.

—¿Qué haces aquí? ¿Y cómo sabes dónde vivo?

Dick se encogió de hombros con esa actitud indiferente tan de él que tanto le había gustado en el pasado.

—Siempre he sabido donde vivías, Lorena.

Oh, oh.

—¿Siempre?

—Nunca quise que dejásemos de hablar.

—Pero lo hiciste.

—Fuiste tú quien te distanciaste, ¿recuerdas?

Lorena no quería recordar nada de aquel pasado.

—Vale, lo que tú digas, pero, ¿qué haces aquí?

—¿Y si te digo que quería verte?

Lorena gruñó literalmente y Dick se puso a reír.

—Si vas a empezar con tus juego, mejor vete. No estoy de humor.

—Me he fugado de casa.

—¿Eh?

¿De casa? ¿Se había casado?

—¿Y qué hay de ti? No parece que estés en tu mejor momento.

—Las cosas se me han ido de las manos.

—¿Novio?

—No te metas donde no te llaman.

Dick levantó las manos para no iniciar una pelea.

—¿Trabajo?

—Ahí sí que quieres pelea.

—Al menos qué me dices del sexo, alcohol y...

—¿Tengo pintas de sentirme satisfecha con algo en mi vida, Dick?

Sí, ese maldito había regresado a su vida en el momento que más que poder enseñarle la maravillosa vida que tenía sin él, estaba más de bajón que nunca.

—Creo que necesitas sexo.

¿En serio?

—¿Y quién se ofrece de voluntario? ¿Tú? —le desafió ella con una sonrisa socarrona.

Dick se la devolvió.

—Suena bien... pero quizás deberías darte una ducha primero.

Capítulo 3

—Sí, en serio, suena bien... pero quizás deberías darte una ducha primero.

—¡Eh! —gritó ella, acercándose hasta él y casi le empujó—. No te atrevas a decirme lo que debo hacer o no de alguien que acaba de abandonar su hogar y a su mujer.

—¿A mi mujer? —Los ojos verdes de Dick se entrecerraron suavemente e

inclinó un poco la cabeza para mirarla—. ¿De qué estás hablando?

—¿No habías dicho que te has fugado de casa?

—Sí...

Lorena resopló con fuerza. Puede que aquel chico hubiera cambiado físicamente. Era imposible imaginar al antiguo Dick, más bajito que ella, delgaducho, con unas horrendas gafas y el cabello prácticamente rapado a cero convertido en ese hombre que no parecía tener nada fuera de lugar. Pero su forma de ser no había cambiado nada. Seguía teniendo ese toque infantil, inmaduro, esa forma de mover los hombros para restarle importancia al asunto...

Habían pasado más de diez años desde la última vez que le vio... Ni siquiera había querido verlo después de lo ocurrido. Se había sentido tan humillada por la manera que Dick había menospreciado la noche que habían pasado juntos... demasiado herida, sí, pero de alguna manera no sólo renacían de las

cenizas esos recuerdos, sino que la vieja herida se abría junto a los sentimientos.

¡Genial! ¿No acababa de decidir no volver a querer a ningún otro hombre?

Puso mala cara.

—En fin, me da igual. Lo que sea. Sólo te quedarás esta noche. Mañana te irás.

No quería conocer algo de su vida... ni siquiera había sabido mucho de él cuando estaban juntos, ¿qué sentido tenía preguntarle ahora?

—Eres única, Lorena.

—Vete a la mierda.

—Y encantadora como siempre.

—Si no te gusta, te vas.

Lorena no esperó a qué Dick le respondiera, porque sabía que lo haría. Dick siempre respondía algo.

—Siempre me ha gustado ese lado salvaje tuyo...

Aún podía echarlo... Lorena buscó en el armario los macarrones y descubrió que no le quedaban muchos. ¿Habría para dos? Como fuera, no iba a gastar dinero en algo preparado para domicilio si podía evitarlo. Tenía que administrar su dinero al máximo. Lo repartirían, hubiera lo que hubiera.

Lorena se detuvo con el paquete a medio camino del agua hirviendo que había puesto antes en una cazuela que aún había sobrevivido al uso indiscriminado de la batería de cocina que seguían amontonados sin fregar en la fregadera y miró las burbujas de agua que se explotaban una y otra vez en el agua.

¡Fantástico! Se había puesto a pensar inmediatamente en la convivencia de dos. ¡Pero no era así! ¡Ella vivía sola! Y pretendía seguir viendo sola...

—¿Qué haces?

Lorena dio un salto y dejó caer la pasta en el agua, sujetando la bolsa a tiempo para que no cayera en el agua; después giró la cabeza para mirarlo con una mirada feroz.

Dick la sonrió y Lorena hizo una mueca de asco, apartando la cabeza rápidamente. ¿Cuándo había aprendido a hacer una sonrisa tan brillante?

—Déjame sola. Intento preparar la cena.

—¿Te ayudo?

—Olvidalo.

Y olvídate.

—Sé que cocinar bien.

—No necesito tu ayuda. Déjame sola.

Lorena meneó con una cuchara de madera la pasta para que no se pegara en el fondo, escuchando el movimiento de Dick por la cocina, sintiendo como cogía las cosas que había por el medio y las iba recogiendo, buscando la basura bajo la fregadera, un lugar donde dejar las cosas... pero cuando miró de reojo como comenzaba a remangarse frente a la bochornosa pila de platos, dio unas rápidas zancadas hacia él y se puso a su espalda, tocándolo con la punta de la cuchara que goteaba en el suelo y comenzaba a humedecer la camisa de Dick.

—¡Eh! —dijo, apartando la cuchara con una mueca. Bueno, daba igual, no es como si fuera a dejar mancha cuando se lavase, ¿no?

—¿Qué ocurre?

Dick desvió la cabeza un poco, lo justo para mirarla de refilón y Lorena hizo otra mueca. ¡Cómo odiaba esa mirada!

—Déjalo todo como está.

—Sólo iba a fregar —dijo suavemente, con una ligera sonrisa—. Como pago por el alojamiento de esta noche.

Los dos se observaron unos instantes en silencio y Lorena chasqueó la lengua, apartándose con disgusto y regresó a seguir meneando la pasta.

—Haz lo que quieras.

¿Por qué había tenido que regresar a su vida otra vez? ¿No podían haber

seguido como hasta ahora? Habían sido más de diez años... Y justo en ese momento...

—¿Quieres contarme lo que te ha pasado?

Lorena dejó de mover la cuchara y la apretó en el fondo, destrozando algunos de los macarrones que se encontraban en el fondo con la mala suerte de estar en el camino de la cuchara en el momento de que Dick había abierto la boca.

—¿Qué quieres que te diga? —soltó ella con rudeza—. ¿Quieres que te diga que dejé mi trabajo porque mi jefe era un cerdo y que acabo de romper también la relación con mi novio?

No podía evitar que su voz sonara tan amargada pero por algún motivo no se sentía de la misma manera. Llevaba tiempo queriendo un cambio, sólo que no había esperado que éste fuera tan radical y todo de golpe. Siempre le había gustado hacer las cosas poco a poco, sin que algo pudiera significar un cambio brusco a sus emociones... pero era evidente que nunca salían las cosas como

uno quería que resultasen.

Ni antes... ni ahora.

—Lorena...

—¿Vas a felicitarme por mi gran vida?

—Ni siquiera suena a ti.

Lorena se giró bruscamente y se encontró a Dick a su lado, observándola con esa intensa mirada verde que tantas veces le había cautivado de jóvenes y que ahora conseguía perturbarla de la misma manera... ¿Por qué las cosas no habían cambiado nada durante ese tiempo? ¿Por qué?

—¿Y cómo debería sonar a mí entonces?

Dick se encogió de hombros y volvió a sonreír.

—Posiblemente gritarías y golpearías algo... a tu jefe, a tu novio...

Lorena también sonrió. Se encontraba mucho mejor.

—Me gustaría golpearte a ti.

Dick inclinó la cabeza sin borrar la sonrisa, invitándola a golpearle la cara.

—Adelante. Pega fuerte, no te cortes.

Lorena se echó a reír y se dio la vuelta.

—Ya se me han quitado las ganas.

—Te has vuelto una blanda, ¿eh?

—Al final te pegaré si no cierras esa maldita boca tuya.

Dick siguió riéndose y Lorena siguió revolviendo la pasta, consultando la hora para comprobar que no se le pasaba el tiempo y buscó un bote de tomate por algún lado, segura que aún le quedaba algo de eso...

—¿Sabes, Lorena? Me gustaría marcharme muy lejos, poder alejarme de todo lo que llevo viviendo, meterme en un avión, en un tren y ni siquiera saber el destino de éste...

Lorena se incorporó con el bote de tomate y lo miró. Dick había comenzado a fregar y no la estaba mirando.

—Suenas a irresponsabilidad, Dick. Y tienes una esposa... ¿También tienes hijos?

—¿Por qué piensas eso? —soltó con mofa, mirándola—. ¿De dónde sacas algo como eso?

—¿No habías dicho que habías huido de casa?

—Sí, mi padre es un tirano con el trabajo y me niego a seguir en la empresa familiar.

Lorena lo miró incrédula y se echó a reír, ignorando la expresión huraña que Dick le puso.

—Vale, vale, lo siento —se giró hacia la cazuela y puso los macarrones a

escurrir en otro plato mientras abría la tapa del tomate—. Pobrecito él, no quiere trabajar con papá —se burló.

Dick se rió y se acercó despacio hacia ella, se inclinó a su espalda, casi apoyando la cabeza en su hombro. Lorena respiró con fuerza y giró la cabeza para lanzarla otra mirada de disgusto, pero los labios de Dick fueron mucho más rápidos, besándola dulcemente sin que ella se resistiera, antes de escuchar el sonido de un móvil y abrió los ojos bruscamente, apartándolo de un manotazo.

Dick le lanzó una mirada dolida.

—¿No vas a contestar?

—Da igual quien sea.

—Puede ser tu padre... o su mujer, mejor contesta.

Los labios de Dick se apretaron y no dijo nada más, salió de la cocina y fue a revolver entre sus cosas antes de responder y Lorena se apoyó en la mesa, suspirando ruidosamente sin dejar de escuchar la conversación.

—¿Dónde estás? —decía él a alguien.

¿Así que problemas en el matrimonio? Lorena buscó una manera de sentirse con ventaja, pero más que encontrar una manera venenosa de contraatacar, se dio cuenta que a mitad de camino ya se había decaído completamente.

—¿Ahora?

¿Ahora? Lorena se mordió el labio, sin prestar atención a los macarrones. Sí, quería convencerse con que no sentía nada al haber vuelto a ver a Dick... pero los celos que estaba sintiendo por él en esos momentos le decía que estaba muy equivocada.

Y eso la ponía aún más furiosa.

—De acuerdo, dame unos minutos, no te muevas de donde estás.

Lorena esperó a que Dick se asomara en la cocina para hacer un movimiento de dedos, invitándolo a que se fuera.

—Vuelvo ahora. ¿Puedes cuidarme las cosas un poco?

—Sí, sí.

Lorena volvió a echarlo con un movimiento de manos y no miró a Dick cuando éste se quedó unos segundos, observándola en silencio antes de salir y moverse por la casa hasta abrir y cerrar la puerta de la calle.

CAPITULO 4

Bien, ¿no era así como debía ser? Siempre había sido de la misma manera y era irritante tener que recordar esa historia pasada por el egoísmo de Dick. ¿Eso era lo que ella significaba para él? Ni siquiera entraba en la categoría de amiga, ya tan sólo era el trapo de usar y tirar que cogía cuando no necesitaba y lo dejaba cuando ya no le servía... ¿En qué demonios estaba pensando ahora? Si incluso se había dejado llevar con el beso...

—¡Maldito Dick! ¡Muérete y no vuelvas!

Al final, Lorena cenó sola, masticando los duros macarrones sin ganas, contemplando la vacía mesa en la que solía acompañar con Kenny.

Nunca había sido una persona muy cariñosa pero tampoco se consideraba una mala persona. Tenía un poco de carácter, pero había aprendido a mantenerlo bajo control poco a poco.

Estaba claro que pensar en Dick hacía que se volviera más melancólica de lo que estaba.

Se levantó de golpe y dejó el plato en la pila de platos que continuaba en la fregadera, aumentando su tamaño y regresó al salón, agachándose junto a la otra pila de algo que había en su casa, junto a los platos y a la ropa en su habitación y empezó a seleccionar una nueva lista de películas para empezar una nueva maratón.

—¡Más películas! —gritó sin estar entusiasmada realmente por comenzar a ver nuevas películas de terror.

Sacudió la cabeza, negándose a estar deprimida todo el día y arrastró los pies hasta el sofá, mirando los movimientos de pez que había dejado al final en el salón.

De todo lo que podía llevarse... ¿un pez? ¿Era lo único importante en su casa como para llevárselo?

¿A dónde había ido?

¡Oh! Así que realmente sí le importaba, ¿eh?

—¡Joder!

Se dejó caer sobre el sofá, decidida a no levantarse de él ni aunque cayera un rayo en mitad del salón, pero justo cuando se acomodó en él, con las piernas en alto, el timbre volvió a sonar, y Lorena se levantó rápidamente, corriendo a la puerta.

—¿Ya has terminado?

—Lorena.

Lorena abrió mucho los ojos y se arrepintió de seguir con las pintas en las que se encontraba en ese momento.

En realidad sí había alguien de su familia a quien conocía.

A su hermana.

Y no se habían llevado bien nunca precisamente. Camila tenía ese algo que toda chica deseaba tener y que era imposible alcanzar se hiciera lo que se hiciera y aunque no le importaba a estas alturas, parecía que la lista de recuerdos se sucedían uno tras otro mientras su pasado llamaba literalmente a su puerta.

—Camila —saludó con una voz que reflejaba completamente las ganas de verla que tenía.

—¿No ha estado mi hermano aquí?

Lorena sabía que desde donde se encontraban podía verse el movimiento ridículo del pez que Dick había dejado así que no lo negó, pero tampoco lo afirmó.

—¿Qué es lo que quieres?

Los ojos del mismo tono que los de Dick la miraron llameantes.

Bueno, el odio era mutuo después de todo, y por lo visto también había perdurado con el tiempo.

—Busco a mi hermano.

—Ya, pero lo querrás para algo, ¿no?

—Algo que no te interesa.

—Entonces, buenas noches.

Lorena intentó cerrar la puerta pero Camila se lo impidió, adelantando una mano y sujetó la puerta con fuerza.

—Dick se ha ido de casa.

—Bueno, ese no es mi problema. Llámalo al móvil.

—Lo he llamado.

—¿Ah, sí?

Camila apretó sus perfectos labios con un bonito color rojo y suspiró finalmente, posiblemente cediendo.

—Dijo que vendría a hablar conmigo pero no lo hizo. Me llamó para decirme que no vendría a verme después de todo, que no teníamos de qué hablar.

—¿Y su familia...?

—¿Su familia? —Los ojos de Camila se entrecerraron—. ¿Acaso no estoy hablando de eso?

Vaya, ¿después de todo no estaba casado? Lorena sonrió débilmente, algo que no ayudó a que Camila se sintiera mucho mejor, pero ella sí que sentía mejor, mucho mejor.

—No sé donde está —dijo finalmente y señaló la pecera que había a la vista.

—Eso es suyo.

—Lo es —aceptó Lorena—. Vino y pidió que le dejara quedarse esta noche.

—¿Entonces está aquí? ¡Dick!

—No lo está.

Y podía bajar el volumen que había vecinos.

—Acabas de decir...

—Vino, sí, y dejó sus cosas, pero le llamó alguien y se fue.

—Le llamé yo...

—Salió de casa, sí.

—Pero me llamó y me dijo que no vendría a verme.

—Oye, no sé lo que habrá pasado para que se haya ido de casa, pero Dick es ya mayorcito por si no lo has notado y puede tomar sus propias decisiones solo.

—No creo que....

—Aún así le diré que has venido y que estás preocupada por él... que todos estáis preocupados por él.

Lorena creyó que Camila protestaría o diría algo más o, incluso, que se metería en su casa y se quedaría allí sentada a que Dick regresara, pero al final asintió débilmente con la cabeza y se alejó hasta los ascensores y se marchó sin volver a dirigirle la palabra o mirarla.

—Siempre fue muy rara —murmuró Lorena. Se encogió de hombros y se metió en casa, cerrando la puerta a su espalda.

CAPITULO 5

Durante unos minutos después de que Camila se fuera, Lorena paseó por el salón; cogió y dejó la pecera y contempló el cada vez más espantoso pez mientras parecía observarla desde el otro lado del cristal, y por último, tras varias cavilaciones sin sentido y un sentimiento de frustración llegó a recorrerle todo el cerebro, decidió meterse en el baño y abrió el grifo de la ducha, preparándose un baño.

Se enjabonó con saña, frotándose con tanta fuerza como si hubiera sido meses el tiempo que había estado sin ducharse y después la tomó con el pelo, disfrutando únicamente del aclarado. Siempre le había gustado el agua caliente y siempre subía la temperatura todo lo que era capaz de soportar.

También después recogió un poco el salón, lo justo, y pasó de los platos cuando entró en la cocina y sintió un sentimiento descorazonador y finalmente se sentó en el sofá tras poner una nueva película y esperó durante toda la noche a que llamaran al timbre.

Pero nadie volvió a llamar a la puerta ese día y tampoco al siguiente y cuando Lorena comenzó a sentirse como una imbécil y hasta comenzó a plantearse diversas alternativas para el pez, descartando la opción de convertirlo en una succulenta comida cuando decidió que algo así no serviría ni de aperitivo.

—Tú dueño te ha abandonado —soltó, levantando la pecera y la dio vueltas frente a su rostro—. Siempre hace algo parecido, ¿sabes?

Con un suspiro exasperado, Lorena dejó el pez en la mesa y cogió el bolso. Había decidido que por mucho aislamiento que estaba dispuesta a tener durante un tiempo, de ahí a morir de hambre no entraba dentro de sus planes más recientes.

Tampoco se le hizo tan raro salir a la calle, aunque le molestó encontrarse con dos personas conocidas preocupándose por su salud y posiblemente alarmadas por sus descuidados pelos y su viejo chándal con el que había salido a la calle.

—Estoy perfectamente, gracias.

Y sencillamente las había dejado con la palabra en la boca para evitar preguntas sobre el trabajo o Kenny, a quien seguramente dirían que llevaban mucho tiempo sin ver de una manera con mucho tacto de tratar de empezar un tema del que seguramente ya tenían sus propias conclusiones.

—Malditas cotillas —gruñó, enmudeciendo de golpe al llegar a la puerta de

casa.

Frente a la puerta se encontraba Dick, apoyado en la pared y dando ligeros golpecitos a una piedra con la cabeza gacha, sin prestar atención a la gente que pasaba a su lado.

Lorena lo miró durante unos segundos sin saber muy bien qué debía sentir, pero segura de que sus sentimientos hacia él seguían tan vivos como aquella vez que se habían dejado llevar y habían terminado haciendo el amor.

Sí, quería a Dick; siempre lo había querido y siempre lo había deseado. No importaba que hubiera aparecido frente a su puerta siendo el mismo chico bajito, con esas espantosas gafas y ese pelo tan antiestético... No era eso de lo que había estado enamorado de él.

—¿Vienes a por tu pez? —se interesó, caminando hacia él con decisión.

Al verla, Dick levantó la cabeza y dejó de jugar con la piedra, regresando a su habitual sonrisa indiferente.

—Has tardado.

Lorena enarcó una ceja.

—No he tardado —le corrigió—. Nunca habíamos quedado para empezar.

—Cierto —aceptó él sin borrar la sonrisa y se adelantó para cogerle la bolsa—. Pero pensé que aún estarías una larga temporada clausurada en casa.

Lorena se giró para mirarle furiosa y le dio un golpe en el brazo, apretando mucho los labios mientras se adelantaba y le dejaba que la siguiera riendo.

—Idiota.

—No te enfades, Lorena.

—No has cambiado nada eres un insensible.

—Eso no es verdad —Dick esperó a que ella abriera la puerta y los dos entraron a la cocina para dejar la bolsa de la compra—. Siempre me he preocupado por ti.

Lorena bufó, pero sintió calidez en su pecho y comenzó a sacar las cosas bruscamente de la bolsa para que no se notara la manera que esas simples palabras la habían turbado.

Dick, en cambio, fue hacia el salón y comenzó a hablarle cursiladas al pez, algo que Lorena no tardó en apartarse de la mesa y se asomó a la puerta, frunciendo el ceño al ver como Dick abrazaba la pecera y hasta besaba el cristal.

Al verla, sonrió.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró ella conteniendo las risas.

—Veo que lo has cuidado, gracias.

Lorena se apartó de la puerta y caminó hacia él.

—No me las des —dijo muy seria—. Tan sólo intentaba engordarlo para comérmelo.

La sonrisa de Dick se esfumó y le hizo una mueca mientras volvía a abrazar la pecera.

—Yo no dejaré que te coma.

—Estás loco.

—¿Lo crees?

—¡No es un cumplido!

Dick se puso a reír y Lorena gritó exasperada, regresando a la puerta de la cocina pero no entró en ella, se detuvo a un paso y no se giró para mirarlo.

—Dick...

—¿Hm?

—Si alguna vez habías querido huir, podías haber contado conmigo. No necesitas escapar tú sólo de lo que te agobia, ¿sabes?

Lorena sintió que se sonrojaba y se negó a girarse, pero cuando notó que el silencio de Dick se hacía insoportable, echó a caminar hacia el interior de la cocina, sintiendo sorprendida como los brazos de Dick la rodeaban por la cintura y la abrazaban con fuerza.

—Lorena...

—Siempre actuaste como si no hubiera pasado nada —le reprochó.

—Tenía miedo que si no podías verme como un amigo no querrías volver a verme.

—Siempre has sido un egoísta.

—Perdóname por eso.

—No sé si quiero perdonarte... —murmuró ella, dejando que las manos de Dick la obligaran a darse la vuelta y mirarlo a los ojos.

—Quieres perdonarme —aseguró él besándola.

CAPITULO 6

Lorena se quitó la blusa y siguió con la cremallera de los pantalones, sin apartar la mirada del pecho musculoso de Dick, de las firmes piernas de un atleta y de los brazos que no tardaron en abrazarla completamente desnudo, mostrando una naciente erección que hacia que todo el cuerpo de Lorena ardiera en deseo.

—Vino tu hermana —dijo ella, besándolo en los hombros mientras la boca de Dick acariciaba sus pechos.

—¿Mi hermana?

—Hmm —Lorena se revolvió incómoda y se llevó una mano entre las piernas

—. Camila.

—¿Hablaste con ella?

Dick levantó la cabeza para mirarla a los ojos y Lorena se encogió de hombros nerviosa.

—Dick, quiero tenerte ya dentro.

Dick sonrió burlón y le agarró la barbilla.

—¿Qué te dijo Camila?

—Que estaba preocupada —gruñó, apartando su mano de un golpe—. Así que luego, llámala.

Dick soltó una risa queda.

—Te has vuelto una blanda.

Lorena fue a replicar algo, pero los labios de Dick se inclinaron sobre los de ella y la besaron apasionadamente mientras sus manos descendían por su vientre y alcanzaban su sexo, separándole las piernas con delicadeza y se acomodaba entre ellas, alzándola un poco para poder penetrarla.

Lorena gritó en la primera embestida y se aferró a él con todas sus fuerzas mientras los dos se convertían en un solo ser, alcanzando juntos el clímax y los dos permanecieron quietos, unidos durante un momento, sabiendo que siempre se habían pertenecido.

—Nunca debí dejar que te fueras.

—Nunca debiste dejarme ir —corroboró ella aún con la respiración entrecortada, notando los brazos de Dick aferrados a su cuerpo en un fuerte abrazo.

Poco a poco los dos se quedaron dormidos de esa manera y cuando Lorena abrió los ojos, Dick no se encontraba en la casa.

Ni siquiera le sorprendió no encontrarlo a su lado cuando se despertó y tampoco que no estuviera en la casa cuando revisó que de verdad se hubiera ido.

Tampoco estaba el dichoso pez.

Dick siempre había sido un egoísta, pero aún así, aunque no le sorprendió que se hubiera marchado, eso no significaba que no doliese.

—Dick, eres un idiota.

Durante las semanas siguientes, Lorena comenzó a buscar un nuevo trabajo. Tampoco tenía muchas esperanzas de encontrarlo rápidamente, pero aun así, decidió que prefería estar en movimiento que parada.

Al menos, no tenía prisa por buscar novio.

Quería a Dick y sabía que volverían a encontrarse...

Lo sabía...

Aunque cuando a los treinta y ocho días al llegar a casa lo volvió a encontrar en la misma postura que aquella vez, jugueteando con una piedra y esperando a que ella regresara en la puerta de su casa, sintió un alivio tan grande que se

odió por ello.

—¿Qué haces aquí?

Su voz no había sonado tan fuerte como había esperado, pero sus ojos pasaron de la mirada de Dick a la pecera que sostenía en la mano.

—¿Me dejas que me quede esta noche a dormir?

Lorena volvió a mirarlo, fulminándole con la mirada.

—No.

Buscó las llaves dentro del bolso y le dio la espalda.

—¿Y si te pido que me dejes quedarme toda la vida?

Lorena sonrió sin girarse, notando como el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

—Tendría que pensarlo —dijo.

Pero al abrir la puerta, esperó a que Dick también pasara.

FIN

PASIÓN Y AMOR

ANNA SANZ

Capítulo 1

Nunca más.

Blanca dio un puñetazo a la mesa y estuvo tentada en lanzarle el vaso de cocaola a Carlos. A él o la mujerzuela de Sandra.

Desde el principio había sospechado que algo pasaba entre ellos, se podía ver en el comportamiento de ella, la manera que se aferraba de su brazo en el despacho de profesores, cuando se reunían tras dar una clase y la manera que tenía de coquetear, pegando ese brazo a sus generosos pechos. También le habían advertido de Sandra cuando empezó a trabajar como maestra y ella y Carlos iniciaron una relación.

Se sentía como una estúpida en esos momentos, cuando los dos la observaban sorprendidos, posiblemente de verla allí.

¿Cómo habrían esperado que ella encontrara ese bar? Ni siquiera debía saber que iban a encontrarse como para saber donde y a qué hora. Era imposible, pero Blanca tenía amigos en el centro, no solo Carlos o Sandra. Aunque ella había empezado a trabajar más tarde, había caído bien fácilmente y tenía compañeros en quienes confiaba y que le habían estado ayudando; incluso le habían ayudado con ese tema. ¿De qué otra manera podía haberse enterado de eso?

—Blanca —dijo Carlos con la sorpresa impresa en la voz—. ¿Qué haces aquí?

Por supuesto no había esperado que ella se presentara allí. Se leía en sus ojos, se leía en sus palabras.

—¿A ti qué te parece que estoy haciendo?

Lo peor que llevaba era que pese a que lo había sospechado, que le habían avisado sobre lo que estaba ocurriendo, comprobarlo, verlo con sus propios ojos, le dolía más de lo que había esperado.

Con esfuerzo controló las lágrimas y dejó que la rabia fuera lo único que la dominara. Lo necesitaba para no dejarse llevar, para no demostrar lo que le dolía que Carlos la estuviera engañando. Y que encima fuera con esa mujer; con Sandra.

—Creo que estás pensando algo que no es —dijo Carlos finalmente, levantándose para calmarla, mirando a su alrededor avergonzado, preocupado que ella pudiera crear un escándalo en un lugar público.

—¡Mejor no me hables! No digas nada ni intentes justificarte.

Blanca le lanzó una airada mirada a Carlos y después miró a Sandra que

miraba la escena divertida, desde su asiento al otro lado de la mesa y actuaba como si no tuviera nada que ver con ella. Sería zorra....

—No seas cría, Blanca, tus celos son absurdos. Sandra y yo...

—Cállate —dijo en voz baja, furiosa, temblando de la rabia y volvió a mirar a Sandra. Cuanto más miraba su cara, su expresión divertida más rabia sentía. Desvió la cabeza otra vez para mirar a Carlos—. No quiero oír excusas.

—No seas absurda. No sabía que fueras tan celosa —miró incómodo a un matrimonio que se levantaba en ese momento tras pagar la cuenta y salía del bar tras lanzarles una mirada que podría haber significado cualquier cosa.

—¿Celosa? —chilló Blanca y se echó a reír—. ¡No digas tontería! Celos de un cretino que me estaba engañando con una golfa.

La expresión de Carlos cambió bruscamente y miró por encima de su hombro,

furioso.

—¡Cálmate, Blanca! —Carlos la agarró del brazo bruscamente—. Hablemos fuera. Vamos.

Carlos tiró de ella y Blanca solo dio un paso antes de soltarse y detenerse en medio del bar.

—¡No me toques! —gritó, ignorando a la gente y la mirada furiosa de Carlos—. No vuelvas a ponerme un dedo encima —Y volvió a mirar a Sandra—. Me das asco; me dais asco.

Blanca se giró y salió del bar conteniendo mal las lágrimas.

—¡Blanca!

No se detuvo aunque escuchó la voz de Carlos detrás de ella y echó a correr, sin ganas de enfrentarlo y tener una discusión en ese momento. No tenía fuerzas para ello.

—¡Blanca!

Blanca sintió como la agarraban del brazo y la obligaban a detenerse.

—Déjame en paz —pidió, tratando de soltarse.

—He dicho que hablemos.

Carlos tiró de ella y Blanca trató de soltarse.

—No quiero hablar contigo, no hay nada que tengamos que hablar tú y yo.

—Deja de comportarte así. No has visto nada. Sólo estábamos dos compañeros comiendo en un bar, ¿por qué actúas como una tonta?

¿Una tonta? Blanca apretó los puños con fuerza.

—¡Suéltame!

—Blanca, tú...

—Ella quiere que la sueltes, así que, ¿por qué no la dejas en paz?

Sandra se sorprendió al encontrar un brazo alrededor de su cintura y tiró de ella, apretándola a un cuerpo fuerte y se quedó completamente hechizada, mirando los largos dedos que sujetaron la muñeca de Carlos e hicieron que aquel a quien consideraba su exnovio se retorciera de dolor.

Capítulo 2

—Me estás haciendo daño —protestó Carlos con un quejido, torciendo la espalda hacia delante.

—Soy consciente de ello —aseguró la voz del hombre a su espalda, haciendo que Blanca se estremeciera.

Era la típica voz que podía hacer sucumbir a cualquier mujer y en esos momentos deseaba poder verlo a la cara.

—¡Entonces suéltame y deja en paz a mi novia!

Toda la realidad volvió a caer sobre Susan como si le hubieran lanzado un ladrillazo en la cabeza y volvió a fulminar a Carlos, deseando que se abriera la tierra y se lo tragara para siempre.

—¿Te estaba molestando...?

—Blanca —aceptó ella de buena gana decirle su nombre, devolviendo la rencorosa mirada que Carlos le lanzó con una de odio—. Y no soy su novia.

—¡Deja de decir tonterías! Solo era una comida, ¿tienes pruebas de algo?

—¿Debería necesitarlas? —le desafió ella.

Carlos respiró hondo y la soltó, posiblemente para liberar el daño que le hacían los dedos del desconocido sobre su brazo y levantó la cabeza para mirarlo, esperando con rabia a que también lo liberase y cuando lo soltó volvió a mirarla.

—De acuerdo, vámonos de aquí y hablemos.

Blanca hizo una mueca. No quería que aquel brazo la soltase; incluso en ese tipo de situación se sentía completamente subyugada, atraída por alguien a quien ni veía y hacía mucho que no se sentía tan viva, con tantas ganas de sentirse entre los brazos de un hombre y esos mismos pensamientos perturbadores la obligaron a asentir con la cabeza y se apartó del desconocido, lentamente y se acercó hacia Carlos y se dio la vuelta, mirando al fin al hombre que había sacado la cara por ella.

—¿Estás segura que estarás bien?

El hombre que la observaba era puro músculo, alto y aunque vestía completamente de sport, con tejanos y un jersey gris de punto, tenía un aire distinguido tal vez por sus anchos hombros, su regia barbilla, sus ojos de color avellana que se rasgaban en los extremos y su cabello corto de un tono muy oscuro.

Blanca tragó con dificultad y asintió sin ganas, bajando la mirada hacia el

brazo que hacía un momento había estado abrazando su cadera.

—Estaré bien —aseguró, manteniendo la compostura—. Gracias por todo.

A fin de cuentas, su relación con Carlos había comenzado a echar aguas en el momento que había sospechado que entre él y Sandra había algo. Ese era el momento de terminar con aquella estupidez, con aquella farsa.

El hombre la sonrió y Blanca creyó que se le pararía el corazón.

—Eso, lárgate de una vez y no metas tus narices donde no te han llamado.
¡Será capullo!

Carlos intentó agarrarla para tirar de ella, pero Blanca se apartó instintivamente, lanzándole una nueva mirada cargada de odio.

—¡No me toques! ¿No te he dicho ya que no me toques? Me das asco, ¿recuerdas?

—¿A ti qué te pasa ahora? ¡Vamos!

Volvió a intentar agarrarla, pero Blanca volvió a retroceder.

—¡No me trates como si fuera de tu propiedad! ¿Qué te has creído que eres?

—Sí, eres mía, y me estás dejando en vergüenza.

Carlos movió la mano para cogerla de la muñeca, pero esta vez no fue ella quien se apartó, sino que el hombre volvió a inmovilizarlo fácilmente, como si fuera un niño y no un hombre adulto con un peso razonable a su metro ochenta y lo empujó hacia atrás.

—No sé cual es el problema entre vosotros...

—¡Métete en tus jodidos asuntos o te partiré la cara!

—No tengo problemas en participar en una sana pelea.

El hombre se remangó las mangas y dio un paso al frente, haciendo que Carlos retrocediera alarmado. Después de todo, estaba claro que a Carlos la fuerza se le iba por la boca. ¿Enfrentarse a un hombre como ese en una pelea física? Blanca no necesitaba mirarlo para saber qué era lo que se le estaba pasando por la cabeza al retroceder asustado. Ni en sueños se enfrentaría a ese hombre y Blanca si no lo miró para comprobarlo fue porque no tenía ojos para otra cosa que no fuera ese desconocido que parecía provocarle una taquicardia.

—¿Empezamos?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Aquí?

Blanca se obligó a mirar a Carlos y reprimió una sonrisa. ¿Cómo era posible que hubiera estado tan enfadada hacía solo un momento y ahora se sintiera tan bien?

—Tú lo has dicho.

Carlos bufó.

—Esto es absurdo —¡Y se atrevió a mirarla con odio! ¡A ella!— Pero esto es un asunto entre mi novia y yo. Un desconocido no debería meter las narices en esto.

Furiosa, Blanca dio un paso hacia Carlos, dispuesta a poner fin a ese asunto de una vez por todas.

—Desde mi punto de vista —comenzó el hombre, estirando los dedos de la mano, un detalle que Carlos no parecía dejar de notar por la mirada que le lanzó y Blanca se detuvo, permitiéndole que fuera él quien hablara—, yo sólo estoy interviniendo en un asunto que parece irse de las manos a un hombre y no soy del tipo que se quedará de brazos cruzados viendo como maltratan a una mujer.

—¿Qué?

Carlos no parecía que fuera a reponerse fácilmente de su asombro. Ni siquiera lo conseguirían los cariños y palabras melosas de Sandra. Desde que ese desconocido había intervenido, Carlos estaba sufriendo los mayores atentados a su orgullo de macho alfa y esta vez sería otra quien tuviera que soportar la rabia una vez se quedara solo.

—Además —continuó el hombre—, ella ha dicho que ya no sois novios.

—¡Lo que ella diga no tiene importancia! —vociferó Carlos, ignorando la

gente que pasaba. Blanca tampoco los miró, pero lo sorprendente era que Carlos no se preocupara de las apariencias; lo eran todo para él.

El hombre pasó el peso de una pierna a otra y cruzó los brazos sobre su fuerte pecho, sin dejar de mirarlo y hasta esbozó una sonrisa que daba escalofríos.

—Ese comentario ya de por sí solo es una falta de respeto hacia una persona. ¿Piensas seguir hablando?

Carlos se había puesto rojo, puede que parte fuera de vergüenza, pero Blanca sabía que mucho era por la rabia. Casi deseaba poder verlo más tarde, cuando se reuniera nuevamente con Sandra y escuchar lo que sucedería cuando él descargara toda la frustración contenida, algo que lo reprimía el miedo que posiblemente le producía un hombre como aquel.

—¡No pienso seguir escuchando esto! —Carlos se giró hacia ella echo una furia—. ¡Vámonos!

—No me da la gana —capullo—. Vete a dominar a la fulana de Sandra y piérdete de mi vista.

Carlos abrió mucho los ojos y Blanca permaneció inmóvil, sin moverse.

Nunca más.

Jamás iba a volver a dejar que ese idiota se riera de ella, que la manejara como un títere sin voluntad.

—¿Pero quién te has creído que eres?

—Una mujer valiente —rió el desconocido, obligando a Carlos a apretar con más fuerza los dientes.

—Nadie ha pedido tu opinión —gritó, conteniéndose mal. Por la expresión que tenía, Blanca imaginaba que el desconocido no tendría ningún problema en que Carlos iniciara esa pelea que había prometido—. ¿Que mierda estás haciendo?

Blanca se encogió de hombros pero toda su seguridad se disipó cuando vio a Sandra a lo lejos, caminando hacia ellos.

Siempre había tenido ese aire de superioridad, esa mirada que dejaba claro lo que opinaba de los demás, de aquellos que consideraba inferiores a ella y, por la manera que siempre le había mirado, Blanca siempre había sabido lo que opinaba de ella. Es más, uno de los motivos por los que se había dado cuenta de lo que sucedía entre Carlos y ella era porque su arrogancia, aquellas palabras, aquellos modos que le había dirigido, que le había dedicado, había ido aumentando, riéndose tan descaradamente de ella que prácticamente le había dicho qué era lo que estaba ocurriendo. ¿Había estado tan ciega como para no verlo? No... en absoluto; no había querido verlo, no había querido creerlo. Hasta ese momento.

Convertirse en el payaso entre los profesores, el tema que se cuchicheaba cuando ella no estaba o cuando creían que no estaba... Eso la había abierto los ojos. Completamente.

Blanca se encontró con la mirada de Sandra y las dos se observaron en silencio. La burla estaba impresa en los ojos de la mujer. ¿Pensaban seguir burlándose de ella?

Sólo tardó un segundo en desear que aquel hombre, aquel desconocido que hacía que toda su sangre hirviera le diera una paliza al hombre que había sido su novio, aquel con quien había hecho planes de boda, pero sólo cuando Sandra llegó hasta ellos y su mirada se desvió hacia el desconocido, mirándolo como si fuera ella quien quisiera devorarlo a él, Blanca tuvo una idea, una fugaz como un relámpago, y sin pensar en lo que estaba haciendo, caminó hacia el hombre y más descarada de lo que había sido nunca, se agarró a su brazo y pegó sus pechos a él, una postura que tantas veces había visto hacer a Sandra con Carlos y miró satisfecha las expresiones aturridas de los dos amantes.

—¿Qué demonios haces?

Carlos escupió la pregunta y apartó a Sandra cuando intentó calmarlo.

—Cálmate, solo te está provocando.

Carlos la ignoró y la siguió mirando a ella, en cólera.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué crees que estás haciendo?

—¿No lo ves? —dijo Blanca satisfecha, incapaz de levantar la mirada hacia el desconocido y comprobar en sus ojos, en su expresión, qué opinaba de su actuación, de su actitud descarada ahora que de pronto se había quedado completamente callado. Al menos no apartó el brazo y Blanca deseó que no lo hiciera hasta que se fueran. Solo pretendía recuperar un poco de su dignidad haciendo parte del daño que ella había recibido. ¿Era un delito hacer algo así? —. He encontrado a alguien mejor que tú —mucho mejor en realidad, y más

cuando la actitud de Sandra se lo aseguraba—, así que simplemente te estoy reemplazando —Sonrió a los dos—. Ya nos veremos.

Y se alegró que el desconocido no se opusiera cuando se dio la vuelta con él y comenzó a caminar.

Capítulo 3

Blanca siguió caminando hasta que cruzaron la calle y con el pretexto de mirar el escaparate de una zapatería, echó un vistazo a su espalda, comprobando que no había indicios de Sandra y Carlos por los alrededores.

—Lo siento —dijo finalmente, soltándose del desconocido y miró más allá, fijándose en los zapatos que enseñaba el escaparate.

—¿Era tu novio?

—Era, sí —aceptó ella de mala gana, sin levantar la mirada para verle la cara.

Ya se sentía incómoda por lo que había ocurrido como para que esa incomodidad también se intensificara por culpa de lo que ese hombre le hacía sentir.

—Espero no haber interrumpido una posible reconciliación.

Blanca sonrió con desden.

—No te preocupes —dijo, levantando al fin la mirada y miró los ojos que se veían desde el otro lado de los cristales y por unos segundos, ella contuvo la respiración.

Había sabido desde el principio que iba a sentir eso pero no había querido

que sucediera y aún así... ¿por qué lo deseaba tanto? Estar con ese hombre hacía que se olvidara completamente de Carlos y de lo que su novio... exnovio le había hecho sentir hacía solo un momento, lo que le había hecho sentir durante su relación: las dudas, los miedos, la sensación de inferioridad y de estar siendo usada, la sensación de que la menospreciaban y se burlaban de ella.

Ese hombre tenía un aura de seducción que la volvía loca. Había algo exótico en su piel bronceada, en la mane que la miraba como si la estuviera desnudando con los ojos...

Daba igual. Por más vueltas que le diera, Blanca sabía que no encontraría una explicación razonable a lo que ese hombre le hacía sentir y, aunque sabía que ahora venía el adiós, le costaba dejarlo marchar. Y todo la devolvía al mismo punto irracional del principio.

—Aún así te ves afligida y eso me hace sentirme mal y culpable.

Blanca se dio la vuelta bruscamente, luciendo una nerviosa sonrisa y comenzó a hablar precipitadamente, sin pensar en lo que realmente decía.

—No hay nada por lo que preocuparse, en serio. Realmente me salvaste allí... de verdad que gracias.

Pero pese a todos los pensamientos cargados de lujuria y sus deseos más profundos, ese tema, el que estaban discutiendo en ese momento, la incomodaba completamente.

—Mi frase —continuó el hombre, mostrando una sonrisa arrebatadora—, continuaba.

—Oh. Acostumbro a hablar demasiado.

—¿Parte de tu encanto?

Blanca sonrió también y esta vez con ganas. Ese hombre también era capaz de liberar toda la tensión del cuerpo.

—Por supuesto.

La risa del desconocido fue agradable.

—Aunque sin el mismo efecto, la frase terminaba en un "y me dan ganas de reconfortarte"

La sonrisa de Blanca fue perdiendo intensidad al mismo tiempo que notaba como algo subía hasta la garganta y se obligó a mirar hacia otro lado.

—Con reconfortarme... —soltó descaradamente, dejando la vergüenza y los nervios de lado. Si se podía entender de la manera que a ella le parecía —o

que quería entender—, era una oportunidad que no se presentaba todos los días. O simplemente ella no estaba tan dispuesta a dejar pasar tan fácilmente. ¿Por qué no dejarse llevar un poco más? Eso no podía hacer daño a nadie—. ¿A qué te refieres?

El hombre pasó una mano alrededor de su cuello y deslizó la yema de los dedos por su mejilla, acariciándola suavemente. Blanca reprimió un estremecimiento, perdiéndose en la pasión que prometía aquella mirada y sonrió algo nerviosa.

No es que ella fuera alguien a quien ese tipo de contacto la hiciera enrojecer o poner nerviosa pero la presencia de ese hombre la intimidaba y eso le gustaba; le gustaba sentirse débil y con la necesidad de ser protegida... siempre y cuando sol fuera cuando ella quisiera ser protegida. Era una mujer fuerte; siempre lo había sido y no esperaba que eso cambiara nunca.

—De este tipo —susurró él, acercando sus labios a su oído.

—Tal vez no me importe ser reconfortada de esa manera —dijo con suavidad, saboreando el cosquilleo que le producía el calido aliento del hombre en su piel.

—¿Entonces nos vemos después?

Blanca asintió con la cabeza, notando como sus labios se curvaban de mal humor al sentir que ese cuerpo se alejaba del de ella.

—Vale... ¿y quedamos?

Bueno, ya puestos a hacer una locura, al menos la iba a hacer bien.

—Iré a buscarte a la salida del trabajo.

—¿De mi trabajo?

Blanca no pudo ocultar la sorpresa en su voz. ¿Pensaba ir a buscarla al patio de un colegio público rodeado de chavales con una capacidad de retorcer las cosas superior a la media? Y lo que era peor, de cientos de jovencitas con las hormonas mucho peor que las suyas en ese momento que posiblemente se volverían locas al ver a un hombre como aquel.

—¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno —Blanca suspiró—. Pero trabajo en un colegio...

—Un lugar perfecto.

—Ya...

¿Se estaba burlando de ella? Era difícil saberlo.

—¿Paso a recogerte a las seis?

—Hmm —Blanca echó cuentas rápidamente y aceptó con la cabeza, segura que podría terminar con todas las tareas a tiempo antes de esa hora y volvió a mirar al hombre—. Aún no sé tu nombre.

—Edgar.

—Edgar —repitió ella—. Yo soy...

—Blanca. Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Cómo...?

¿Lo sabía? La mirada, la expresión de Edgar era de complicidad, de misterio y no ayudaba que tuviera en sus labios una sugerente sonrisa. Oh, bueno. Blanca apartó la cabeza. No iba a caer en ese tipo de juegos. Ya no tenía quince años. Seguramente se había quedado con su nombre cuando Carlos la hubiera llamado. Sí, ese era el único misterio.

—Vale, decidido —continuó Edgar sin borrar la sonrisa—. Nos vemos dentro de unas horas.

—Claro.

Blanca le despidió estúpidamente con una mano y esperó a que se alejara con ágiles pasos hasta perderlo de vista y tras asegurarse de que Carlos no aparecería finalmente, suspiró y se dio la vuelta, volviendo a mirar el

escaparate.

—Espera... —murmuró, mirando unos bonitos zapatos negros con más tacón del que usaba habitualmente—. ¿Cómo sabe donde trabajo?

Capitulo 4

Edgar salió de la ducha y se puso un albornoz gris antes de salir del cuarto de baño y echó un vistazo al salón, deteniéndose en el rostro sonriente y burlón de su amigo Jeyson.

—¿Una cita con una mujer que acabas de conocer?

—No pienso seguir hablando de esto contigo.

—Y no es una de esas despampanantes mujer de clubs nocturnos, no, es nada

menos que una profesora.

—¿Piensas comprobar hasta dónde es capaz de llegar mi paciencia?

Jeyson se puso a reír y levantó la copa que familiarmente se había tomado la osadía de coger de su buena colección de licores.

Edgar suspiró e hizo lo mismo que su amigo. Fue hasta el pequeño rincón que tenía habilitado como bar y se sirvió una copa antes de sentarse en una de las sillas altas y se llevó la copa a los labios, ignorando la cada vez más burlona sonrisa de Jeyson. ¿No iba a dejarlo en paz con ese tema? La culpa la tenía él por decirle la verdad.

—¿Y bien? ¿Irás a recogerla al colegio?

—Sí.

No merecía la pena alterarse.

—¿Hablas en serio? ¿Iras a buscar a una mujer al patio del colegio?

—Haces que suene terrible.

—Es terrible.

—Haces que suene como si estuviera cometiendo un delito.

—¡Dios! ¡No! Es una profesora, ¿verdad?

—¿No acabo de decirte que sí? —Edgar volvió a suspirar—. Nos conocimos cuando éramos niños. Su padre y el mío trabajaron juntos unos años y nos vimos varias veces. La reconocí hace un par de meses cuando la vi con sus

padres y me pusieron al tanto de su vida, pero ella no parece recordarme.

—Tengo entendido que eras más gordito por aquel entonces.

—Algo, sí.

—Es imposible reconocerte ahora. Te has convertido en un completo semental.

—Que me lo digas tú hace que se me atragante lo que estoy bebiendo.

Jeyson se puso a reír con ganas.

—¿Y cuales son tus planes con esa profesora amiga de la infancia?

—No tengo por qué responder a eso.

Su amigo levantó la copa y movió el licor oscuro, posiblemente mirándolo a través de él.

—No me digas que estás enamorado de esa mujer.

Edgar abrió la boca para responder pero decidió volver a cerrarla y guardar silencio. ¿Enamorado? Blanca había sido su primer amor, un amor de niños demasiado inocente como para que su cuerpo reaccionara de una manera como aquella al tenerla cerca, al tocarla. Deseo. La deseaba. Y mucho.

Se bebió de un trago el resto de la copa y se levantó, consultando la hora en el reloj y decidió entrar en la habitación para buscar algo para ponerse para su cita.

—Aún no me has respondido —escuchó a Jeyson desde el salón.

—No tengo nada que responder. Por cierto Jeyson —Edgar sacó varias camisas y las fue dejando sobre la cama y después hizo lo mismo con las corbatas y los pantalones y comenzó a seleccionar el conjunto—, ¿piensas quedarte mucho más en mi casa?

Se escucharon las risas de su amigo.

—¿Me estás echando?

—Si lo hago, ¿te irías?

—Con que me digas que tienes planeado traer a tu chica aquí, me vale para marcharme y no dejar rastro de mí por tu hogar.

—Vale, lárgate.

—Pero si aún no me has dicho que planeas traerla. Además, quiero verla. ¿Te espero aquí o te acompaño a recogerla al colegio?

Edgar apretó con fuerza la corbata en el puño y giró el cuello para fulminar a su amigo con la mirada. Jeyson se había acercado hasta la puerta y sonreía en la puerta, mirando a ropa sobre la cama. Aún mantenía la copa en la mano; una vez más a rebosar.

—¿Planeas volverte alcohólico?

—Tú alcohol es del mejor.

—Sí, y también es caro. Así que deja de bebértelo.

—No seas tan tacaño. Aunque tenemos el mismo puesto, yo cobro menos que tú.

Edgar se echó a reír.

—Sí, por supuesto, ¿cuánto menos?

Jeyson también se puso a reír.

—Intentando cambiar el tema, ¿eh?

—No cambio de tema. Lárgate. No hay nada más que hablar y ni se te ocurra aparecer esta noche.

—Ni siquiera planeas presentármela.

—Por supuesto que no. Los dos sabemos lo que ocurriría si te la presento, así que...

Los dos amigos se miraron durante unos instantes y finalmente Jeyson levantó las manos, moviendo peligrosamente el líquido de la copa en el interior.

—Lo he captado, macho.

—Pues sí lo has entendido, largo.

—Que poco significa para ti la amistad.

—¡Largo!

—Vale, vale.

Jeyson se echó a reír y sin derramar una sola gota del licor en la alfombra, se dio la vuelta y se alejó hasta el salón. Ya allí, lo escuchó dejar la copa sobre

la superficie de la mesa —vacía, seguramente—, y después como cerró la puerta.

Capítulo 5

—¿Una cita con quién?

Blanca dejó los exámenes sobre la mesa y miró a Dianna con expresión resignada. Era una buena tarde, ya que Carlos había tenido que llevar a una de las clases a una exposición y no había tenido que encontrárselo. Imaginaba que, aunque Carlos mantuviera las apariencias, ya la situación por sí sola sería bastante incómoda. Sobre todo porque todos sabían que estaban saliendo y también sabían la relación que parecían mantener Carlos y Sandra. ¿Se había cansado ya de las miradas de lastima que siempre le habían lanzado?

—¿Te importaría hablar más bajo?

Dianna alzó la mirada para lanzar una furtiva mirada al resto de profesores y se sentó apresuradamente en la silla de al lado, alrededor de la mesa ovalada del despacho de profesores.

Otra de las cosas que Blanca agradecía en ese momento era que Sandra fuera profesora de gimnasia y no tuvieran que verse mucho.

—Vale, cuéntame, ¿qué ha pasado?

Blanca se encogió de hombros, intentando restar importancia al asunto y comenzó a corregir los exámenes sin prestarles realmente atención. Tenía la mirada más puesta en la hora que marcaba el reloj que en cualquier otra cosa. Incluso Dianna estaba de más en ese momento en su opinión. Iba a comenzar a tener un ataque de taquicardia en cualquier momento si trataban de mantener una conversación con ella en ese momento.

—No ha pasado nada. Lo he dejado con Carlos.

—¿En serio? ¿Y entonces con quién tienes la cita que acabas de decirme que ya tenías planes?

Volvió a encogerse de hombros sin que esa indiferencia realmente le llegara al interior.

—Edgar.

—¿Edgar? ¿Quién es ese? No lo conozco.

—Curiosamente a mí también me resulta familiar...

Lo había estado dando vueltas desde que lo había dejado. ¿No tenía ese hombre algo que le resultaba familiar? Pero seguía sin ver de qué lo podía conocer. Era obvio que si alguna vez se hubiera topado con ese hombre —

fuera el lugar que fuera—, no hubiera pasado desapercibido... ¿de qué entonces?

—Espera, ¿intentas decirme que no lo conoces?

Dianna la miró sorprendida.

—Lo conozco —soltó Blanca, echando la silla hacia atrás. Tal vez era mejor no intentar corregir los exámenes en ese momento. Lo haría después—. Lo conocí hace unas horas cuando discutía con Carlos.

La boca de Dianna se abrió exageradamente.

—¿Vas a salir con un extraño que acabas de conocer?

—¿Por qué es tan raro?

—Raro no... ¿acaso tienes quince años?

—No.

Se levantó y metió los exámenes en una carpeta.

—¿Y qué hay de Carlos?

Esa pregunta estaba de más y Blanca se aseguró de demostrárselo con la mueca que puso al pasar por su lado.

—Ya es mayor para cuidarse por sí mismo. Además, si necesita algo siempre puede pedírselo a Sandra, ¿no?

—Sí, bueno... —Dianna parecía incómoda—, pero, ¿qué opina él de tu cita?

—Bueno, creo que me importa poco su opinión.

Como respuesta, Blanca vio descorazonada como Carlos entraba en ese momento en la sala y saludaba con una expresión huraña antes de buscarla con la mirada y lanzarla una furiosa mirada antes de acercarse a ella.

—Te dejaré sola —dijo Dianna apartándose.

—No es necesario —le pidió ella sin ganas de hablar con Carlos—. No tenemos nada de que hablar realmente.

—Yo sí tengo algo que decirte. Salgamos fuera.

Blanca bufó y lo miró a la cara, cruzando los brazos alrededor del pecho.

—Salir, ¿a dónde?

—Quiero hablar y este no es el mejor sitio.

—Si vas a gritarme o insultarme, este es, en mi opinión, el mejor lugar.
Adelante habla.

—Hhe dicho que aquí no.

Carlos miró a su alrededor. Varios de los profesores habían comenzado a prestarles demasiado atención y eso no era algo que a Carlos le gustase.

—Está bien —suspiró Blanca—. Terminemos con esto de una vez.

Caminó con pasos rápidos hasta la salida y cuando encontró las ganas que necesitaba para aquello, se dio la vuelta y lo encaró.

—¿Qué...?

—¿Quién es ese tipo?

—¿Ese tipo?

¿Eso era lo único de lo que quería hablar?

—Quién mierda eres ese tipo, sí, es lo que quiero saber.

Blanca hizo una mueca. No podía creérselo. Al menos había esperado una escenita de celos, pero no, lo único que le importaba era que alguien mejor que él hubiera aparecido. 'Carlos tenía demasiado alto el ego como para creer que alguien como Edgar existiera y pudiera competir. Simplemente sentía que su orgullo había sido herido. ¿Eso era lo único que había significado para él?

—Sea quien sea no te importa. Y ahora déjame.

—¡No! —Carlos le agarró el brazo con fuerza y tiró de él—. ¿Te has acostado ya con él?

—¿Qué?

—¿Desde cuándo lo ves? ¡Me has estado engañando!

Blanca volvió a bufar y se soltó de un tirón.

—Respondeme algo antes —soltó ella de mal humor, furiosa—. ¿Desde cuándo te acuestas con Sandra?

—No estamos hablando de Sandra.

—Te equivocas. Yo sí estoy hablando de Sandra. ¿Desde cuándo tenéis esa relación?

—No cambies de tema a tu antojo. ¿Me estás escuchando? ¡Maldita sea!

—¡No me grites!

—¿Desde cuándo lo conoces?

Blanca apretó con fuerza los labios. No iba a responder ninguna de sus preguntas, no tenía por qué hacerlo...

—Desde hace más de veinte años.

Blanca giró la cabeza sorprendida, al igual que lo hizo Carlos que cambió su

expresión de asombro por una de furia al ver a Edgar caminar elegantemente hacia ellos.

Capítulo 6

Blanca se dejó caer en el bonito sofá de cuero negro que adornaba el amplio salón y esperó a que Edgar volviera con dos copas.

—¿Veinte años? —rió nerviosa, retomando la acalorada discusión que habían tenido con Carlos hacía menos de una hora—. No creo que Carlos se lo haya creído tampoco.

—¿Por qué? —dijo Edgar, meneando el líquido de su copa sin dejar de mirarlo—. No he mentado.

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—¿No me recuerdas?

Blanca apartó completamente la copa y lo miró con los ojos entrecerrados, ahora muy interesada.

—Me resultabas familiar... —reconoció—, de alguna manera. Pero no sé de qué.

Edgar la miró con una sonrisa y se sentó en el respaldo del sillón, cerca de ella y acarició su mejilla con el cristal de la copa.

—No me recuerdas...

—Pero me resultas familiar —le interrumpió Blanca rápidamente, sin dejarle terminar de hablar muy a la defensiva.

Era desagradable suponer que conocías a alguien, alguien que sin lugar a dudas tenía que haber marcado su vida —no había otra explicación a la manera que reaccionaba su cuerpo ante él—, y no acordarse de él.

—Como decía —continuó Edgar con una sonrisa divertida—, si no me conoces debo imaginar que te vas con cualquier desconocido.

Blanca lo miró mal. Era imposible saber si lo que acababa de decir era una broma o no.

—No, por supuesto que no —dijo de mal humor, enfadada—. Sólo con aquellos que me vuelven loca sexualmente.

Lo suyo sí había pretendido que fuera una broma, pero Edgar dejó de sonreír y tras unos segundos en los que Blanca pensó que sucedería algo terrible, el hombre dejó las dos copas en la mesa y la agarró tras el cuello, besándola

apasionadamente.

—Entonces sólo vente conmigo.

—¿No es esa una propuesta muy presuntuosa?

—¿Crees que lo es?

Edgar inclinó la cabeza y besó su mejilla antes de deslizar la lengua por su cuello.

—Lo es —musitó ella con voz débil, aferrándose al cuerpo de Edgar cuando la empujó hacia abajo y la tumbó en el sofá, acomodándose sobre ella.

Cuando levantó la cabeza para mirarla, sus ojos ardían en deseo y Blanca se vio reflejada en ellos. ¡Como lo deseaba!

—¿Y si te dijera que llevo años deseándote, esperando este momento?

Una de sus manos acarició su pecho y Blanca rió como una tonta.

—No te creería, evidentemente.

Edgar también rió y volvió a besarla, echándole el cabello hacia atrás . Los dos se desnudaron lentamente, saboreando sus cuerpos, sin dejar de besarse ni acariciarse y cuando Edgar comenzó a explorar con sus dedos en el interior de sus bragas, Blanca arqueó la espalda hacia delante, deseando que ese momento llegara cuanto antes y Edgar besó su cuello y sus hombros mientras bajaba aún más despacio la prenda y levantaba sus piernas, sujetándoselas en sus hombros y cuando al fin la penetró, Blanca gritó, sumergiéndose en el placer que su miembro duro le producía al adentrarse caliente en su interior.

—¿Estás bien?

La voz de Edgar llegó hasta ella como una dulce melodía y como respuesta, Blanca levantó los brazos y rodeó su cuello, besándolo en los labios un instante.

—Muévete —pidió con voz lastimosa.

—Como desees.

Blanca sonrió melosa y Edgar comenzó a moverse en su interior, embistiéndola una y otra vez hasta que en un grito de placer los dos llegaron al orgasmo y Edgar se tumbó sobre ella, antes de rodar a su lado y aferrarla con los brazos.

Durante unos minutos ninguno dijo nada, respirando entrecortadamente mientras los dos se calmaban. Blanca podía sentir el movimiento de la respiración agitada de Edgar a su espalda y su piel calida en la de ella.

—¿Por qué dijiste que me conocías?

No es que tuviera importancia en ese momento la pregunta, pero una levísima esperanza asomaba por su pecho. ¿Realmente quería volver a verlo, volver a encontrarse con él? No necesitaba darse una respuesta. Nunca había deseado tanto algo... ¿amor? Si conectaba en la cama, el amor solo vendría después.

—Veo que realmente no te acuerdas de mí.

Blanca intentó girar la cabeza para mirarlo.

—¿Recordarte? ¿Debería?

—Eramos niños aún. Pasé un verano en tu casa porque mi padre me dejó con los tuyos en un viaje de negocios.

—Oh... —Era verdad. Había un chico que había pasado un verano en su casa y ella se había dedicado a intimidarlo y obligarle a hacer lo que ella quería—. Oh —repitió avergonzada, volviendo a mirarlo—. ¿No has cambiado un poco?

Edgar se echó a reír.

—Crecí.

—Ya... no me refiero solo a eso... Eras... gordito... tenías unos mofletes que...

—Era un niño.

Edgar trató de mostrarse enfadado pero no lo consiguió; la apretó con más fuerza.

—Y ahora eres un hombre.

—Un gran hombre.

—Vaya que sí —reconoció ella sin vergüenza—. ¿Me reconociste de verdad?

—Ahhh —dijo él, ampliando la sonrisa y mostrando una burlona—. ¡Es el poder del amor!

Blanca puso los ojos en blanco e intentó darle un codazo, pero Edgar le sujetó el brazo y volvió a abrazarla.

—Por casualidad —dijo Blanca tras otros instantes en silencio—, ¿intentas declararte?

—Vaya —se quejó Edgar aún sin conseguir poner enfado en el tono de su voz

—. Pensaba que ya me habías aceptado, ¿o también te acuestas con cualquiera?

Blanca intentó darle otro codazo y esta vez lo consiguió.

—Por lo último que has dicho, me lo pensaré.

Y escuchó la risa de Edgar al lado de su oído antes de volver a sentir sus labios en la piel desnuda de su espalda.

FIN

AMOR POR ACCIDENTE

ANNA SANZ

Capítulo 1

Anny cruzó las piernas nerviosa y sonrió tímidamente mientras esperaba en la sala de espera, con la familia reunida del hombre al que acababa de atropellar y que no dejaban de lanzarle miradas entre la furia y el rencor.

Ya había hablado con la policía, incluso había entrado con él en un ataque de pánico... pánico al comprobar que se había abalanzado con el coche sobre el

hombre equivocado.

Desde hacía dos semanas, Anny había estado desempleada, sin trabajo por culpa de su jefe que literalmente la había echado del trabajo con excusas incoherentes, pero aceptadas ya que era el hijo del jefe, para meter en su lugar a una bonita y exuberante mujer que parecía tener más pecho que inteligencia, pero que posiblemente fuera un análisis prematuro hacia la mujer por culpa de la rabia y el resentimiento.

Entre Samuel y ella nunca había habido un trato diferente al profesional, nunca se habían preguntado como se encontraban, ni siquiera cuando ella lo había visto cabizbajo con las manos en la cabeza al entrar en su despacho a entregarle algo o para avisarle de una visita. No entraba dentro de lo que ella entendía como secretaria el interesarse por su vida privada o sentimental y, por supuesto nunca había permitido que la viera como una mujer, al menos no en el sentido de que pudiera malinterpretar una sonrisa o un gesto... pero hasta el momento que Samuel le había anunciado su despido por alguien más

cualificado, Anny hubiera jurado que su trabajo era excepcional, en todos los sentidos y su aspecto siempre perfecto. Le gustaba vestir a la moda y simplemente se había abstenido de usar sugerentes falditas u otras prendas más llamativas.

¡Pero la cuestión es que la habían echado! ¿Y cómo seguía pagando ahora el alquiler del piso? En una desesperada idea había ido a ver a Samuel para que considerara la idea de volver a contratarla, pero encontrárselo abrazado besuqueando a su nueva secretaria mientras le metía la mano debajo de su cortísima falda... No se acordaba muy bien qué era lo que había hecho pero habían terminado llamando a seguridad y la habían echado de patitas a la calle.

Humillante, sí, y después de rumiar lo sucedido en casa, de hablarlo con las paredes y dejar que la rabia le nublara la razón, no se le había ocurrido otra cosa que vengarse, atropellándolo a la salida del trabajo, a la dos menos tres minutos como siempre salía del edificio de oficinas.

El resultado había sido ese, aparte de desastroso, se encontraba fichada por la policía como intento de homicidio y posiblemente estaba siendo odiada por los miembros de la numerosa familia de su víctima.

¿Pero cómo iba a saber ella que Samuel no era el único hombre que saldría a las dos menos tres minutos? ¿Tanta gente rara había en el mundo? ¿O era casualidad? Lo peor era que Samuel no había aparecido por ningún lado al final.

¡Y ella iba a pasar el resto de su existencia en la cárcel!

Irónicamente, sus preocupaciones habían pasado de no tener trabajo y poder

perder su piso a sufrir el resto de su vida dentro de una prisión. ¿En qué había estado pensando?

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

Anny parpadeó, mirando a la que suponía era la madre de su víctima, más que nada porque era quien peor parecía haberse tomado que alguien hubiera atropellado al hombre de quien no conocía ni su nombre.

—Ah... Anny....

—Anny —repitió la mujer y Anny sintió un estremecimiento por la manera que ella lo dijo.

Iba a ser duro estar ahí mientras alguien les avisaba como había ido la operación, pero Anny necesitaba saber si la denunciarían por intento de asesinato o por asesinato. No entendía mucho de leyes pero imaginaba que una cosa sería diferente a la otra.

—Fue un accidente, lo siento —dijo con un nudo en la garganta.

Veía su futuro muy negro... y nunca mejor dicho.

La mujer resopló con fuerza y se llevó un pañuelo a la boca para controlar los sollozos y una mujer y el que Anny supuso era su marido y padre de la víctima, acudieron a ella corriendo.

—Tranquila, mamá, Neil saldrá bien; es muy fuerte.

Y eso era exactamente lo que ella esperaba; que saliera bien o se convertiría automáticamente en una asesina. Tampoco había pretendido matar a Samuel, solo darle un susto... ¡Era una asesina!

La mujer le lanzó una nueva mirada cargada de odio en sus llorosos ojos y se apoyó en su marido.

Durante algo más de una hora, Anny esperó tan impaciente como el resto de la familia y puede que peor que ellos, ya que no compartieron con ella lo que el médico fue a decirles a lo largo de la hora, y tampoco ayudó que la madre de

Neil se pusiera a llorar con más fuerza y acudieran de nuevo en su apoyo, susurrando algo mientras lanzaban furtivas miradas en su dirección.

—Genial —murmuró, echando un vistazo a los dos policías que habían permanecido vigilándola para que al único lugar al que pudiera acudir fuera la comisaría—. Derecha a prisión.

En ese momento apareció una vez más el médico y Anny se apartó de la pared en la que estaba apoyada y se acercó un poco para escuchar aún más aterrorizada al médico.

—Ya está despierto, aunque la anestesia ha sido local, preferimos que no sea molestado mucho... las visitas.

—¡Este muchacho siempre igual! —protestó la mujer, cruzándose de brazos.

—Pero Bety, eso significa que está bien.

Y que ella no era una asesina. Se llevó una mano al pecho y suspiró aliviada.

—Cualquier cosa con tal de no ver a su familia.

—Tal vez no deberías agobiar tanto al niño.

—¡Al niño un cuerno! Ya tiene treinta y cinco años! ¡Ya está muy crecido!

Anny escuchó la discusión familiar entre la congoja y el alivio y se adelantó unos pasos, carraspeando disimuladamente para hacerse notar y todos se giraron para mirarla, callándose bruscamente.

—¿Eres la del accidente?

Al menos fue el médico quien habló.

—Eh... Sí.

Era bastante desagradable tener todas las miradas fijas en ella, por lo general hostiles, pero Anny se mantuvo lo más derecha que pudo. Era complicado dar una explicación y más cuando una disculpa estaba de más, pero al menos su víctima parecía estar más que vivo y sin posibilidades de morir. ¿Por qué no se lo habían dicho antes? Se habría ahorrado una buena dosis de ansiedad sobre la posibilidad de convertirse en una asesina y podía haber gastado todas esas energías en preocuparse en lo que iba a hacer cuando tuviera que enfrentarse a la justicia. ¿podría alegar demencia momentánea? Era obvio que esa familia quería destrozarla y por las pintas que tenían imaginaba que podían permitirse un buen abogado... algo que ella no, y menos desde que Samuel la había despedido.

—El paciente, el señor Neil Dawman ha preguntado por ti.

Capítulo 2

Anny abrió la boca para decir algo sin pensar, pero la volvió a cerrar cuando escuchó el bufido de la madre de Neil y giró el cuello hacia ella. La mujer ya ni la miraba, sino que tenía toda su atención en el médico, con los brazos cruzados y expresión de estar a punto de matar a alguien.

—Va a ser difícil salir de esta —musitó Anny en voz muy baja para que nadie pudiera escucharla.

—¿No acabas de decir que está débil y es mejor que no reciba visitas?

El médico sonrió con paciencia.

—Sí, lo he dicho.

La mujer volvió a bufar.

—¿Y ella puede entrar pero su familia, ¡su madre! no puede?

El médico se mantuvo sereno pese a que el tono y la expresión de la mujer se hicieron más peligrosas.

—Señora Dawman, relájese, no he dicho en ningún momento que no pueda ver al paciente, solo que moderen las visitas y la cantidad de personas a la vez —
Hizo una pausa con una nueva sonrisa—. Además, él ha pedido que entre ella

primero.

La mujer volvió a bufar.

—Ha intentado matarle y ella puede verlo primero. ¡Es el colmo!

—No intentaba matarle —se defendió Anny por octava o novena vez. Ya ni se acordaba—. Fue un accidente.

A quien había intentado matar era a otro. Pero ese no era el mejor momento para decirlo en voz alta. Posiblemente era mejor no decirlo nunca en voz alta.

—¿Me acompañas?

El médico señaló con una mano la puerta de la sala de espera y Anny se apresuró a salir de allí, segura que se lanzarían contra ella en cualquier momento si permanecía dentro mucho más tiempo.

—Está bien, ¿verdad?

—No va a morir —aseguró el médico—. Perdió el conocimiento por el golpe en la cabeza pero tras las pruebas y la recuperación de consciencia, eso no le traerá ningún problema. Lo peor es el brazo. Tardará un tiempo en volver a usarlo. Pero nadie se muere de algo así.

Se detuvo frente a una puerta y antes de abrirla volvió a girarse hacia ella.

—La policía me ha pedido un informe y han pedido hablar con Neil —dijo suavemente—. Cuidado con lo que dices adentro.

Y abrió la puerta, dejándola entrar antes de cerrarla a su espalda.

Sin sangre, Neil era un hombre apuesto, incluso con un a gran escayola en el brazo y varios vendajes por la cabeza y el pecho desnudo. Su cabello rubio caía por debajo de su cuello y sus ojos celeste la miraban con una pizca de arrogancia.

Automáticamente, Anny supo que no se llevarían bien.

—Así que eres tú quien ha intentado matarme.

Anny puso mala cara y se acercó vacilante hasta el borde de la cama, recordando las palabras del médico de que tuviera cuidado con lo que decía, ¿habría alguna posibilidad de que pudiera salir de esa sin que la encerrasen en la cárcel?

—Fue un accidente —repitió una vez más. Llevaba repitiéndolo tantas veces que comenzaba hasta a creérselo ella.

—Muy desafortunado, al menos para mí.

—Lo siento —dijo a regañadientes, sosteniéndole la mirada sin ningún problema—. ¿Vas a presentar cargos?

—Me has atropellado en lo que a mi me ha parecido que era un atropello intencionado, ¿crees que debería presentar cargos? Es evidente que si no hago algo al respecto igual la próxima vez no tengo la misma suerte, ¿no te parece?

—No sé de lo que me estás hablando.

Maldita sea, vaya que si lo sabía. Y todo por un maldito error.

—Dime, ¿cuál es el problema que tienes conmigo? —Anny enarcó una ceja.

Para ser alguien que acababa de ser operado, su capacidad cerebral estaba de auge. Neil se sentó en la cama y se colocó con esfuerzo, usando una sola mano, la almohada en la espalda—. Pensaba que igual eras una amante furiosa, pero no te conozco, así que no parece ser el caso.

Una ex amante querría decir ese despreciable presuntuoso. Anny respiró con fuerza y se recordó, con esfuerzo, que intentaba evitar pasar un largo tiempo en prisión.

—No soy una amante despechada —No tenía un gusto tan retorcido en hombres, aunque admitía que tenía un puntazo aquel hombre. Su musculoso cuerpo, su piel bronceada, su mirada... su arrogancia innata, el tono de su voz... ¿en qué estaba pensando?—. Es más, es la primera vez que te veo.

—¿Entonces qué problema tienes conmigo?

—Ninguno.

—¿E intentaste atropellarme porque...?

Anny respiró con fuerza y tras unos segundos de reflexión en los que ninguno de los dos apartó la mirada, dijo:

—No era a ti a quien quería atropellar.

Ya está; ya lo había dicho. Que ahora sucediera lo que tuviera que suceder.

—¿No era yo? —su voz no cambió—, ¿entonces a quién querías atropellar?

Anny volvió a respirar con fuerza.

—A mi jefe.

Neil la miró sorprendido.

—¿Acoso?

—Me despidió.

—¿Querías matarlo porque te despidió?

Anny miró a su alrededor y se acercó a una de las sillas acolchadas que había en un extremo de la pared y la acercó a la cama, sentándose a su lado.

—Necesitaba el trabajo, él lo sabía, me usó mientras el negocio no era bueno, y ahora me cambió por una secretaria con quien comparte también la cama.

¿No tengo derecho a estar furiosa?

Neil se movió incómodo y trató de ajustarse mejor las almohadas de la espalda, haciendo una mueca de dolor.

—Tienes derecho —dijo él con una sonrisa arrebatadora—, pero matarlo...

—¡No pretendía matarlo! Solo quería asustarlo un poco... pero se me escapó de las manos y al final... resultó esto.

Su voz fue apagándose poco a poco y se quedaron en silencio hasta que Neil se echó a reír.

—Vale, lo siento —terminó él, tratando de dejar de reír pero conteniendo mal la risa—, pero recuérdame que nunca se me ocurra contratarte.

Anny apretó los dientes con fuerza.

—¿Vas a mantener la denuncia?

Neil dejó de reír completamente y esbozó una sonrisa tan arrogante como su mirada, pasándose la mano para apartarse el pelo de la cara.

—Me caes bien...

—Gracias.

Anny suspiró aliviada. Después de todo iba a salir ilesa de toda esa historia.

—No me las des aún —aseguró él manteniendo la sonrisa y la mirada fija en ella—. Habrá un precio.

Demasiado bonito para ser verdad después de todo. Anny controló la ira y apretó los puños sobre sus pernas para morderse la lengua.

—¿Qué precio? Te recuerdo que no tengo trabajo y no dispongo de dinero.

Era obvio que nadie intentaba atropellar a quien le ha despedido si se bañaba en billetes.

—Según tengo entendido, mi encantadora familia está fuera... —parecía disgustado—. Y como verás esa situación es por tu culpa.

Trató de mostrar la escayola.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Los mando fuera?

Neil sonrió con desden.

—Has conocido a mi madre, ¿verdad?

Desafortunadamente...

—Sí, estaba en la sala de espera, con el resto de tu familia... Muy preocupada.

—Seguro que lo estaba —¿Había amargura en su voz?— Y dime, ¿crees que podrías echar a una mujer así solo pidiéndoselo?

Anny enarcó una ceja y guardó silencio un momento.

—Posiblemente no.

—Ni tú ni nadie —aceptó Neil con un suspiro, volviendo a acomodarse torpemente las almohadas—. Pero necesitare ayuda durante pase wl tiempo de esto —levantó el brazo escayolado—. Y ahí es donde entra tu precio.

Anny volvió a ponerse a la defensiva, pasando de mirar la escayola a mirar sus ojos.

—¿Y es...?

—Diremos que no fue un intento de asesinato —sonrió divertido y Anny se recordó que no quería pisar la prisión—. Tú eres mi novia, mi pareja más correctamente. Vivimos juntos y lo sucedido fue una negligencia de ambos. Ya se me ocurrirá algo. Y tú me cuidarás ese tiempo, así que mi madre tendrá que mantenerse lejos de mi casa y yo me ahorraré sus cuidados. Estoy seguro que te puedes hacer una idea de lo que estoy hablando.

Anny pasó eso por alto y decidió centrarse en la parte más importante, o la única importante, al menos para ella, y miró alucinada a Neil, esbozando una sonrisa que no sabía muy bien qué transmitía.

—Estás de broma, ¿verdad?

—¿Tengo cara de estar de broma?

Anny respiró con fuerza y se cruzó de brazos, sin dejar de mirarlo en ningún momento.

—La respuesta es no.

—Bien —aceptó Neil sin inmutarse—. Si yo tengo que estar varios meses soportando los agobiantes cuidados de mi madre, yo seguiré con la denuncia. No sería muy razonable que solo yo tuviera que sufrir las consecuencias de tus actos, ¿no te parece?

Anny se levantó bruscamente, echando la silla hacia atrás y ésta cayó al suelo, haciendo un ruido seco.

—Por mí te puedes pudrir en el infierno.

—Nos pudriremos los dos.

Anny bufó y se dio la vuelta, pero cuando llegó a la puerta y agarró el manillar, se detuvo y lo apretó con tanta fuerza que sintió dolor en la mano y con rabia abrió la boca.

—¿Y qué tendría que hacer? —murmuró, conteniendo mal la rabia, sin darse la vuelta.

Maldita sea, maldita sea....

—Lo típico —dijo él en un tono que hacía que Anny apretara con más fuerza el manillar—. Vivirás conmigo, así que, darme de comer, ayudarme a bañarme y vestirme, llevarme al trabajo... —¿Quería una novia o una sirvienta?—. Y, por supuesto, me complacerás en la cama.

Capítulo 3

Neil escuchó a medias a su madre, algo sobre lo mal hijo que era, lo poco que se juntaba con su familia, lo denigrante que había sido por su parte que le ocultase la existencia de Anny. ¡Incluso viviendo juntos! Se había llevado dramáticamente la mano a la boca como si hubiera estado llorando. Un drama muy bueno, por supuesto, pero conocía a su madre desde hacía más de treinta

años y ya hacía varios años que había entendido que la mujer que tenía frente a él, perfectamente arreglada y con olor a jazmín, era puro hierro; sin corazón diría sino hubiera sido porque sabía que quería a su familia con locura, demasiado tal vez, al punto de la obsesión y con claras dosis dispuesta al agobio si se le permitía. Ese era el motivo por el que él había decidido limitar sus visitas y llamadas... hasta ahora.

Desde el accidente era imposible evitarlos. Se habían pegado a él como si quisieran compensar el tiempo que había estado evitándolos y no había tenido un instante de paz, aunque la presencia de Anny había ayudado bastante, muy forzada al principio, sobre todos cuando todos se enteraron de que era su pareja y llevaban varios años viviendo juntos. Habían pasado de la sorpresa a la negación y después a los reproches. Incluso le habían llegado a preguntar si tenían algún hijo y también se le había pasado comentarlo. Su madre, por supuesto, había hecho alarde de su habitual acidez y lengua viperina.

—¿Me estás escuchando?

Neil apartó de mala gana la mirada de Anny que increíblemente voluntariosa, desde el primer encuentro con su madre al llegar a su piso tras el alta en el hospital, se había puesto a pasar el aspirador por todo la casa, tomando especial interés en ponerlo a toda potencia cuando llegaba al salón.

—¿Qué decías?

Su madre farfulló algo y giró el cuello para lanzarle una significativa mirada a Anny, quien evitó encontrarse con su mirada, girándose completamente hacia el otro lado.

—¿No puede pasar el aspirador en otro momento?

—¿Por qué no se lo dices tú? —la desafió Neil, señalando a su supuesta novia con la cabeza, quien, aunque pretendía no escuchar nada, le lanzó una airada mirada; una de tantas, ya que desde que había aceptado su propuesta, no había dejado de mirarle con ira.

Era uno de tantos aspectos que iba conociendo de ella y que le gustaba disfrutar provocándola. Estaba bastante guapa con el ceño fruncido, soportando sus exigentes e infantiles mandatos y también discutía mucho, por todo, aunque se mantenía callada y con una falsa sonrisa cada vez que llegaba alguien de su familia, a excepción de su madre, con quien tras varios intentos por ser amable y de demostrar una paciencia admirable, había terminado explotando y discutía como si fueran suegra y nuera de verdad.

Neil había llegado a escuchar barbaridades en sus discusiones, incluso al

punto de declarar cada una de ellas sus derechos sobre él. Anny se había metido tanto en su papel que él no había podido evitar recordarle sus derechos maritales, algo que una caliente Anny le había soltado que si llegaba a tocarla le estamparía los cinco dedos de la mano en su perfecta piel de la cara. Después lo había echado para prepararse su cama improvisada en el sofá.

Anny había dejado bien claro que no tenía intenciones de acostarse con él. De ninguna manera, había dicho ella exactamente y hasta había asegurado que prefería pasar el resto de su vida en prisión antes de tener sexo con él.

Neil se había reído y había dejado estar el tema, sin darle muchas vueltas, pero no negaba que tras esas semanas, lo que había pretendido ser una broma no se había convertido en algo mucho más real.

La deseaba.

Esa era la palabra. No era la primera vez que imaginaba inclinándose para besar su piel blanca que sobresalía en su cuello, apartar aquellos cabellos trigo y deslizar sus manos por aquellas formas que se abultaban tras la ropa.

No solo eso, la quería en su cama, bajo su cuerpo, y quería hacerle el amor.

Pero su inicio no había sido el más adecuado para hablar de algún tipo de relación más íntima. Y también sabía que él no se hubiera fijado en ella antes si no se hubiera visto obligado a hacerlo tras el accidente. Habían estado trabajando juntos durante años, en el mismo edificio de oficinas, en varias plantas de distancia y estaba seguro que debían de haber coincidido en algún momento, pero solo tenía un vago recuerdo de ella. No es que no fuera guapa, simplemente no destacaba.

—¿Me estás escuchando?

Neil volvió a mirar a su madre, la expresión de mal humor que se le había implantado en la cara e inclinó la espalda hacia él.

—A ella la ves todo el día, Neil, al menos podrías hacerme un poco de caso cuando vengo a verte.

Neil percibió que Anny se agachaba y ponía mayor potencia en el aspirador.

—Lo siento, madre...

La mujer volvió a bufar.

—¿No tenías una empleada que te hacía las labores?

—Eso...

Realmente la seguía teniendo; Anny también se había encargado de ponerla en su lugar, siguiendo con el juego de ser su pareja y habían decidido que se tomara un tiempo de vacaciones, ya que Berta conocía bastante bien su solitaria vida y era un peligro que hablase con su madre y revelase la verdad.

—¿Ya no viene?

—Como ves, Anny es una perfecta ama de casa.

Cuando le interesaba, por supuesto.

—Pero tengo la impresión de que siempre se pone a pasar el aspirador cuando vengo yo.

Era bastante evidente, desde luego, pero aunque no lo habían hablado, suponía que a Anny le importaba poco que lo fuera.

—¿Tú crees?

—Además, no entiendo por qué ella no trabaja...

Neil también se sobresaltó cuando el aire del aspirador le dio directamente en la cara y volvió a mirar a la furiosa Anny, que bajaba en ese momento el aspirador y lo detenía con un pie, lanzándolo al suelo y se enfrentó a ellos con las manos en las caderas.

—No trabajo porque no quiera, señora.

Y el tema del despido la seguía irritando a pesar de que el tiempo seguía pasando, algo que había empezado a preocuparle a Neil. ¿Con su jefe mantenía únicamente una relación física? Esa obsesión porque la hubieran sustituido por una mujer con quien se habían liado era un poco sospechosa, al punto que le molestaba la idea de que hubiera tenido una relación con el hombre que trabajaba tan cerca de él.

—Si quieres trabajar, deberías salir y buscar uno. ¿En qué estás especializada? Puedo ayudarte, tengo muchos contactos.

Anny se mantuvo callada y lo miró de reojo. Posiblemente se moría por tragarse su orgullo y aceptar la ayuda de su madre, pero ellos ya tenían un acuerdo y dado que su madre haría cualquier cosa con tal de que Anny se encontrara fuera de la casa cuando ella llegaba... o peor aún, posiblemente así ella podría estar allí todo el día y ocupar el lugar de Anny.

—Mamá —intervino él con un suspiro moviendo la espalda para coger una mejor postura—. Necesito a Anny. Ella ya está buscando un trabajo solo porque le apetece trabajar y no estar todo el día en casa, pero no olvides que no necesita trabajar.

—¡No digo que lo necesite! Pero es joven y evidentemente se aburrirá en casa todo el día.

—No creo que eso te preocupe mucho.

—Me preocupe o no, tengo derecho de decir lo que quiera, ¿no?

—Hablar puedes, pero no de mí.

Su madre bufó y Neil carraspeó para intervenir, pero las dos le miraron furioso.

—Ya vale. Me está doliendo mucho el brazo y también conseguiréis que tenga dolor de cabeza.

Intentó ajustarse los exagerados almohadones que su madre le había puesto cuando había llegado y las dos se adelantaron a ayudarlo, lanzándose miradas de advertencia.

—¿Te importa? —soltó Anny de mal humor, arrancándole el cojín de las

manos a su madre y comenzó a quitar algunos de los que aún seguían en su espalda—. Creo que con esto también terminará con dolor de espalda.

Su madre bufó y comenzó a quitarle los cojines a Anny y a volver a ponérselos a él en la espalda.

—¡Me van a decir ahora qué es lo que necesita mi hijo! ¡Es lo que faltaba!

—Madre, por favor —la cortó Neil, quitándole los cojines y dándoselos a Anny que sonrió victoriosa a la huraña de su madre—. Ella ya sabe lo que me gusta y para ser honestos, e gusta ser mimado y cuidado con ella.

La expresión de su madre fue un poema, pero la de Anny no fue peor. Había

ensanchado la sonrisa y ni siquiera se apartó cuando Neil se atrevió a pasar una mano por la parte de atrás de su cuello y le acercó la cara, besándola suavemente en los labios sin que ninguno de los dos llegara a cerrar los ojos.

—¡Ya vale! Si lo que queréis es que me vaya, me voy, pero deberíais tener un respeto. ¡Soy tu madre, no una amiga de la calle!

Les lanzó una mirada molesta a los dos y se levantó, cogiendo el bolso antes de alejarse hasta la puerta y cerrarla con un portazo.

Capítulo 4

Anny esperó a oír la puerta para apartarse de Neil tras terminar de acomodarle

los cojines en su espalda.

En más de una ocasión lo que había deseado era apretar su brazo herido hasta escucharlo suplicar, gritar de dolor y ver una expresión de agonía en su rostro. Era lo que quería y más desde que había comenzado a darse cuenta que el hombre arrogante que le había obligado a servirle de criada y novia ante su familia, era un hombre bastante amable, incluso había comenzado a disfrutar de sus comentarios sarcásticos y sus sonrisas traviesas. Le gustaba su compañía y hasta disfrutaba de esos momentos tranquilos donde disfrutaban de una cena o un desayuno. Incluso esas películas a su lado, riendo o comentándolas mientras comían palomitas o aperitivos habían empezado a ser especiales y mientras pasaba el tiempo temía que esa comodidad se transformara en algo más... un sentimiento que no se iría tan fácilmente una vez Neil se curara y tuviera que dejar la casa.

Y llevaba peor la retorcida idea de Neil de que le ayudara a bañarse. Había asegurado que le costaba mucho asearse con una mano. Al principio, Anny

había aceptado, con aires mientras lo trataba como a un completo inútil y no dejaba de decirle lo que tenía que hacer. Más bien había hablado tanto porque pese a que no era el primer hombre al que veía desnudo, ni siquiera era el segundo, el impresionante cuerpo desnudo de Neil le había incomodado bastante y había tratado de mantener su mente ocupada en otra cosa, sobre todo en otra que no fuera su flácido miembro entre sus piernas.

Pero ahora comenzaba a sentirse mal cada vez que lo tocaba... y suponía que la próxima ducha iba a ser un infierno si un simple beso, dado para despistar a su madre, le había perturbado de esa manera.

—Iré a preparar la cena.

—Aún es pronto —Neil la detuvo, agarrándola del brazo y tiró de ella, acercándola a sus piernas—. Quédate un rato conmigo.

Anny miró sus ojos celeste desde arriba y soltó su brazo. Puede que comenzara a gustarle, puede que terminara amándolo, pero no pensaba convertirse en su desahogo sexual ahora que no podría llamar a alguna de sus amigas o amantes o aquello que un hombre así no dudaba que tuviese aunque no quisiera comprometerse con alguna novia. Ni aunque lo deseara como lo hacía en ese momento. Era una mujer adulta y sabía controlar sus impulsos.

—Mejor haré la cena. Cuando tienes hambre te vuelves insoportable.

Se dio la vuelta y se encerró en la cocina, abrió el frigorífico y mientras sacaba algo de carne, apoyó la cabeza en la puerta del frigorífico, agradeciendo sentirlo frío y algo húmedo.

—¿Qué estás haciendo?

Anny se apartó sorprendida de oír la voz de Neil a su lado y cerró la puerta del frigorífico sin girarse.

—Nada, como ves.

Se acercó a la encimera y agarró un cuchillo, cogiendo una zanahoria con otra mano.

—¿No puedes dejar eso para otro momento?

—Imposible —dijo Anny dispuesta a no girarse y mirarlo—. Cuando su alteza tenga hambre, es mejor que tenga hecha la comida.

—Tengo hambre de otra cosa, Anny —Anny sintió como los brazos de Neil la rodeaban la cintura y se giró con el cuchillo en alto, encarándose a un sonriente Neil que no dudó en soltarla.

—Vale, vale, lo que tú digas —se llevó la mano sana a la cabeza, sin dejar de sonreír y caminó hasta la salida—. ¿Espero a que termines para darme una ducha?

—Báñate solo —soltó Anny de mal humor, girando de nuevo la cabeza. No iba a ayudarlo. No esta vez; ese juego se terminaba. Para ella ya había dejado de

ser un juego y si continuaba terminaría quemándose. Era suficiente de todo aquello—. Apáñatelas solo y búscate a alguien más. Además, tengo suficiente con hacerte la cena. ¡No soy tu criada!

Anny esperó a que Neil dijera algo, que se lo ordenase o, incluso, que la arrastrara al cuarto de baño como ya había hecho las primeras veces cuando ella se negó a ayudarlo a lavarse, pero lo único que escuchó fue como se cerraba la puerta de la cocina y como los pasos de Neil se alejaban por el pasillo.

Furiosa, Anny dejó el cuchillo sobre la encimera y apoyó las manos en ella, agotada.

—No puedo más con esto.

Suspiró decaída y casi dio un salto cuando escuchó el sonido del móvil y fue a cogerlo al salón, asegurándose de escuchar el sonido del agua que provenía del cuarto de baño y agarró su móvil, comprobando que Morgan, su amigo ahora y un antiguo novio hace años era quien llamaba.

—¿Morgan?

¿Ocurría algo? Llevaban más de ocho meses sin verse y por lo general nunca se llamaban, sino que se veían casualmente en la calle e iban a tomar algo. Que la llamase ahora...

—Ey, nena, ¿qué es de tu vida?

¿Una mierda?

—Bien... ¿ocurre algo, Morgan?

—Fui a buscarte al trabajo, pero no sabía que te hubieras cambiado de trabajo.

Anny se sentó cansadamente en el sofá y arrugó en la mano un papel que la madre de Neil había dejado olvidado. ¿Cambiarle? Ella no se había cambiado de trabajo, la habían despedido ¡Despedido! Y lo que tenía ahora no era un trabajo, era una explotación.

—Ya no trabajo allí, pero aún no me has dicho para qué me buscabas.

—Tenemos que hablar. He estado pensando y me preguntaba si nos podríamos darnos una oportunidad... nos llevamos bien y siempre hemos sido compatibles. Además, ¿no crees que ya es hora de formar una familia?

Anny se quedó completamente en blanco y tras unos segundos comenzó a reír como una histérica.

—¿Eres idiota? Has vuelto a dejarlo con tu novia, ¿no?

—¿Qué te hace pensar en eso? Además, lo digo porque sé que aún me quieres.

Anny siguió riendo pero sin tantas ganas. Estaba harta que todos creyeran que podían decir qué era lo que pensaba o no.

—Morgan, en serio, tu egocentrismo apesta —¿No había tenido ya bastante de sus infidelidades? Ya ni recordaba cuando había dejado de quererlo como para plantearse reiniciar una relación con él... no... bastante tenía con el hombre que se estaba dando una ducha en ese momento y constantemente te le desviaba la atención a ese punto—. Ni en sueños volvería a salir contigo como para pensar en hacer una familia. De gente así ya he tenido suficiente con el estúpido de mi exjefe —y de quien era culpa la situación en la que se encontraba—, así que intenta resolver tus problemas por una vez sin inmiscuir a nadie. Deberías pensar en hacerte un hombre.

—¿No estás siendo un poco dura conmigo?

Anny bufó.

—Tengo muchas cosas que hacer, anda y ve a morir a otro lado.

No dejó que Morgan terminara de hablar; le colgó el teléfono y suspiró dramáticamente antes de girarse, dando un vuelco cuando vio a Neil detrás de ella, con el pelo empapado y el albornoz a medio atar. Varias gotas caían por su pecho y se deslizaban al interior de la tela.

—¿Tu novio?

Anny hizo una mueca, apartando la vista de la piel desnuda del hombre.

—No seas ridículo tú también. Si tuviera novio hace ya semanas que me hubieras fastidiado la relación. ¿O crees que hay algún hombre en el mundo que soporte que su novia viva con otro tío y que ni siquiera lo vea a él. ¡Y ya no hablemos del sexo! ¡Mierda! ¡Estaba frustrada sexualmente y la culpa la tenía el hombre que tenía delante.

Neil siguió frotándose el cabello con la toalla que tenía en la mano y la observó con una sonrisa traviesa.

—No hace falta que te pongas así, lo sabes, ¿verdad? Si necesitas algo, yo estoy dispuesto a cubrir cada una de tus necesidades.

Anny lo miró como si pretendiera asesinarlo y después se dio la vuelta, furiosa, caminando de vuelta a la cocina y esta vez se llevó el teléfono con ella.

—Tienes suerte que esta vez no tenga el cuchillo en la mano.

La risa de Neil la acompañó al interior de la cocina.

Capítulo 5

Neil no volvió a pedirle que le ayudara a ducharse y Anny tras unos días de

alivio, comenzó a ver esa actitud mucho más agobiante que la anterior.

La actitud de Neil no había cambiado especialmente. Mezclaba esa amabilidad con un leve distanciamiento y Anny había comenzado a creer que Neil simplemente intentaba evitarla, o evitaba tocarla, ya que desde ese día no habían vuelto a tener ningún tipo de contacto.

También había empezado a trabajar de nuevo y ella se veía obligada a acompañarle a su oficina, la misma donde ella había estado trabajando, a unas puertas de distancia y algunas veces había escuchado las voces de Samuel y su nueva secretaria en varias ocasiones pero no había llegado a verlo directamente nunca, incluso había tenido suerte al entrar y salir del ascensor, o puede que esa suerte hubiera venido de subir y bajar las escaleras.

Neil se había reído de ella, por supuesto, pero Anny había terminado por

ignorarle y había aceptado de buena gana las labores que Neil le había dado para que se ocupase mientras le esperaba. Prefería trabajar a estar sin hacer nada, siempre prefería ocupar la cabeza en algo que no fuera Neil, porque últimamente lo único que parecía haber en su cabeza era ese maldito hombre.

—¿Tienes un segundo, Anny?

Anny levantó la cabeza de la pantalla del ordenador y se quitó despacio las gafas, percibiendo la hostilidad que emanaba de Adriana. Desde que había aparecido el primer día, esa mujer había sido la única que no había visto bien su presencia junto a Neil. Anny suponía que la mujer, por la cercanía con la que se veía con Neil, que había esperado convertirse en algo más que una amiga o una compañera de trabajo, algo que por la actitud de Neil, Anny confiaba que no fuera a ser nunca así.

—¿Qué ocurre? —respondió a la defensiva, dispuesta a enseñar las uñas si era necesario.

Puede que Neil no la hubiera presentado como novia dentro de la oficina, pero a menos que él le dijera lo contrario, se suponía que los dos seguían con esa farsa y si tenía que usarla a su beneficio... solo esperaba que Neil la respaldara y no la dejara como mentirosa, algo que le haría mucho más daño del que ella quería creer.

—¿Desde cuando conoces a la madre de Neil?

Esa familiaridad con la que se refería a Neil y a su familia la molestaba, pero Anny tenía el tacto de morderse la lengua, incluso ignoró la manera con la que Adriana se cruzó de brazos.

—¿La madre de Neil?

¿Cómo sabía ella que conocía a la madre de Neil? ¿Se lo habría dicho Neil? Pero no tenía mucho sentido, y más si tenía en cuenta que aquella mujer no parecía saber lo que les relacionaba a Neil y a ella.

—Ha venido a buscarte.

—¿Qué? —Anny se puso de pie de golpe y dejó caer algunos sobres que tenía en el filo de la mesa y miró espantada hacia la puerta del despacho de Neil—. ¿Neil sigue reunido?

Adriana se encogió de hombros sin cambiar la actitud.

—¿No eres tú siempre la que está pegada a él? lo sabrás mejor que nadie.

Anny enarcó una ceja y volvió a morderse la lengua esta vez con más fuerza.

—¿Dónde está? —preguntó, mirando a su alrededor.

—En la sala de espera. No le ofrecí nada —añadió entornando los ojos—. No sabía si iba a quedarse o no mucho tiempo.

Anny no respondió. Echó una rápida mirada al despacho de Neil y caminó decidida a la sala de espera, deseando que esa mujer decidiera marcharse pronto y no desear iniciar una pelea en público. Puede que fuera rica, pero sus modales daban bastante que desear.

Como Adriana había dicho, la madre de Neil esperaba en la sala de espera, pero no sentada como había previsto, sino de pie, al lado de la ventana y no trató de sonreír al verla.

—Has tardado mucho en venir y como comprenderás, no tengo todo el tiempo del mundo.

Parecía que venía a discutir. Anny volvió a morderse la lengua, convencida de que si seguía mordiéndosela terminaría comiéndosela.

—¿Y a qué se debe tu visita? Supongo que ya te habrán comunicado —miró a Adriana significativamente ya que la había seguido hasta allí—, que Neil se encuentra reunido.

—No es a él por quien he preguntado, ¿verdad?

—Es cierto —aceptó Anny de mala gana, aún mirando a Adriana que seguía toda la conversación descaradamente—, ¿y por qué me buscabas?

Las dos mujeres se miraron fijamente y la madre de Neil sonrió de una manera demasiado siniestra.

—¿Qué motivo tendría que el de querer visitar a mi querida nuera?

Anny hizo una mueca, pero no tan rápida como la que debió poner Adriana a su espalda que la madre de Neil la miró cuando hasta hacía un momento ni se había percatado de su presencia.

—¿Neil se ha casado? Imposible...

—Es una conversación privada, joven.

Anny no llegó a verle tampoco en esa ocasión la cara a Adriana, pero sí sintió

la felicidad contenida de que la mirada glacial de la madre de Neil hubiera sido dirigida a la otra chica. Hasta ahora sólo se las había dedicado a ella y ya comenzaba a hartarse.

—Así que ahora Neil quiere que también estés con él en la oficina, ¿no?

—Eso parece —Anny también cruzó los brazos alrededor del pecho y le sostuvo la mirada a la mujer.

—Vamos a comer algo, estoy desfallecida.

—¿Ahora?

Anny miró con aprensión la puerta y después volvió a mirar a la mujer.

—¿Prefieres hablar aquí?

¡Esa mujer era un diablo!

Anny entornó los ojos y sopesó las posibilidades de que se hubiera enterado de lo que realmente había entre su hijo y ella y asintió débilmente con la cabeza. Sería lo que tuviera que ser, pero ella no huía.

—De acuerdo. Hay un restaurante por aquí cerca.

—Conozco uno muy bueno.

Capítulo 6

Anny se sentó frente a la mujer y esperó paciente y con una sonrisa a que la madre de Neil volviera del cuarto de baño. Mientras esperaba, decidió mandarle un mensaje a Neil, diciéndole vagamente donde se encontraba y con quien estaba y lo envió, segura de que Adriana consideraba que contarle a Neil donde se encontraba era en desbeneficio para la mujer, no diría nada.. y la abandonaría a su suerte con una alimaña.

—¿Para qué querías verme?

Anny no dudó en preguntarlo nada más la madre de Neil apareció y movió la silla para sentarse frente a ella, levantó una mano para llamar al camarero y la miró, poniendo las manos sobre la mesa.

—No seas impaciente. ¿No habíamos acordado en comer primero?

Anny entornó los ojos recelosa. No se habían llevado bien desde el principio y esa pretensión de tratar de ser amable —aunque fuera a su sutil manera—, le parecía muy sospechosa.

—¿Y Neil?

—¿Pero qué os pasa? ¿No sois capaces de estar un momento el uno sin el otro? Tendréis tiempo suficiente para estar juntos, así que ahora, comamos.

—Madre, ¿no es un poco cruel ir a comer sin invitar a un pobre lisiado?

La mujer puso mala cara y levantó la cabeza para mirar a Neil, que por el aspecto revuelto de su cabello y por la respiración agitada, Anny imaginó que había ido corriendo hasta allí. Anny le lanzó una mirada agradecida. Si su madre lo sabía todo, no quería lidiar ella sola con el tema.

Neil se ajustó como pudo el traje y Anny se levantó rápidamente para ayudarlo a quitarse la chaqueta, escuchando el bufido de la mujer y varios murmullos en los que logró escuchar la palabra empalagosos y enfermos. Anny sonrió y Neil

le devolvió la sonrisa, haciendo que ella dejara de sonreír rápidamente, con el corazón acelerado y se sentó en su silla, ya no tan segura de querer estar tanto tiempo a su lado.

—¿Y bien, madre? ¿Qué es lo que querías decirle?

—En fin, ya que es imposible hablaros por separado... pero antes comamos primero.

El camarero les tomó sus pedidos con paciencia y esperaron con una conversación tranquila, con varias punzadas de sarcasmo y varios comentarios más crueles mientras les traían la comida y comenzaban a saborear de los platos como si realmente fuera una situación de lo más habitual. Cuando les trajeron el segundo plato, Anny se ofreció a cortar la carne de Neil y sintió la mirada de la mujer fija en ellos.

—¿Pensáis seguir así toda la vida?

Anny siguió cortando la carne sin decir nada.

—Así, ¿cómo?

—¿Cómo dos adolescentes sin responsabilidades?

Anny terminó de cortar el último trozo y se enderezó, lanzándole una fugaz mirada a Neil que miraba a su madre divertido.

—A mí me parece un buen plan.

—¡No seas absurdo, Neil!

—Alguien de la familia debía serlo, ¿no?

—¡Y me ha tocado a mí! —Siguió farfullando algo y miró a su alrededor un momento—. Tengo dos hijos y los dos son iguales.

Neil dejó de sonreír.

—¿Qué le pasa a Rachel?

Su madre bufó.

—¡Ha decidido mandar a los hombres al infierno! Dice que jamás se casará y jamás tendrá hijos.

Hubo un silencio donde Anny comenzó a masticar la carne sin levantar la mirada del plato y solo la levantó cuando Neil comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Lo dices solo por eso? Por un momento me había preocupado.

Su madre dejó los cubiertos rudamente sobre la mesa y casi dio un golpe con ellos.

—Puede que para ti no sea importante, pero soy yo la que quiere ser abuela y veo que ninguno de mis hijos está dispuesto a ello.

—¿No estás siendo un poco exagerada?

—Di lo que quieras, pero creo que vosotros ya tenéis edad suficiente como para ir pensando en tener uno, ¿no os parece? Pretendía hablarlo con Anny, ya que contigo posiblemente sea imposible entrar en razón. ¡Sigues igual de

inmaduro!

Anny no se dio cuenta que estaba mirando la escena embobada hasta que se le escurrió el tenedor de la mano y cayó al plato con un ruido aún más estrepitoso que el de la madre de Neil cuando dejó los cubiertos. Los dos giraron la cabeza para mirarla.

—Lo siento... —murmuró, notando como se le subían el color las mejillas y apartó la cabeza para contener la risa.

¿Así que la madre de Neil había querido hablar con ella para eso? De alguna manera le hacía gracia, pero de la misma manera la ensombrecía el carácter. Un hijo con Neil... eso era algo imposible. Ni siquiera tenían una relación realmente como para plantearse algo más como un hijo. Suspiró suavemente y trató de concentrarse una vez más en la conversación que tenían madre e hijo.

—No os estoy pidiendo que os caséis. Eso ya lo he dejado por imposible —
hizo un movimiento despectivo con la mano y Neil enarcó una ceja.

—Haces bien en dejarlo por imposible.

Madre e hijo se fulminaron con la mirada y Anny volvió a coger el tenedor,
volviendo a comer mientras dejaba a esos dos que siguieran discutiendo.

—Pero estoy hablando de un niño. ¿Es que no se os ha pasado por la cabeza?

Y esta vez la miró a ella. Anny tragó con dificultad el trozo de carne que se había llevado a la boca en ese momento y sonrió débilmente, mirando a Neil en busca de ayuda. Neil, a su vez, se limitó a encogerse de hombros. ¡Si que iba a servirle de ayuda! Y volvió a mirar a la mujer.

—Bueno... un hijo... es algo serio.

La madre de Neil volvió a bufar.

—¿Qué tenéis veinte años? Ya estáis muy creciditos para dar un paso más en vuestra relación. Os aburriréis solos en algún momento, ¿no?

—Aún no hemos llegado a esa etapa —intervino Neil con una sonrisa

arrebatadora y Anny temió que la mujer llegara a levantarse y ponerse a golpearlo.

La comida terminó igual de tensa y cuando Neil acompañó a su madre a coger un taxi, Anny le esperó cerca, junto al coche que ahora conducía ella

Neil se mantuvo callado durante todo el viaje y cuando subió a casa creyó que seguiría igual de callado. Primero fue a la cocina a tomar algo de agua fresca del frigorífico y con la misma expresión taciturna entró y salió de su habitación y Anny lo vio ir quitándose el jersey. Despacio, se acercó al curto de baño y se apoyó en la pared, escuchando el sonido del agua al caer en la ducha..

—¿Neil?

No hubo respuesta y Anny se apartó de la pared. No tenía ganas de intentar conversar con él, no tenía ganas de iniciar una conversación y mucho menos hablar de lo que había ocurrido con su madre. No eran novios, no eran una familia y jamás habría hijos. Incluso ella desaparecería cuando Neil estuviera recuperado. Esa era la realidad... ¿pero por qué dolía tanto la realidad? Durante ese tiempo se había enamorado de él, lo quería y escuchar a su madre hablar de hijos, de considerarla parte de la familia le había terminado doliendo más de lo que ella quería reconocer.

Se detuvo a medio camino de la puerta de la cocina y se dio la vuelta, irrumpiendo en el cuarto de baño, abriendo la puerta de la ducha.

—¿Qué estás haciendo?

Neil la miró sorprendido y apagó rápidamente el grifo de la ducha. Era increíble que Neil intentara apagar antes el agua o incluso se limpiara el agua de la cara en vez de correr a taparse con algo.

—Vengo a ayudarte. Supongo que estos días te habrá costado ducharte con una sola mano, ¿no?

Neil no respondió, solo la miró y cuando Anny fue a coger la esponja, Neil la agarró del brazo, deteniéndola y Anny levantó la cabeza para mirarlo.

—No lo hagas.

—¿Qué?

—Prefiero creer que dijiste que no me ayudarías más porque habías comenzado a sentirte atraída por mí. Prefiero que vuelvas a salir y seguir creyéndolo.

Neil la soltó y Anny se enderezó, sin dejar de mirarlo y apretó con más fuerza la esponja en la mano y la levantó, acariciando el pecho desnudo con ella, deslizándola hacia abajo.

—Espero que sepas lo que significa eso para mí.

Anny esperó de alguna manera lo que sucedió a continuación, pero aún así se

sorprendió al sentir el brazo de Neil alrededor de su cuello y tiró de ella, besándola fieramente, un beso tan abrumador que se movió hacia atrás, perdiendo el equilibrio y chocó con los azulejos grises del cuarto de la ducha y Neil la apretó con fuerza, continuando besándola hasta que se apartó, mirándola con un ardiente deseo y deslizó sus labios por su cuello.

Anny se aferró a su pecho y acarició su espalda con la yema de los dedos, permitiendo que los dedos de Neil desabrocharan su pantalón y enredara con su sujetador.

—Yo lo haré —murmuró en su oído cuando vio que tardaba al hacerlo solo con una mano y apartó con cuidado su mano, deslizándola a sus pantalones y la dejó allí, besando su musculoso hombro mientras se desabrochaba la prenda y lo hacía también con los botones de la blusa, dejándolo caer todo al suelo, sin importarle que pudiera mojarse y tiró de los pantalones hasta quedar únicamente con unas bonitas y aburridas braguitas blancas, lo único que la separaba de la prominente erección que golpeaba su vientre.

Anny deslizó su mano hacia el miembro viril y lo frotó suavemente entre sus dedos, arrancando un gemido de los labios de Neil y pasó una pierna en la cadera del hombre, haciendo que él volviera a empujarla contra la pared y la besara, esta vez más ardientemente, apartando las braguitas prácticamente con rabia y tiró de sus piernas, levantándola por la pared y la embistió con fuerza, arrancándola en cada una de ellas un grito de pasión. Anny se aferró a él con las dos manos y arañó su espalda mientras alcanzaba el paraíso y llegaba al orgasmo, permitiendo que Neil la besara dulcemente en los labios.

Capítulo 7

Anny pasó con cariño la mano por el pecho desnudo de Neil y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estás bien?

Anny asintió con la cabeza y dejó escapar un suspiro. Habían hecho el amor otra vez en la cama, sin darse cuenta de que la mano vendada de Neil estaba empapada y tras terminar y darse cuenta de cómo estaba, Neil se había reído, la había estrechado contra él y había dicho que nada importaba excepto ella.

—Tu madre me va a matar —se lamentó Anny entrando en pánico.

Los dos sabían que la mujer no desaprovecharía la oportunidad para darse aires de que ella tenía razón y que hubiera sido mejor para cuidar de su hijo que Anny.

—No importa lo que diga —había dicho Neil sin dejar que se levantara—. Además, ¿no es mejor que te vayas acostumbrando a ella y sus comentarios? No creo que desde que sabe que existes pueda deshacerme fácilmente de la familia. Además, espera ya un nieto.

—¿Un hijo?

Anny había entrado en pánico y Neil se había reído.

Era demasiado pronto para hablar ya de hijos, pero en ese momento Anny reconocía que se sentía especialmente satisfecha y no sólo su cuerpo, sino que también su corazón, su alma... Ahora le parecía ridícula la rabia que había sentido por Samuel cuando la había despedido pero aceptaba que gracias a él,

que sin él, no habría conocido a Neil y ahora no sería tan dichosa.

—¿Vas a decírselo a tu madre? —preguntó, levantando un poco la cabeza para mirarlo. Los dedos de la mano sana de Neil estaban enredados en su pelo y parecía pensativo; giró la cabeza y la miró.

—¿El qué? —preguntó con una sonrisa traviesa—. ¿El que te quiero?

Anny sonrió también y le dio un golpe en el pecho, haciendo que Neil se quejara entre risas.

—¡No golpees a un hombre herido!

—No parecías muy herido mientras hacíamos el amor —protestó ella, dándole un nuevo golpe.

—Eso es diferente.

—Ya, claro, ¿se lo vas a decir? —dijo poniéndose seria—. Que era toda mentira.

—¿Mentira? —Neil apretó su cabeza y la empujó hacia él, besándola en la nariz—. ¿De qué mentira estábamos hablando?

Anny puso los ojos en blanco.

—Vale —dijo con una sonrisa. Daba igual, ¿no? Al final el resultado no podía haber sido mejor.

Anny sonrió y besó a Neil en los labios.

FIN